

 Seix Barral

*Matilde
Cherner*

Rafael Luna

Ocaso y aurora



Ocaso y aurora
Matilde Cherner

Ediciones Destino
Colección Áncora y Delfin

Índice

Prefacio

Introducción

Uno. El rey se muere

Dos. El rey ha muerto

Tres. Ni rey ni loco

Conclusión

Créditos

Planeta de libros



Matilde Cherner

Un manto de misterio cubre a la figura de Matilde Cherner. Se sabe que falleció cuando tenía cuarenta y siete años, en agosto de 1880, tan solo unos meses después de que apareció su novela *María Magdalena. Estudio social*. También se conoce que algunos periódicos locales esparcieron el rumor de un suicidio motivado por la mala crítica que recibió su última obra, aunque en el acta de defunción consta que su repentina muerte fue causada por un aneurisma cerebral.

Matilde nació en Salamanca en 1833, donde vivió hasta que murieron sus padres. Aprendió francés y latín, se interesó por la música y tuvo una educación clásica que marcó profundamente su obra. Publicó sus primeros escritos en periódicos locales, los que inmediatamente sorprendieron e incomodaron a los lectores por su fuerte carácter político. A los veinte años quiso sacar a la luz su primera novela, pero fue censurada, por lo que, tras la muerte de sus padres, decidió mudarse a Madrid para probar suerte. Ya en la capital, se relacionó con escritores tan importantes, como Núñez de Arce, Manuel Fernández y González, Nicolás Díaz Pérez, Luis Vidart y Enrique Rodríguez, con quienes entabló intensas charlas y discusiones sobre política y literatura.

El seudónimo con el que fue conocida, Rafael Luna, lo tomó de su segundo nombre y del segundo apellido de su padre. Tras este velo, pronto se convirtió en un personaje controvertido que cuestionaba las prácticas sociales de su tiempo. Su acercamiento a temáticas incómodas, como las problemáticas sociales femeninas, la prostitución o la monarquía no era el esperado de una mujer de la época. En la novela *Ocaso y aurora* (1878) se encargó de dibujar una España debilitada por el entusiasmo de una monarquía absoluta, llena de intrigas políticas, conflictos familiares, dramas de la realeza y amores imposibles; y en el artículo «Las mujeres pintadas por sí mismas. Cartas a Sofía», desarrolló importantes ideas sobre la educación de las mujeres y su acceso a la universidad.

Matilde Cherner fue una intelectual muy activa, sin embargo tras su muerte, su vida y su obra vieron a la oscuridad por mucho tiempo, y gran cantidad de sus escritos se perdieron inevitablemente. De ideas claramente progresistas, sus marcadas convicciones se traslucieron en todo lo que escribió: narrativa, poesía, ensayos, crítica literaria y teatro. Dentro de sus obras más importantes se encuentran *Novelas que parecen dramas* (1877), *Las tres leyes* (1878) y *María Magdalena* (1880).

Prefacio

Una de las épocas más calamitosas para España fue la del reinado de Carlos II, último vástago de la rama austriaca; desgraciado monarca cuyas débiles manos ni por un momento habrían sido capaces de sostener el pesado cetro de dos mundos. La ambición y las intrigas de las cortes extranjeras, las vacilaciones y debilidad de carácter del soberano español, la inseguridad y desaciertos de los diversos gobiernos que se sucedieron durante su fatal reinado, y el abatimiento, miseria y ruina de la nación, la pusieron a peligro de ser desmembrada por las potencias poderosas que se disputaban su dominio, y repartida entre ellas, como lo fue más tarde la infeliz y valiente Polonia.

Todas las historias de esta época, así como las memorias y despachos diplomáticos, nos revelan que Carlos II, hasta los últimos momentos de su vida, persistió en sus dudas y vacilaciones, y que a pesar del testamento otorgado a favor del duque de Anjou, que fue después Felipe V y tronco de la dinastía reinante, en 2 de octubre de 1700, y un mes justo antes de su muerte, más de una vez pensó en revocarlo, y hasta después de su fallecimiento no estuvo Francia segura de que no lo hubiera verificado.

En el Consejo de Estado, al que consultó Carlos II sobre el grave asunto de la designación de heredero a la corona de España, si bien la mayoría, con su presidente el cardenal Potocarrero, declararon con mayor derecho al duque de Anjou que al archiduque Carlos, los condes de Fuensalida y Frigiliana, apoyándose en las leyes de Aragón y de Castilla, optaron, el primero, porque se respetara la ley agnaticia, que excluía del trono la línea femenina, y el segundo, porque se regalara a las antiguas Cortes de Castilla, cuya convocación había casi caído en desuso, el derecho de designar heredero al trono español.

El poderoso Luis XIV, que veía inclinarse la balanza en favor de su casa y que había sabido manejar este asunto con asombrosa habilidad, procuraba por todos los medios ganarse la opinión pública española, que si no era simpática a Francia, lo era mucho menos a los austriacos y alemanes, de cuyo dominio, altivez y malversación de caudales estaba sediento verse libre el pueblo español, que en su odio constante a toda dominación extranjera y en su deseo de un gobierno nacional, hubiera optado por cualquiera candidato, ya de la casa de Aragón, ya de la de Castilla, y hartas pruebas dio de ello queriendo resucitar los olvidados derechos del duque de Medinaceli, descendiente de los infantes de la Cerda, nietos de Alfonso X; pero aparte de esta ilustre casa, cuyo representante no creyó prudente terciar en la contienda entablada entre Francia y Austria, todas las líneas reinantes de España hallábanse extinguidas.

Entre las diversas intrigas a que dio lugar la sucesión al trono de España, los odios y rivalidades de las casas de Borbón y de Austria, los trabajos del partido que pudiéramos llamar nacional, y que apoyado en la tradición, la ley y el derecho quería que fueran las Cortes y no la vacilante voluntad del monarca moribundo las que designaran sucesor al trono, y el temor de todos los españoles de ver desmembrada su hermosa nación, si bien la historia nos relata hechos tan

curiosos como instructivos, deja olvidado el que nosotros nos proponemos dar hoy a luz, y que será un cuadro tan verdadero como triste del estado de España en aquella época calamitosa, de la ceguera de los partidos, de la nulidad del rey y del peligroso y falso derecho a que quisieron asirse los que deseaban librar a su patria de la desmembración y de la dominación extranjera.

El libro que ofrecemos hoy al público no es precisamente una historia, mas tampoco es del todo una novela, y nuestros lectores, al extraer de él la enseñanza histórica que pueda ofrecerles, sabrán dispensarnos las galas de forma y estilo, la mal perjeñada fábula en que nos hemos visto obligados a envolver el hecho para poderlo dar a luz.

Introducción

I

Las tres Margaritas

D. Rodrigo Manrique de Lara, conde de Frigiliana, que en 1680 contaba apenas treinta años, era uno de los caballeros más cumplidos de la corte de España y uno de los grandes cuyo voto y voz sonaron siempre animados del más puro patriotismo.

A pesar de su juventud, su ilustre nombre, su gran fortuna, su figura arrogante y gallarda y su varonil belleza, el conde vivía del todo alejado de los placeres, y ni los bailes, teatros ni saraos le contaban nunca en el número de sus prosélitos.

Decíase que en su adolescencia había sido víctima de una pasión profunda, de una de esas pasiones que deciden el resto de la vida, o por lo menos dejan en el alma para siempre impresa su huella indeleble.

Mas nadie supo nunca ni quién fuera el objeto de aquella pasión misteriosa, ni cuáles sus consecuencias.

Desde entonces el conde trataba con extremada reserva, casi con miedo, a las mujeres, cual si su dolorido corazón se estremeciera a la idea de que pudieran volver a abrirse sus heridas mal cicatrizadas.

Hacía unos diez años que había aparecido en casa del conde una preciosa niña de siete a ocho, que él encargó fuera tratada como su propia hija, preparándola en su palacio suntuosas habitaciones, y los maestros y servidumbre correspondientes a su edad y la categoría de su joven protector.

Pero por más que la maledicencia quiso ver en aquella niña el fruto de los misteriosos amores del conde, no era posible conciliar la juventud de este, que apenas contaba veintiún años, por más que en aquella época fuera ya señor absoluto de sus acciones y poseedor de sus títulos y rentas, con los siete, por lo menos, que representaba la niña.

El conde, que la consagraba la más solícita y delicada protección, revelaba claramente en la atención ceremoniosa con que la trataba que ningún lazo de parentesco la unía a él.

Tal vez el conde, que era soltero y huérfano, y dueño por lo tanto de sus acciones, cumpliera, dando a aquella niña abrigo en su casa, con algún deber de amistad que le impulsara a darla la protección que sus padres no pudieron.

Tal vez la niña fuera huérfana, y el noble y generoso conde se hubiera encargado de su tutela.

Como quiera que sea, la preciosa Margarita, que este era el nombre de la misteriosa protegida del conde de Frigiliana, gozaba entre la servidumbre de su protector las prerrogativas que hubiera podido gozar siendo su hija o su hermana, recibiendo una educación análoga al rango de su protector; por más que todos ignoraran el de ella, que ni la misma niña conocía tampoco.

Hablaba vagamente de su madre, pues sin duda no la habían impuesto reserva alguna, con los ojos arrasados de lágrimas, cruzadas sobre el pecho sus manecitas de nieve y vueltas al cielo sus

melancólicas miradas.

Su madre había muerto al darla a luz, y la niña hablaba de ella como de un ser muy querido al que algún día hubiera de reunirse.

Hablaba de su padre con férvido y filial amor; y a su recuerdo, brillaban sus pupilas, se animaban sus infantiles facciones, y la fe y la esperanza iluminaban su nítida frente.

Si la preguntaban: «¿Dónde está?», contestaba: «En el otro mundo». Si «¿cómo se llama?», «Padre», decía con la ingenuidad del que revela todo lo que sabe.

Lo primero que tuvieron que enseñarle sus maestros fue a hablar el castellano; pues ella, que había nacido en los Estados de Flandes, hablaba el alemán o tudesco, que en aquella época se hablaba en estos países cuajado de locuciones castellanas que nuestra dominación había introducido, y de palabras francesas, gracias a la vecindad de esta nación con los Países Bajos, lo cual le convertía en una especie de lenguaje franco, con el que bien o mal, se entendían españoles, franceses, alemanes y flamencos.

Después, y por orden expresa del conde, la instruyeron en todos los mandamientos y misterios de nuestra religión; pues quizá la niña hubiera nacido de padres protestantes, o se hubiera criado con personas que profesaran estas doctrinas, y últimamente la fueron dados todos los maestros necesarios a la más completa educación de la más rica y noble heredera.

Al cumplir diez y seis años Margarita, y ya del todo terminada su educación, de la que ella había sabido aprovecharse asombrosamente, se hallaba convertida en una de las doncellas más hermosas, más virtuosas y más instruidas de toda España.

Quizá a su educación le faltara ese refinamiento y delicados perfiles que solo se adquieren con el frecuente trato de una sociedad elegante, y que nunca aciertan a enseñar los más sabios maestros, ni las ayas más encopetadas.

Acaso en los salones de la corte hubieran parecido encogidas sus maneras, sin gracia su andar y tímido su aspecto; pero estas y otras faltas, hijas del aislamiento en que se había criado, suplíanlas con creces la naturalidad, la sencillez y la expansión que brillaban en todas sus acciones y palabras, y esto sin excluir la timidez, la modestia, la reserva propias de su edad y su sexo.

Aun cuando ni su lenguaje, ni aun su acento, pues hablaba el castellano con sin igual pureza, denunciaban su origen extranjero, bastaba verla para conocer que corría por sus venas la sangre tan poderosamente rubicunda de las razas del norte.

Su tez, tan blanca como la leche, tan trasparente como el cristal y tan brillante como el raso, tenía ese viso ligeramente purpurado que dan a la nieve los últimos rayos del sol.

Sus ojos, de un azul claro e irradioso, como el que ostenta el firmamento en los hermosos días de verano iluminados por el ardiente sol canicular, destellaban a veces el fuego de la juventud, del entusiasmo y el amor, replegándose otras sobre sí mismos y dejando ver en su fondo, al par de una ternura celestial, infinita, la más profunda melancolía.

Sus mejillas, el lóbulo de sus pequeñas y bien dibujadas orejas, las sutiles ventanas de su afilada nariz, ostentaban un carmín tan vivo y brillante cual solo las poderosas encarnaciones de las mujeres inglesas y alemanas pueden ofrecernos, y su boca, roja como la flor del granado, dejaba entrever sus pequeños dientes, semejantes a otros tantos átomos de nieve que los rayos del sol amenazaran liquidar.

Sus cabellos, más que rubios, eran dorados, y formaban anillos tan brillantes, que al flotar

sobre sus hombros se extrañaba no oírlos sonar unos con otros; tan bien mentían pequeñas y afiligranadas rosquitas de oro.

A pesar de sus diez y seis años, era completo su desarrollo físico, y la gallardía de su talle y redondez de su bien modelado busto, unidas a la hechicera modestia de su cándido semblante, a la expresión de su angelical mirada, a la gracia infantil de su sonrisa, a sus ademanes llenos de castidad e inocencia, formaban un conjunto tan encantador como atractivo.

El conde de Frigiliana, que distraído con sus deberes de grande, con los profundos estudios a que se dedicaba, con sus largas partidas de caza, a la que era muy aficionado, y el único placer que en él había sobrevivido al completo naufragio de todos los otros placeres, veía muy de tarde en tarde a su hermosa pupila, y apenas si se había apercebido de que la niña se hallaba transformada en una de las mujeres más hermosas de la Tierra.

Porque Margarita, si no era aún la espléndida rosa que brinda su brillo y su hermosura a todas las miradas, que ostenta al sol su fulgente corola, que despliega sus galas y derrama sus perfumes al beso acariciador de la brisa, era sí el entreabierto y virginal capullo que deja ya entrever y adivinar al solícito observador el rico tesoro de aromas, de hermosura, de gala y colorido que su corola cuidadosa esconde.

Cuando Frigiliana, con su espléndido traje de corte, la espada al costado, el sombrero debajo del brazo, el rostro pálido, la mirada melancólica y la sonrisa llena de bondad, entraba en las habitaciones de Margarita, corría esta a su encuentro con alegría, y él depositaba un beso, casi paternal, en su pura y nítida frente.

Después hablaban como dos amigos de los adelantos de la niña, de los trajes o juguetes que el conde le había regalado, concluyendo Margarita por preguntarle con voz trémula por su querido padre.

A esta pregunta nada podía contestar el conde.

El padre de la niña, amigo, casi hermano de Frigiliana, a pesar de sus diferentes edades, se había embarcado para América al rogar a su amigo que se encargara de su hija, y este no había tenido otra noticia de él que aquella en que le participaba su llegada a Buenos Aires.

Quizá hubiera muerto. Quizá estuviera prisionero o cautivo. Quizá, como tantos otros, hubiera olvidado en el Nuevo Mundo todas las afecciones, deberes y compromisos que en el Viejo dejara.

Esto último no podía creerlo el conde de la nobleza de carácter del padre de Margarita, que solo por rehacer su fortuna y poder ofrecer a su hija un porvenir estable, se había aventurado en aquella expedición a las Indias Occidentales, que si bien ofrecían más probabilidades que hoy a los que iban a ellas en busca de fortuna, les amenazaban en cambio con duplicados peligrosos.

Y el conde, no sabiendo qué contestar a las preguntas de Margarita, creyendo que solo la muerte podía haber impedido a su amigo en ocho años de ausencia enviar noticias suyas y pedir las de su hija, guardaba silencio, y la pobre huérfana sentía oprimirse de angustia su pecho y anegarse de lágrimas sus hermosos ojos.

—No llores, hija mía —la decía con cariño el conde—; en mí tienes otro segundo padre.

—Gracias, señor —contestaba con gratitud ella, acercando a sus labios la hermosa y membruda mano de su protector.

Mas llegó un día en que al entrar el conde a visitar a Margarita, al correr ella con su expansión acostumbrada presentándole su frente al inclinarse él para besarla, cual si una chispa eléctrica

hubiera brotado de los labios del conde, coloreose súbitamente el célico semblante de la niña, y el rubor invadiendo sus mejillas, su frente, hasta el blanco nacarado de sus azules ojos, hirió como un inspirado rayo de sol las melancólicas miradas del noble, cuyos labios se tornaron trémulos, separándose rápidamente de la frente de Margarita, que los quemaba cual un candente acero.

La niña era mujer; y el noble, tan melancólico, tan ensimismado, con el alma tan cerrada a las pasiones, conoció, con angustia y confusión propia, que era aún harto joven y ardiente para seguir llamando hija a la hermosa joven para la que su corazón dictaba otro nombre más tierno.

Y Margarita, la inocente y tierna Margarita, cuyos afectos habían estado divididos entre el piadoso recuerdo de su querida madre, el cariño y la inquietud que su amado padre la inspiraba, y el reconocimiento que por su protector sentía, vio palidecer y borrarse en su corazón estos tibios y vagos afectos ante el poder, la actividad, el ardor del nuevo sentimiento que en él había brotado.

Así palidecen, se borran y disipan las rosadas tintas de la aurora ante el primer rayo de sol que con su dorada y fecunda luz envuelve los montes, valles y praderas, llenando de vida y esplendor los cielos y la tierra.

El conde, que había leído en el alma cándida e ingenua de Margarita como en un libro impreso en vitela con caracteres de oro, no dudaba que su amor, su virtud, su ternura, le harían el más feliz de los hombres, arrancarían de su corazón aquella pena secreta que por tantos años le había atormentado.

Pero él no estaba tan seguro de inspirar amor a Margarita como de sentirlo por ella, y lejos de su ánimo, tan noble y tan leal, el proponer a la joven un enlace que ella aceptara por gratitud o por inocencia, y no por amor, como deseaba el conde.

Para que Frigiliana se atreviera a declarar a la huérfana la noble pasión que le había inspirado, tenía que estar plenamente convencido de que era amado con tanto ardor como amaba.

Margarita, que desde niña había querido y admirado en el conde su exquisita cortesanía, su arrogante postura, su orgullosa mirada, cuya expresión dominadora templaba apenas la profunda melancolía que se leía en ella, su bondad, su generosidad, su voz dulce y enérgicamente vibradora, sus hermosos cabellos negros, su frente elevada, su sonrisa triste y algo desdeñosa, la trasparente palidez de su semblante, pues las mujeres, en cuya alma es instintivo el sentimiento estético, adquieren desde su primera edad un profundo y exacto conocimiento de la verdadera belleza; Margarita, al llegar a la pubertad, sintió brotar en su pecho un amor apasionado y ardiente por su protector, amor que hacía largo tiempo germinaba en él, y que se desarrolló poderoso al primer halago de la juventud, como brotan y se desarrollan al primer rayo del sol primaverales las tímidas y perfumadas violetas.

Mas el conde, en vez de presentarse en las habitaciones de su pupila con su franqueza y expansión acostumbradas, abriéndola los brazos y dispuesto a depositar en su frente el ósculo paternal, tardó más de dos meses en volver a verla, y el día que creyó ya un deber en él visitarla, se hizo anunciar previamente.

Cortose la joven al verse tratada con tanta ceremonia, y en vez de salir al encuentro del conde, permaneció trémula y confusa, sentada en su ancho sitial de tapicería, y sin soltar la labor que estaba haciendo.

Pese a la reserva que se había impuesto a sí mismo el conde, que a la sazón no contaba más

que veintinueve años, al hallarse en presencia de Margarita no pudo impedir que sus ojos, que su acento, que la agitación de su pecho, que sus incoherentes frases revelaran algo del fuego que ardía bajo la fría calma que él procuraba afectar.

Margarita era harto niña e inocente para adivinar las causas que tornaban al conde tan frío y reservado con ella, y al verle en pie a su lado, casi rozando la alfombra con la blanca pluma de su sombrero, y guardando un continente tan rendido y respetuoso cual pudiera hacerlo ante una princesa de la sangre, dirigiéndola breves y cortadas frases y concluyendo por marcharse sin hacerla la más leve caricia, sin dedicarle la menor palabra de ternura, Margarita, llena de dolor, creyó que el conde estaba enojado con ella. ¿Por qué?

A esta muda pregunta que la niña a sí misma se dirigía, sentía allá, en el fondo de su corazón, como un eco dulce y extraño que la acusaba de haber dado efectivamente motivo de queja a su bondadoso protector.

Pasáronse otros dos meses, meses de ansiedad y angustia para la enamorada Margarita, sin que el conde volviera a presentarse a ella.

Cuidaba la niña de enterarse todos los días de la salud de su protector, obteniendo por contestación, sobre poco más o menos: «Su excelencia está de caza»; «Su excelencia está en Palacio»; «Su excelencia está en el Consejo».

Estas respuestas tranquilizaban a Margarita sobre el estado de salud del conde; pero la manifestaban que solo la falta de voluntad era la causa de no visitarla, pues sus ocupaciones y deberes no le habían de impedir consagrara diez minutos para saludar a su protegida.

Y revistiéndose de todo su valor, se propuso preguntar al conde, la primera vez que le viera, qué motivo de queja tenía contra ella.

Presentarse en sus habitaciones no se le pasó ni por el pensamiento, pues si bien vivía en el mismo palacio que el conde, era en una isla o pabellón, completamente separado, y cuyas vistas daban todas a los jardines; en tanto que las habitaciones ocupadas por él caían a la calle.

Por su parte el conde, si se privaba de ver a Margarita por temor y delicadeza, no por eso dejaba de velar por ella con el mismo esmero que siempre, y al considerarla transformada en una mujer, trató de proporcionarle todos los placeres y diversiones, trajes, adornos y joyas, propios de su edad, de su posición y de su belleza.

El conde no podía presentar a su pupila en la corte y en los altos círculos, porque no creía prudente ni revelar el nombre de su padre, ni presentarla solo con el título de su protegida; pero en Madrid, entonces y ahora, había infinitas diversiones y puntos de reunión abiertos siempre a la riqueza, al nombre, a la juventud, a la hermosura.

Presentose el conde una mañana a la hermosa Margarita, que le recibió llena de gratitud y de alegría, pues a su visita había precedido un rico presente, compuesto de lujosos trajes, joyas y adornos.

La niña, que, como ya sabemos, temía haber enojado a su protector, recibió su regalo con tanta satisfacción como sorpresa.

Satisfacción, porque, joven y hermosa, amaba como todas las mujeres a su edad, el lujo y la compostura, que han de dar nuevo brillo a sus encantos.

Sorpresa, porque aquel delicado presente la revelaba que el conde pensaba en ella más que nunca y deseaba complacerla.

El conde, al querer que Margarita conociera el mundo y sus placeres y gozara del aplauso que

habían de alcanzar su juventud y hermosura, además de cumplir con lo que él creía un deber de tutor, se proponía el doble objeto de estudiar las impresiones de la joven, pues si bien él la amaba con toda su alma, como la única esperanza de una vida cuya mayor parte se había arrastrado en la tristeza y el aislamiento, no quería, bajo concepto alguno, imponerle su amor.

Si el conde no hubiera desconfiado tanto de sí mismo, la infinita ternura, el celestial amor que en los dulcísimos ojos de Margarita ardían, hubieran revelado a su experiencia que la niña sentía por él una pasión tan intensa y profunda como la que le había inspirado.

Al verle Margarita entrar en su gabinete, saliole al encuentro, si no ya con su expansión e ingenuidad de niña, con la gracia, con la amabilidad y ternura de la mujer que adivina, que presente que es o va a ser amada, y le dijo con tanta modestia como dulzura:

—Creía que no queríais venir a que os diera gracias por vuestras bondades para conmigo, señor conde.

Tomola delicada y cariñosamente una mano él, y acercándola respetuosamente a sus labios, la contestó:

—No tenéis por qué darme gracias, Margarita. Cuanto yo soy, cuanto yo tengo, cuanto yo valgo es vuestro.

«Como lo son mi corazón y mi alma», añadió mentalmente el conde, fijando a su pesar sus ardientes y codiciosas miradas en el célico semblante de la niña.

Halagada y envanecida ella al verse tratada con tanto rendimiento y distinción, premió con una hechicera sonrisa las sinceras protestas del conde, y señalándole un asiento, y volviendo a ocupar el rico cojín de terciopelo azul recamado de plata, que la llegada del conde la obligó a abandonar, le dijo con acento insinuante:

—No os molesta acompañarme unos instantes, ¿verdad?

—No. Puesto que deseo hablaros, y puesto que estar al lado vuestro es para mí una verdadera dicha.

A pesar de su reserva, dio el conde tan amorosa inflexión a su voz al pronunciar las últimas palabras, que un delicioso rubor se extendió por el rostro de la niña, cuyos hermosos ojos se inclinaron llenos de confusión y esperanza.

Guardaron silencio unos instantes.

Margarita, embriagada y feliz al sentir a su lado al conde, y que su atención y sus miradas estaban fijas en ella; él, absorto en la contemplación de aquella cabeza adorable, que confundía la cándida y pura expresión de la virginidad y la inocencia con el irresistible hechizo de la juventud, el amor y la hermosura.

—¿Qué tenéis que decirme, señor? —dijo con voz leve y algo agitada Margarita, rompiendo aquel embarazoso silencio.

Abrió los labios el conde cual si fuera a dejar escapar el secreto de su amor; mas reprimiéndose, contestó:

—Quiero deciros, hija mía, que ya vais a cumplir diez y siete años, que vuestra educación está del todo terminada y que deseo presentaros en el mundo para que encontréis un esposo digno de vos.

Estas últimas palabras, que pronunció el conde con voz incierta y acento sordo y concentrado, causaron dolorosa impresión en la joven, que quedó muda de terror, al creer que su protector deseaba separarse de ella.

Y él, dominado por la emoción que sentía, no pudo observar la palidez y la tristeza que su proposición había extendido sobre el bello semblante de Margarita.

—Desde mañana —concluyó el conde—, os llevaré a los paseos, teatros y saraos, a las justas y procesiones, y antes de poco seréis aclamada la mujer más hermosa de Madrid.

—¿Y me acompañaréis vos siempre, señor conde? —preguntó con viveza y esperanza Margarita.

—Siempre, hija mía.

—¡Ah, pues entonces iré con mucho gusto a todas esas diversiones! —añadió con voz penetrante.

Y una adorable sonrisa de esperanza, de amor y de infantil alegría, disipó las nubes que la proposición del conde había amontonado en su frente.

Desde aquel día Frigiliana y Margarita, tan felices como dos enamorados, con la franqueza y expansión que tuvieran si hermanos fuesen, principiaron a concurrir a todos los paseos y diversiones públicas, donde, como había predicho él, no tardó en ser notada la hermosura, la gracia y distinción de su encantadora pupila, que a los dos meses de salir al mundo tenía a sus pies a los herederos más nobles de España, que no esperaban otra cosa más que saber el nombre y el rango de la joven para requerir su amor y ofrecerla su mano.

Absorta Margarita en el amor del conde, viendo el mundo solo a través de los negros y hermosos ojos de su amado, ni aun se apercibió del aplauso que alcanzaba su belleza, y mucho menos de las muchas demostraciones de sus adoradores, que al ver la indiferencia de la niña, no se atrevían a manifestarla ostensiblemente sus sentimientos.

Mas el conde, celoso a fuer de enamorado, y haciéndosele ya insostenible su situación al lado de la hermosa y tierna niña, halagado por la esperanza de alcanzar su amor, viendo la indiferencia con que acogía los rendimientos de la juventud más brillante de España, buscó un subterfugio para saber de una vez cuáles eran los sentimientos que animaba él en el corazón de su pupila.

Cerca de ocho meses hacía que Margarita y el conde, rodeados de la consideración a que les hacían acreedores los títulos, la riqueza y la categoría de él, se presentaban en todas partes siempre juntos y guardando el decoroso continente de un tutor y una pupila, por más que fueran otros sus sentimientos, cuando Frigiliana, si bien apelando a una mentira, trató de tener una explicación con la joven, que fijara de una vez la situación de ambos.

II

Las tres Margaritas (Continuación)

A la hora en que acostumbraba el conde advertir a Margarita que podía principiar su tocado, la noche que habían de asistir a algún baile o reunión, pasole recado una de las primeras de abril de 1680, que teniendo que hablarle de asuntos graves, la rogaba que le esperase en su habitación.

Margarita, cuyo corazón latió lleno de amor y esperanza al solo anuncio de aquella conferencia, renunció con gusto al tocador, al baile, a la misma gloria, si se hubiera tratado de alcanzarla, por pasar parte de la noche al lado del hombre cuyo amor, ayer vago y naciente, llenaba hoy su alma, su corazón y su pensamiento.

La noche, tan perfumada, serena y espléndida como lo son las de primavera en los climas meridionales, estaba llena de aromas y misterios, difundiendo en el alma una ternura infinita, e inspirando vagamente a los sentidos la idea del amor y del deleite.

Abiertas las rejas de su pequeño y lindo gabinete, que como ya sabemos caían a los jardines del palacio del conde; a aquellos jardines en los que tanto había corrido y jugado Margarita en su primera edad, y por los que se paseaba ahora sola y entregada a una tierna y vaga meditación, la brisa de la noche llenaba la habitación de los penetrantes y embriagadores perfumes que el suave y templado influjo del ambiente arrancaba a las plantas y flores tropicales, que el lujo, la moda y las conquistas habían aclimatado en nuestro suelo, y el sonoro y alegre murmullo de las fuentes y cascadas que adornaban los jardines infundían en el ánimo plácido y contento.

Tanto como es potente, aterrador, grandioso el oleaje del mar, el ronco aliento de impetuoso torrente, tanto es delicioso, alegre, placentero el murmullo de abundante río, el rápido saltar de trasparente arroyo, el ruido armonioso y dulce, lleno de frescas y agudas notas, de la cristalina fuente.

¡Cuántas horas de nuestros días hemos pasado oyendo embelesados el dulce y alegre sonido del agua corriendo sobre un lecho pizarroso y desigual que la quebraba en pequeñas y espumantes ondas, y al chocarse unas con otras timbraban cual si fueran de cristal o plata, formando una música encantadora que caía en nuestra alma como un bálsamo consolador y tranquilo!

Margarita, vestida con un traje de seda azul con ramaje blanco, que acusaba su estrecha cintura, delineando su bien contorneado talle y dejando descubierta su hermosa garganta, rodeada de un rico collar de gruesas perlas, y cuya alabastrina blancura tornaba amarillentos los linos encajes que a medias la velaban, tenía recogidos en menudos y apretados rizos, semejantes a pequeñas ondas de oro, sus rubios cabellos, único adorno de su hermosa cabeza, a la que formaban una celestial aureola.

Las amplias mangas de su traje dejaban ver a medias su puro y redondo brazo, de cuya torneada muñeca nacía una mano blanca, pequeña, con uñas tan rosadas como hojas de capullo y azulados y seductores hoyuelos.

Sus cejas finas y bien dibujadas parecían negras sobre el blanco mate de su frente, y sus pestañas rizadas y rubias adquirían al herirlas la luz tan dorados reflejos, que hubiérase podido creer que brotaban chispas de sus ojos.

Sus mejillas estaban un tanto pálidas a impulso de la honda emoción que sentía, y la leve sombra de su párpado interior daba a sus ojos poderoso e irresistible encanto.

Una lámpara de plata con globo de cristal de Venecia, colgada del techo, alumbraba dulce y misteriosamente la habitación, duplicando aquí y allí sus tibios reflejos, ora en los grandes espejos con marco de plata, ora en el rico artesonado, ora en el recamado de plata de los muebles, forrados de seda azul.

Margarita, sentada sobre una pila de ricos y mullidos almohadones, y extendida sobre la alfombra la cola de su vestido, tenía un libro en la mano, cuyas hojas volvía de vez en cuando, mas sin poder fijar su atención en él.

A las nueve presentose a ella el conde, pálido, conmovido y preocupado, vestido con un elegante y severo traje de terciopelo negro, chorrera y vuelillos de encaje, y el sombrero adornado de una hermosa pluma sujeta a él con un magnífico broche de diamantes.

No tenía espada, y sus blancas y nerviosas manos jugaban con sus guantes y su elegante sombrero.

Quedose inmóvil a la puerta contemplando a Margarita, a quien cada día hallaba más hermosa, y levantándose ella para recibirle, le arrancó de su éxtasis diciéndole:

—Ya os esperaba.

A esta dulce frase, que no era una reconvención y parecía una queja, soltó el conde su sombrero sobre el mueble más cercano y poniendo los guantes en la cinta, presentó sus dos manos a la niña, diciendo:

—¿Me perdonáis porque os privo esta noche de la diversión que aguardabais?

—Para mí no hay diversión sino donde vos estáis; solo a vuestro lado halla mi alma ventura.

—¡Qué buena sois! —dijo el conde besando ambas manos de Margarita, que esta había puesto con abandono entre las de él.

—Sentaos, y permitidme que yo también me siente, porque tengo mucho que deciros —añadió el conde para sustraerse a la ardiente embriaguez que le causaban la hermosura de Margarita, la ternura que le manifestaba, la soledad que rodeaba a ambos en aquel perfumado y lindo gabinete y en aquella noche tan llena de aromas, armonías y misterios.

Volvióse a sentar Margarita y el conde en un rico sillón cerca de ella.

Para que aquel hombre, joven, rico, noble, valiente, enamorado, se impusiera a sí mismo tanto respeto y reserva con una niña de cuyo destino era el único árbitro, que ni aun a ofrecerla su mano se atrevía por temor de contrariar o sorprender su corazón, debía estar dotada su alma de esa lealtad, de esa hidalguía, de ese pundonor, que tanto nos complacemos en ver brillar en los hechos de nuestros antepasados y que tan extinguidos están hoy en la castellana tierra.

—Ya sabéis, hija mía —principió a decir el conde con reposado acento y con una inflexión cariñosa y paternal—, ya sabéis con cuánto esmero velo y he velado por vos, y cuánto me intereso en ver asegurado vuestro porvenir. Uno de los primeros nobles de la corte de España,

joven, rico, buen mozo y que os ama con locura, me ha pedido vuestra mano, y yo, que ignoro vuestros sentimientos, le he ofrecido hablar en su nombre.

Al oír tan extraña, tan inesperada proposición, Margarita, que más de una vez se había lisonjeado con la idea de que era comprendido y correspondido por el conde el amor que ella ya no ignoraba ardía en su pecho, un profundo y ahogado sollozo se escapó de su garganta, y una ardiente lágrima de despecho, de dolor, de amargura quemó sus párpados.

Guardó silencio, y el conde, que observaba atentamente las encontradas pasiones que se pintaban en su hermosa y dolorida faz, sentía impulsos de arrojarse a sus pies, y en el delirio de su pasión decirla, confesarla, que él, y solo él, era aquel noble, aquel rico que la amaba con locura y que la ofrecía su alma, su corazón, su vida, su nombre y su mano.

Sin saber qué contestar ella a la proposición del conde, que ni por un momento pensó fuera inventada por él o que encerrara un doble sentido, sin atreverse a mirarle, porque temió no poder contener su llanto y menos la manifestación de su sentimientos, permanecía sombría y cabizbaja.

—¿No me contestáis nada, Margarita?

—Nada —contestó con voz seca y breve la joven.

—¿Despreciáis a mi protegido? —preguntó el conde con la voz ligeramente trémula.

—No, no le desprecio, señor —contestó con dignidad Margarita—; no le conozco, no le amo, no puedo amarle.

—¿Amáis a otro? —exclamó el conde con acento que revelaba el cúmulo de pasiones e ideas que hervían en su corazón y en su pensamiento.

Margarita, con los ojos bajos y cubierto de rubor el semblante, guardó profundo silencio.

—¡Por Dios, Margarita, contestad! —insistió con anhelo el conde—. ¿Amáis a otro?

La niña hizo una señal afirmativa.

—¿Quién es? ¿Dónde está? ¿Cómo se llama? —dijo atropelladamente el conde, que, lleno de angustia ante el temor de no ser el amado de la joven, perdía toda su serenidad y aplomo.

Alzó a él sus miradas Margarita, en cuyo fondo se veía claramente un puro, un tierno y santo amor, y con voz apenas perceptible murmuró:

—¿No lo habéis conocido?

—¿Y si me hubiera engañado? —dijo el conde arrastrado por la rápida pendiente en que se encontraba y depuesta ya por completo toda reserva.

—El corazón no se engaña nunca —le contestó con cándida fe la joven.

—¿Y es a mí, a mí, a quien amáis, Margarita?

El pudor y la emoción impusieron silencio a la joven, y el conde, arrojándose a sus pies, exclamó:

—¡Ah! No me neguéis el sí que ha de confirmar mi dicha.

Fijó Margarita en la del conde su húmeda y tierna mirada diciéndole con dulzura:

—¿Dudáis aún, cuando la que debería dudar sería yo, pobre y desconocida huérfana, que me atrevo a amar al poderoso conde de Frigiliana?

—Vos, Margarita —dijo con pasión él, al ver ya confirmada su ventura—; vos sois un tesoro, y yo el más feliz de los hombres al alcanzar vuestro amor.

Y besando con delirio sus manos, la dijo:

—Seréis mi esposa, ¿verdad, Margarita? ¿Seréis el ángel de mi redención?

Y ella, arrebatada por su amor y por su ternura, contestó:

—¡Seré con vos la más feliz de las mujeres!

Volviendo el conde y haciendo volver a Margarita a las realidades de la vida, y descendiendo del cielo de ventura a que su amor les había ensalzado, la dijo:

—Hablemos ahora gravemente, y perdoname, hija mía, si mis palabras te van entristecer.

—Hablad sin miedo. Estoy dispuesta a oírlo todo. Vuestro amor me servirá de escudo para sufrir el choque de inesperados dolores.

—Pues bien, hija mía —principió a decir el conde—; ya sabes que tu madre no existe, y que tu padre, al que yo quería y respetaba como a un hermano, al marchar a América a rehacer su fortuna para ampararte con ella, te dejó encomendada a mi cuidado. Diez años hace que tu padre salió de España, y excepto la noticia que me envió de su feliz llegada Buenos Aires, ninguna otra he tenido de él. Yo temo... yo no me atrevo a decirte... que tal vez haya muerto... Nada puedes esperar, en este último caso, de su familia ni de su herencia; porque tu padre no pudo casarse con tu madre, que se murió apenas tú naciste, impidiéndoles sus distintas religiones, pues tu madre era luterana, contraer matrimonio con la premura que el caso exigía. Tu buena y santa madre, que amaba a tu padre con toda su alma, estaba dispuesta a hacerse católica para que él pudiera casarse con ella legítimamente; mas la muerte la arrebató antes de que pudiera abjurar y verificarse su unión.

»Tu padre, al despedirse de mí, recomendándote a mi cuidado, me dijo que cuando volviera con una brillante fortuna que ofrecerte te reconocería.

»"Hacerlo hoy", añadió, "sería solo exponerla a los odios y persecuciones de mi familia".

»También los planes de él fallaron, y la muerte le habrá sorprendido en medio de sus proyectos.

»Yo espero que, seguro de mi cariño y lealtad, habrá muerto convencido de que mi apoyo no había de faltar nunca a su hija.

—¡Y es a una pobre huérfana, sin padres, sin familia, hasta sin hombre, a la que vos ofrecéis vuestro amor y vuestra mano! —dijo Margarita con los ojos arrasados de lágrimas y acento de infinita gratitud.

—Jamás os hubiera yo entristecido con tan dolorosos pormenores si no los creyera atenuados con nuestro mutuo amor. Yo creo muy justo que lloréis a vuestro padre, digno en todo de cariño y respeto; pero no lamentéis vuestra orfandad y abandono, porque seréis muy pronto la noble condesa de Frigiliana, y una de las primeras damas de la corte.

—Y con vuestro amor y ternura, la más feliz de todas las mujeres.

Y al decir estas palabras, Margarita, arrebatada por su ternura y la gratitud hacia su noble y generoso protector, incorporándose en sus almohadones, le echó los brazos al cuello.

Era este un abrazo desnudo de todo afecto carnal, y tan casto, como el que pudiera dar a su padre una hija cariñosa.

Y el conde, correspondiendo con igual respeto y mesura a aquel acto espontáneo, que la gratitud había dictado a la niña, la besó en la frente con tanta pureza como en sus infantiles años acostumbraba besarla.

—Ahora, hija mía, considérate ya como mi desposada. Yo espero zanjar pronto todas las dificultades, si las hay, y llamarte mía antes de poco.

Ruborizose levemente Margarita, tanta fue la expresión que dio el conde a sus últimas

palabras, y levantándose este, la dijo con acento de ruego:

—Yo quisiera, Margarita mía, pasar a tu lado diariamente unos momentos tan dulces como los que esta noche hemos pasado, pero temo que nuestra servidumbre pueda sospechar alguna cosa ofensiva a tu pureza, ¿quieres, cuando todos están recogidos, abrir la reja como lo está ahora y esperarme en ella? Yo bajaré al jardín, y podremos decirnos nuestro amor en estas noches tan bellas y perfumadas.

Bajó los ojos y la cabeza Margarita para ocultar su alegría y su confusión al ver que el conde interpretaba tan bien sus deseos más íntimos, y le contestó:

—Mañana, a esta misma hora, estaré en la reja esperándoos.

—Gracias —murmuró el conde, besándola la mano para despedirse.

—Adiós, señor —le dijo ella, siguiéndole con tierna y amorosa mirada.

III

Las tres Margaritas

(Conclusión)

Tres meses después, y el mismo día que Margarita cumplía diez y ocho años, se efectuó, con toda la pompa y fausto que el nombre ilustre del conde y su puesto en la corte requerían, el enlace feliz de los dos tiernos amantes, protector y protegida no hace mucho.

La posesión de su amada Margarita hizo al conde, que había pasado sumido en el dolor los mejores años de su vida, uno de los hombres más felices de la Tierra, y la dulce luz que irradiaban las azules pupilas de su tierna esposa disipó por completo las nubes de tristeza que por tanto tiempo oscurecieron su alma.

Un año habían pasado ambos esposos absortos en su mutuo amor y gozando de toda la dicha que en esta vida mortal pueden alcanzar los humanos; pues a las ventajas que dan en el mundo el nombre ilustre, la fastuosa riqueza, la juventud, el talento y la hermosura, se unían los santos goces de amor conyugal.

Hallábase una mañana el conde en sus habitaciones, cuando vinieron a decirle que un caballero forastero quería hablarle.

Mandó que le introdujeran, y momentos después se encontró entre los brazos de un hombre de unos cuarenta y cinco años, cuyos negros cabellos principiaban a encanecer, y cuyas enérgicas y pronunciadas facciones tenían el tinte bronceado que dan a la piel los ardientes rayos del sol ecuatorial.

—¡Manrique! —gritó el desconocido arrojándose en los brazos del conde.

Y reconociéndole este y estrechándole con efusión en ellos, exclamó:

—¡Diego! ¿Eres tú? ¡Vives!...

—Sí, soy yo. ¿Y mi hija? —preguntó con ansiedad don Diego.

—Aquí está, a mi lado —le contestó sonriendo con ternura el conde.

—¿Es feliz?

—Tan feliz como una criatura humana puede serlo.

—¿Hermosa?

—Más que un ángel.

—¿Buena? ¿Virtuosa?

—Margarita es la misma virtud, la suma bondad.

—Pero... —dijo D. Diego, mirando atentamente al conde—, ¡cómo me dices todo eso!...

Hizo el conde sentar al forastero en un rico sillón, y desviando la conversación de su anterior tema, le dijo:

—¿Cómo has podido estar tanto tiempo sin darnos noticias tuyas? Tu silencio me ha causado profundo sentimiento y no pocas lágrimas a tu hija.

—Ya sabes —contestó D. Diego— que una juventud borrascosa y mi amor a la carrera de las armas dieron al traste con mi fortuna, que si no era grande, bastaba a dar lustre a una de las casas más antiguas y nobles de Aragón.

»Un día, en medio de mis desórdenes y mi mala ventura, encontré a una mujer tan hermosa, tan santa, tan pura, que ella sola bastó a arrancarme del camino de perdición en que me hallaba. La amé y me amó. Y si es verdad que las mujeres causan casi siempre la perdición de los hombres, también es verdad que siempre una mujer es la que nos salva.

»Mi amada era flamenca y a más luterana, y sus padres no quisieron consentir en que se uniera a un católico, y menos a un hidalgo pobre y español, sin más patrimonio que su espada y un nombre ilustre, sí, pero que no podía hacer brillar, careciendo, o mejor dicho, habiendo disipado su fortuna.

»Tampoco yo, según los fueros de mi casa, podía casarme con una hereje, y si lo verificaba, mis hijos no podrían sucederme en el mayorazgo de mis padres.

»Yo tenía, y tengo, dos hermanos menores, que siguiendo senda opuesta a la mía, disfrutaban hoy los restos de mi patrimonio, en cuya posesión les ha puesto la creencia de mi muerte, y llevan con orgullo el noble apellido de mis padres, que yo tuve que abandonar al hacerme aventurero y comerciante.

»Cuando Margarita, mi amada esposa, pues para Dios y para mí lo era, se sintió encinta, me prometió hacerse católica para poder casarse conmigo, y que nuestro hijo no se viese privado de llevar mi nombre y heredar mis títulos.

»Los azares y deberes de la guerra me llevaron de su lado, y su prematura muerte ni la dio tiempo a ella para abjurar su religión ni a mí para desposarme con ella.

»No obstante, ella había hecho bautizar por un sacerdote católico a nuestra hija, cuyo nacimiento le costó la vida, recomendándola antes de morir a mi amor y mi nobleza.

»Mi deber era no solo velar por aquella hija, no solo quererla y educarla como si fuera legítima, sino asegurar su porvenir, adquiriéndome una fortuna que poder dejarla, ya que me era imposible hacer pasar a ella los restos de la mía.

»Concebí, pues, el proyecto de irme a las Indias, mas antes quería dejar en manos seguras a mi hija.

»Tú, a quien yo había servido de hermano mayor, cuyo noble carácter había tenido tantas ocasiones de apreciar, cuya amistad me inspiraba tanta confianza; tú, a pesar de tus pocos años, fuiste por mí elegido para guardar el sagrado depósito, y seguro estoy de que has sabido corresponder noblemente a mi confianza.

A estas palabras de D. Diego, dichas con el más íntimo convencimiento, sonriose imperceptiblemente el conde y nada contestó.

—Al llegar a Buenos Aires —prosiguió el indiano— me fue tan adversa la fortuna, que me hizo desesperar de volver a ver a mi querida hija y a mi hermosa patria. Porque jamás hubiera vuelto yo a vuestro lado trayendo por premio de mis afanes la miseria, la enfermedad y una vejez prematura. Esto fue causa de no darte noticias mías, y como en más de cuatro años la suerte no cambió para mí, tomé la resolución de no dar cuenta de mi persona hasta que, cumplidos mis deseos, pudiera volver a España con una rica dote que ofrecer a mi hija.

—¿Y no pensaste —dijo el conde con efusión y estrechando entre las suyas la mano de su amigo— que tu hija, que Margarita era demasiado hermosa, pura y angelical, para necesitar de

una dote y que sin ella es digna hasta de ocupar un trono?

Quedose mirando atentamente el indiano al conde, y pintándose en su rostro una expresión radiante, exclamó:

—¿Amas a mi Margarita, Manrique?

—¡Con toda mi alma! —dijo con pasión el conde. Y añadió inmediatamente—: Yo te creía muerto al no tener en diez años noticias tuyas, y espero que me perdones si en este supuesto me he casado con tu hija hace más de un año.

—¡Con Margarita! —dijo D. Diego levantándose vivamente—. ¿Margarita es la condesa de Frigiliana?

—Sí, mi amigo, Margarita es mi vida y mi felicidad.

—Abrázame, amigo mío, hijo mío, corazón noble y generoso —dijo con suprema gratitud y enternecimiento D. Diego, estrechando fuertemente en sus brazos al conde y derramando deliciosas y consoladoras lágrimas de felicidad.

—¿Tenéis hijos? —preguntó.

—No, aún no es tarde —contestó sonriendo el conde.

—¿Te ama ella mucho? ¿Es muy feliz?

—Me ama tanto como yo a ella, y es tan feliz como soy yo mismo.

—¿Cuándo la veré? ¿Cuándo la estrecharé en mis brazos como te estrecho a ti? Mucho he sufrido, mas Dios al fin me recompensa mejor que merezco.

—Es preciso —dijo el conde— que yo prepare a Margarita para esta dulce e inesperada sorpresa.

—Sí, amigo mío, mi querido hijo, prepárala para que la vista de su padre le sea tan grata como a mí la suya, que tanto he deseado.

Y poniendo ambas manos sobre los hombros del conde, y mirándole atentamente, añadió:

—No, no dudo de tu felicidad ni de la de mi hija, porque te encuentro tan joven como cuando te dejé y más contento y satisfecho de la vida. Entre tanto yo estoy tan viejo y acabado que solo vuestro cariño y el espectáculo de vuestra dicha pueden prolongar mi existencia. En cuanto a la deuda de gratitud que he contraído contigo, renuncio a pagarla.

—Esa deuda es mía en verdad, no tuya.

—¡Cómo!...

—Yo era el más desgraciado de los hombres, y por ti, por tu hija, por su amor, me creo hoy el más feliz de los hombres.

Preparada Margarita por su amante esposo a recibir la agradable noticia de que su padre vivía, que había vuelto, que estaba allí dispuesto a abrazarla, pudo al fin el indiano, sin perjuicio para la joven, desahogar en sus brazos su profundo y ardiente cariño paternal que diez años de ausencia habían hecho tan poderoso en su alma.

Queriendo de algún modo D. Diego corresponder a las pruebas de amistad que le había dado el conde, sin la menor demora reconoció a su hija en escritura pública y la declaró la única heredera, a ella y a sus hijos sin distinción de sexos, de la colosal fortuna que había hecho en las Indias.

Los hermanos de D. Diego, que vivían en Barbastro disfrutando las rentas de su mayorazgo, apenas supieron su vuelta, la respetable fortuna que había hecho, y cómo la condesa de Frigiliana era aquella niña de la que ellos tenían noticia, mas cuyo paradero jamás trataron de

inquirir, presentáronse en la corte a rendir, como quien dice, pleito homenaje a su hermano mayor, y a ponerse a las órdenes de su bella sobrina y de su noble esposo.

D. Diego, que por desgracia conocía hacía tiempo sus ruines instintos, los recibió fríamente, seguro de que si hubiera vuelto pobre no le abrirían las puertas de su casa, y les dijo que conservaran su patrimonio, del que iba a hacerles pública donación, pues las leyes no permitían que lo heredara su hija y él hacía ya muchos años que lo había renunciado.

Margarita, a la que su padre, aconsejado por su ternura paternal, había inspirado justos recelos sobre la buena fe de sus hermanos, los recibió con reserva; mas el conde, guiado por su carácter generoso y agasajador y su hidalguía, les abrió noblemente las puertas de su casa, y ellos, aprovechándose de esta buena acogida, y siempre en acecho de la colosal fortuna de su hermano, con el menor pretexto abandonaban su viejo palacio de Barbastro, y se venían a pasar largas temporadas al nuevo y lujoso de sus sobrinos, bien a despecho de D. Diego y con harto recelo de su hija.

Como a los tres años de matrimonio aún no tenía hijos Margarita, los hermanos de su padre supusieron y creyeron que ya no los tendría nunca, y que la fortuna de este, si no a ellos, pasaría íntegra a sus hijos y a su noble casa, que sería de este modo una de las más opulentas de Aragón, cuando hoy era de las más pobres y arruinadas.

Pero Margarita, para no atenuar en nada la dicha de su esposo, para calmar los deseos de su padre, dio a luz una preciosa niña a los cuatro años de matrimonio, y a la que por consentimiento de los tres, dieron el mismo y precioso nombre de su madre.

La niña, locamente adorada por sus padres y por su abuelo, que al tomarla en sus brazos creía tener el cielo en ellos, fue desde que vino al mundo ferozmente odiada por los tíos de su madre, que con su nacimiento vieron defraudadas sus injustas ambiciones.

Mas tan perversos como hipócritas, eran los primeros en ponderar y mimar a la preciosa criatura, por cuya muerte hacían continuos y nefandos votos.

La pequeña Margarita, tan hermosa como su madre, ofrecía desde su primera edad un tipo, aunque distinto, no menos acabado de belleza.

Su tez tenía la blancura trasparente y satinada, el puro sonrosado que ostentaba la de su madre; mas sus ojos negros, con la pupila dilatada y profunda, tenían la expresión altiva y melancólica que hacían tan interesantes e irresistibles las miradas del conde.

Sus cabellos ensortijados y sedosos eran casi negros, y revelaban que con los años tomarían este color.

Desde sus más tiernos años reflejaron sus diminutas facciones una resolución y energía que jamás se vio pintada en el semblante dulce de su madre, así como una expresión pensativa y melancólica que hacía presagiar a la condesa mil desventuras para su hija.

Dos años poco más contaba la niña y ya era el embeleso de todos con su gracia, su hermosura, su bondad y sus infantiles agudezas, cuando don Diego, cuya salud tan quebrantada por las fatigas, los trabajos y contrariedades de su azarosa existencia, solo a impulso de la dicha que hacía cinco años gozaba había podido ocultar su deterioro, se resintió gravemente con los fríos del invierno, y descendió al sepulcro rodeado de las tiernas atenciones de sus hijos y bañado en su amargo y sincero llanto.

Sus hermanos, que apenas supieron su muerte se presentaron hipócritamente a dar el pésame a su hija, bramaron de cólera al saber que el indiano en el codicilo que había hecho antes de

morir, confirmando las donaciones que anteriormente hiciera, ni un peso les había dejado.

La condesa veía siempre con disgusto y recelo la estancia en su casa de los hermanos de su padre; mas no se atrevía a manifestárselo al conde, ni este, aun cuando no simpatizaba con los hidalgos de Aragón, quería cerrarles las puertas de su casa.

Mas los hermanos del indiano, correspondiendo bajamente a los agasajos y distinciones de que eran objeto en la casa del conde, principiaron a fraguar una inicua trama, que costó la vida a la condesa y sumió al conde en un dolor más sombrío e incurable que aquel de que era presa cuando los hermosos ojos de su Margarita alumbraron con la luz del amor el sombrío fondo de su alma.

La niña, tan hondamente odiada por los hermanos de D. Diego, pues en realidad era la que impedía que llegara a ellos la fortuna del difunto indiano, era el tema obligado de sus conversaciones, y buscar los medios de hacerla desaparecer sin peligro para ellos su constante idea.

La niña, hermosa y llena de salud y robustez, no les ofrecía esperanza alguna de próxima muerte, y ellos se habían aferrado a la idea de que la herencia de su hermano debía volver a la casa de sus mayores, y no ser patrimonio de los descendientes de una hereje.

Secundados por un criado de la casa del conde, que bajo un aspecto servicial y honrado ocultaba los más bajos instintos, y que se vendió en cuerpo y alma a los dos aragoneses cuando supo que se trataba de millones de reales, en los que él tendría parte, sin perjuicio de la cantidad que le ofrecieron de presente, trataron entre los tres de que el criado haría desaparecer a la niña, y desaparecería él al mismo tiempo, para seguridad de todos.

Era una noche fría y tempestuosa de diciembre; acababa de espirar el luto del indiano y sus hijos no habían podido excusarse de asistir a Palacio, donde la reina María Luisa de Orleans, primera mujer de Carlos II, y tiernamente amada por este, había dispuesto un brillante sarao.

La niña Margarita, cuya confianza se había ganado el criado cómplice de los tíos de su madre con continuos agasajos que la prodigaba, estaba en su camita despierta aún, y aburriendo a su aya, que quería irse a charlar con las camareras, los pajes y escuderos, de todos los chismes y rencillas que con tanta frecuencia se desarrollan entre la servidumbre de los grandes.

—Que venga Juan a contarme un cuento —dijo la inocente, que veía que el aya no sabía entretenerla ni dormirla.

Llamó el aya a Juan, que era escudero de la condesa, y este, animado de esperanza, se avino a entretener a la niña.

Fácilmente sugirió a la pobrecita que se dejara vestir, que él la llevaría con su madre a una hermosa fiesta.

La niña, que acababa de cumplir tres años, lo creyó todo y, después de vestirla, el traidor criado la sacó de casa sin ser sentido de nadie y sin que se volviera a saber el paradero de ambos.

Los hidalgos aragoneses se hallaban en Barbastro, para mayor seguridad, y aun cuando la condesa sospechó siempre de ellos, no halló la menor prueba en qué apoyar su sospecha.

A los cuatro años de la desaparición de su hija, murió Margarita, oprimida de dolor y sin más hijos, y como el indiano no había previsto este caso, aunque con la reserva de si aparecía la niña, el conde entregó a los tíos de su mujer la codiciada fortuna.

Uno

El rey se muere

I

Un revolucionario del siglo XVII

Era la hora de oraciones del día 2 del mes de noviembre del año 1700.

El clamor de las campanas, dando el último toque del Día de Difuntos, llenaba el espacio con sus notas tristes y pavorosas.

El cielo reflejaba una luz cenicienta y mortecina, que daba poco a poco lugar a las espesas sombras de la noche.

Largos cordones de gentes enlutadas y cabizbajas cruzaban en silenciosa procesión las calles de Madrid, y el sordo rumor de sus pisadas formaba un eco melancólico y fúnebre.

Las iglesias parroquiales, que eran a la vez el cementerio de sus feligreses, estaban colgadas de bayetas negras, sobre cuyo sombrío fondo se destacaban los huesos y calaveras, expuestos en este día a la vista de los fieles para recordarles la nada de las humanas dichas. Allí oraba la gente con fervor y llanto, arrodillada sobre la losa que cubría los restos de un ser amado, y cuyos suspiros y rezos, unidos a los responsos que decían los sacerdotes, formaban un concierto aterrador y solemne. Alumbrado el templo por la llama amarilla y vacilante de los cirios mortuorios, cuya fantástica luz se perdía en la penumbra de las altas y sombrías bóvedas, ofrecía un cuadro imponente y conmovedor, que el ánimo impresionado tardaba mucho en olvidar.

El crispante sonido de la campanilla y la voz lúgubre de los que por las calles y a las puertas de los templos pedían para las ánimas del Purgatorio daban la última pincelada al sombrío y medroso cuadro que ligeramente hemos procurado bosquejar.

Hoy, que los cementerios al aire libre, llenos de lujosas urnas, magníficos mausoleos y tumbas ricas y elegantes, que en este día se ostentan llenas de flores, cintas y luces, coronas de siemprevivas, blandones de plata, tarjetones de vitela y todo el refinamiento que el lujo y la moda inventan para honrar a los difuntos en su día, atraen a ellos una concurrencia más bien curiosa que afligida; hoy, que la luz del día, el aspecto del cielo, el suspiro de la brisa disipan constantemente la triste atmósfera que se forma sobre las tumbas; hoy, que en esos sitios y campos de soledad y muerte, convertidos ese día en punto de reunión, se habla, se ríe, se intriga, se murmura, se enamora, se venden flores, refrescos y dulces, y se pasea sin emoción ni impedimento sobre la tierra recién movida de los sepulcros; hoy no podemos formarnos ni una remotísima idea de la impresión dolorosa, aterradora, solemne, sombría que dejaba en el alma el Día de Difuntos en aquellos tiempos en que Madrid todo era un vasto cementerio, cada iglesia un panteón, y cada sepultura la actual morada de los muertos y la habitación elegida y preparada para los vivos que oraban a su pie.

Mas lo que daba a la corte de las Españas, en el día cuya fecha dejamos apuntada, un aspecto tétrico y sombrío; lo que esparcía en todos los semblantes una expresión recelosa y preocupada, era que el rey Carlos II, último vástago de la rama de Austria española, se hallaba en la agonía.

Hasta el último de los españoles comprendía toda la trascendencia, todos los peligros, todas las fatales consecuencias que traería a la nación la temprana muerte del rey sin dejar legítimo y directo heredero al trono.

Hacía mucho tiempo que el esplendor que diera a España el descubrimiento de las Indias Occidentales, coincidiendo con la unión de los reinos de Aragón y Castilla y la reconquista de Granada, se había eclipsado, y la nación española, tan poderosa al comenzar el siglo XVI, tan grande, tan temida, era al finalizar el XVII la más pobre, la más arruinada, la de menos poder y prestigio en Europa.

Las otras naciones, sus vecinas y rivales, triunfaban ahora de la pobre España, abatida y exhausta de hombres y dinero, y a la que sus colosales conquistas, sus maravillosos descubrimientos, sus guerras de Italia y Flandes habían por completo arruinado, y Francia y Luis XIV tomaban en ella, mal regida por un rey enfermo e incapaz, la revancha de Pavía y San Quintín.

Todas estas consideraciones pasaban en tropel por la mente de los españoles, hasta de aquellos menos mezclados en la cosa pública, y al ver a su rey moribundo, temblaban por el porvenir de su amada patria, cuyo espíritu público, tan levantado algún día, se hallaba tan abatido en la actualidad.

Pero en una población tan grande como Madrid, si hay cien personas que lloran, suele haber otras tantas que ríen, y por públicas y generales que las calamidades sean, no falta nunca un rinconcito en el que el común dolor suele servir de pábulo a la algazara y a la zambra.

Habían ya, como dejamos dicho, tocado las oraciones, los templos todos cerrado sus puertas, y los fieles conmemoradores de los difuntos retirándose a sus casas.

En una taberna, cerca de Puerta-Cerrada, cuyo interior lleno de ruido, luz y calor, contrastaba notablemente con las calles silenciosas, oscuras y solitarias; una inmensa concurrencia, alegre y bebedora, rodeaba a un ciego, que acompañándose con una guitarra cantaba coplas con sus puntas y puntos de atrevidas e intencionadas, y que hacían al tabernero mirar receloso a la puerta de su establecimiento, temiendo ver asomar por ella a algún ministril.

El tabernero, que por no descontentar a sus parroquianos no se atrevía a mandar callar y despedir al ciego, sabía que ni este ni los otros arriesgaban nada con sus cantares, pero sabía también que le costarían a él un fuerte multazo, si llegaban a oídas de algún corchete.

Animado el ciego por los bravos y palmadas de la concurrencia y por la influencia del caliente Valdepeñas, cantó, con voz gangosa y son medio de salmodia, la siguiente coplilla:

Dicen que se muere el rey,
yo digo que nos engañan,
España es la que se muere
y la quiere heredar Francia.

La copla no podía ser más oportuna ni pintar con más exactitud y viveza la situación de España, y los concurrentes a la taberna miráronse todos en silencio haciendo una señal de asentimiento.

—¡Otra! ¡Otra! —gritaron varias voces.

Y el ciego remojando las fauces y rascando la guitarra, volvió a cantar:

Ya se murió don Juan de Austria,
aquel de la Calderona,
que si no se hubiera muerto
él llevara la corona.

—Y tanto que la hubiera llevado —dijeron con calor algunos bebedores—; D. Juan, bastardo y todo, era hijo de nuestro rey Felipe IV, había nacido en España, y el pueblo de Madrid le amaba por valiente y atrevido, mientras que ahora, austriaco o francés, siempre vendrá a mandarnos un extranjero.

Esta nueva copla del ciego vino a interrumpir la conversación de aquellos políticos de taberna.

Un Carlos nos trajo el Austria
y otro Carlos se la lleva:
la España que le entregamos
no es la España que nos dejan.

—Ea, basta de música —dijo con voz de mando uno de los concurrentes a la taberna, que sentado solo en un rincón había escuchado impaciente las canciones del ciego.

—Señor Martín Pérez —dijo el ciego, conociendo sin duda en la voz al que con tanto imperio y rudeza le imponía silencio, y contra cuyo mandato nadie se atrevía a protestar—; ya sabéis el refrán que dice: «Cuando el español canta, o rabia o no tiene blanca». Hoy, bendito sea Dios, ambas cosas nos agarran a los españoles. No tenemos ni blanca, ni negra, ni amarilla, y motivos para rabiarse... ¡Válgame el Señor, si hay cosecha!... Déjenos, pues, que cuando el pueblo se cansa de llorar sus desdichas, suele mudar de tono y cantarlas.

—Pues bien, por esta noche basta con lo cantado y vete con la música otra parte, que lo mando yo.

Y con harta satisfacción del tabernero, y sentimiento de la mayor parte de la concurrencia, ocultó el ciego la guitarrilla debajo de su raída capa, y guiándose con un fuerte garrote, se dirigió a la puerta saliendo de la taberna.

Martín Pérez, el hombre cuya voz había sido obedecida y acatada por todos los asistentes a la taberna, era natural de Andalucía, aunque desde niño habitaba en Madrid, y podía contar de cuarenta y seis a cuarenta y ocho años.

Alto, membrudo, enjuto de carnes, sus morenas y pronunciadas facciones denotaban valor, arrojo, atrevimiento y esa salvaje independencia, que acusa en nosotros la sangre ardiente del nómada de los desiertos de África.

Su barba, sus ojos, sus cabellos, sus cejas y pestañas eran negros, su nariz prominente, su frente despejada y su boca algo grande, en la que brillaban dos filas de dientes más blancos que el marfil.

Había en la voz de aquel hombre, en su mirada, en su gesto, en sus maneras, algo que imponía y atraía a la par.

Nada revelaba en él al pacífico habitante de las ciudades; nada tampoco al rudo campesino; nada al menestral o al soldado.

Vestía el traje en todas épocas tan pintoresco y airoso de nuestros pueblos del Mediodía; manejando con desembarazo su cumplida capa y cubierta la cabeza con un chambergo cuyas

anchas alas podían a voluntad ocultar su semblante.

Sentado enfrente de una mesa pequeña que ocupaba él solo, tenía al lado un jarro de vino, cuya tercera parte aún no había consumido, y su actitud era la del que espera a alguno.

Todo revelaba en aquel hombre que con solo su valor, su firme voluntad y entereza de carácter se había hecho casi una potencia en los barrios de Madrid: la indomable energía, la confianza en sí mismo, el individualismo en su más alto grado, signos característicos de los hijos de España, que hacen decir a un gran historiador contemporáneo: «En esta nación cada hombre se cuenta por uno».

Martín Pérez había levantado al pueblo de Madrid en favor de D. Juan de Austria cuando se trató de desterrar al confesor de la Reina Madre, al odiado padre Nithard; Martín Pérez fue el que en el motín contra Oropesa, motín promovido por los partidarios y emisarios de Francia, mas como todos los motines en que interviene el elemento popular, fue más lejos de lo que querían sus promovedores, y al fin hubo que combatirlo con la fuerza armada; Martín Pérez fue el que dirigió a la reina, que había salido al balcón a hacer callar a los amotinados, diciéndoles que el rey dormía, el duro apóstrofe que consigna la historia: «Mucho tiempo hace que duerme. Ya es hora de que le despierten las calamidades de su pueblo».

Por todo esto Martín Pérez, querido y estimado en los barrios bajos, respetado por cuantas personas le trataban de cerca, pues su rudeza servía de capa a las más nobles prendas de generosidad, de nobleza, de lealtad y de valor, era mirado con recelo en la corte, que de buena gana le hubiera extrañado de Madrid, si no temiera provocar un conflicto.

Apenas acababa de salir el ciego de la taberna, entró en ella precipitadamente un hombre alto, forzado y carnoso, de faz cuadrada y robusta musculatura, denotando en su traje y porte, así como en el acre olorillo que tras sí dejaba, que era palafrenero de la casa de algún grande.

Giró una mirada por toda la taberna, y distinguiendo a Martín Pérez, se dirigió a él y le dijo:

—¿Vamos?

—Qué —dijo el otro—, ¿no te detienes a apurar este jarro?

—No puedo. Nos espera mi amo. Por el camino te diré...

Y en tanto que Martín Pérez alzaba sobre sus hombros la capa, apuró la taza que el otro tenía casi llena.

Hizo Martín Pérez una señal al tabernero para que le guardara su mesa y su jarro, cambió una inteligente mirada con algunos de los concurrentes, y embozándose en la capa y calándose hasta los ojos el sombrero, siguió a su acompañante, que ya salía de la taberna.

—¿De qué se trata y a dónde vamos? —preguntó Martín Pérez apenas salieron a la calle.

—De qué se trata, yo no sé —contestó el otro—; y te contaré lo que a mí se me ha dicho. A dónde vamos: a casa de mi amo, el señor conde de Frigiliana, que nos queda esperando.

—¿Vienes a buscarme de orden suya?

—Sí. Y para evitar preguntas te contaré lo que ha pasado entre el señor conde y yo.

»Mi amo el conde me llamó a su despacho hace dos días, y poco más o menos pasó entre ambos el siguiente diálogo:

»“Sanchón”, me dijo, “yo te tengo por hombre callado y leal”.

»“Me precio de serlo, señor conde”, le contesté.

»“Pero he oído que te gusta el vinillo, ¿eh?”.

»“Me sabe bien; bendito sea Dios que nos lo da sin merecerlo. Y debe considerar vucencia

que estando todo el día tratando con caballos y mulas, con perdón sea dicho, necesita el hombre, cuando llegue a la noche, departir con racionales, y que un jarro y dos tazas son los mejores agentes de la amistad”.

»“Considero todo lo que tú quieras, Sanchón”, me contestó mi amo sonriendo, “y considero también que debes tener muy buenas amistades entre el pueblo de Madrid”.

»“Más que entre la nobleza, señor conde, así Dios me perdone”.

»“¿Conoces por ventura a un tal Martín Pérez?”.

»“¿El que cuando el motín contra Oropesa se atrevió a decirle a S. M. la reina...”.

»“El mismo”, saltó mi amo interrumpiéndome.

»“Con la venia del señor conde, y si no lo toma a mal, Martín Pérez es grande amigo mío”.

»Aquí esperaba yo que mi amo me hiciera alguna observación o pregunta sobre ti y sobre nuestra amistad; pero se conoce que estaba bien enterado de todo, porque me dijo de seguida:

»“Es necesario que yo vea y hable a ese hombre”. Yo abrí unos ojos más grandes que la Puerta del Sol, y él, sin hacerme caso, prosiguió diciendo. “Dile que tu amo, el conde de Frigiliana, desea hablarle sobre un asunto importante para España, que si está dispuesto te lo diga, y el día que yo os avise venid los dos a verme con sigilo”.

»Creció con esto mi asombro, pero conociendo que la orden era terminante, dije a mi amo que las más de las noches te veía en una taberna cerca de Puerta Cerrada.

»“Pues comunícale el aviso que te he dado y tráeme mañana la respuesta”.

»Yo te hablé, como sabes, conviniste en esperar las órdenes de mi amo, y hoy me manda a buscarte para que con todo el posible sigilo te lleve a su presencia.

—¿Y tú no has podido vislumbrar nada de lo que intenta tu amo? —preguntó Martín Pérez al palafrenero.

—Ni esto —contestó el otro con acento verídico y mordiéndose lo negro de la uña del pulgar derecho.

—Tu amo es uno de los nobles que más honran a España, y su voto en el Consejo de Estado acredita su patriotismo.

—¿Conque me seguirás sin reparo?

—He dado mi palabra y no acostumbro faltar a ella nunca. No solo ha de estar la nobleza en la sangre heredada, también ha de hallarse en un corazón bien puesto.

—Pues vamos andando. Mira, Martín Pérez, yo soy tan valiente como el primero, y a la luz del sol, con un buen garrote, no me harían correr diez hombres; pero te digo, francamente, que mejor me estaría en la taberna charlando contigo y alegrándome con el Valdepeñas, que no andando por las calles tan oscuras y tan medrosas, en la Noche de Ánimas, cuando traigo en los oídos el clamoreo de las campanas, los gritos de los que piden limosna para los difuntos, y a cada paso creo ver en la oscuridad huesos y calaveras.

—Si hubieras bebido diría que era el vino el que te hacía ver esas visiones.

—Y ahora que me acuerdo, si es larga la sesión ¿tendremos que renunciar por esta noche a nuestra tabernilla?

—Qué le hemos de hacer.

—Muy mal se tratan a secas los negocios.

—Para tratar ciertos asuntos es necesario tener la cabeza muy despejada.

—Nunca está más despejada la mía que después de haberme echado al cuerpo dos medios de

lo caro.

Callaron un momento, atravesando como dos sombras las oscuras y desiertas calles, en dirección al palacio de Frigiliana, y Sanchón, cuyos temores supersticiosos se despertaban con el silencio y la oscuridad, dijo después de un breve intervalo:

—Si se muere el rey esta noche, como he oído decir, le alcanzarán todos los sufragios de la Iglesia y se irá derecho al Cielo, mientras que a nosotros nos deja metidos en un infierno.

—Y buen infierno —apoyó Martín Pérez con acento pensativo.

—Ya hemos llegado —dijo Sanchón—. Entra por aquí, que así me lo ha encargado mi amo.

Y entrando ambos por la puerta de las caballerizas, salieron a un patio interior, y subiendo por una escalera excusada, llegaron sin ser vistos a la habitación donde les esperaba el conde.

Tocó Sanchón la puerta, y con voz reprimida dijo:

—Señor, ya estamos aquí.

—Entrad —contestó el conde abriendo él mismo la puerta.

Quitose el sombrero Martín Pérez, saludando respetuosamente al conde, y este, contestándole con ademán afectuoso, volviose a Sanchón y le dijo:

—Quédate en esta puerta para que nadie venga a interrumpirnos. Y tú —añadió volviéndose a Martín Pérez—, entra sin cuidado.

Púsose Sanchón como le había ordenado su amo, a la puerta de la que pudiéramos llamar antecámara, por más que fuera una habitación casi excusada, y entrando Martín Pérez y el conde en el gabinete de este, cerró la puerta cuidadosamente, mandándole tomar asiento.

El gabinete, pequeño y despojado de todo adorno, no tenía más muebles que una mesa de escritorio cargada de papeles, un ancho sillón para asiento del conde y algunos taburetes.

Una lámpara de plata, ennegrecida por el tiempo y pendiente del techo abovedado por cadenas del mismo metal, alumbraba vagamente la habitación, y su luz de amarillentos reflejos inspiraba ideas de misterios, conspiraciones y conciliábulos.

El gabinete no tenía reja, ventana, ni balcón, y sí dos puertas, una por la que había entrado Martín Pérez y cerrado el conde, y otra frontera, que comunicaba con el dormitorio de este.

II

Un noble y un plebeyo

El conde de Frigiliana no era ya el amante esposo, el tierno padre, el hombre apasionado, melancólico y soñador, que hemos dado a conocer a nuestros lectores en la introducción de este libro.

Era un caballero de hasta cincuenta años, al que sus desgracias de familia habían encanecido antes de tiempo e impreso en la noble faz prematuras arrugas.

Conservaba, no obstante, su mirada dominadora, su sonrisa bondadosa y su gallarda apostura.

Su corazón era un triste cementerio en el que el dolor había enterrado todos los afectos, todas las felicidades de su vida, de las que solo conservaba el recuerdo.

Mas los corazones verdaderamente nobles no son jamás egoístas, y los sufrimientos, en vez de menoscabarlos, aquilatan su virtud.

El conde, que ya nada esperaba de los goces de la vida, que ya nada temía de sus penas, pues creía haber apurado hasta las heces su cáliz de amargura, dedicó al bien de su patria, a su rehabilitación, a la resurrección de su antigua prosperidad y poderío todo el ardor de su corazón, toda la fuerza de su inteligencia, todo el poder y prestigio de su casa, de su riqueza y de su nombre.

En aras de su patriotismo, de su respeto a las antiguas leyes y fueros de Castilla, formuló un voto contrario al de la mayoría del Consejo, en el que se relegaba a las Cortes el derecho de señalar heredero al Trono español, si como era probable Carlos II moría sin sucesión.

Y este mismo respeto, la creencia de que en los casos arduos el pueblo todo está llamando a proclamar y reivindicar sus derechos, a salvarse a sí mismo, le arrastró en la peligrosa intriga que vamos a desarrollar en este libro.

—Ahora que estamos solos —dijo el conde sentándose en un sillón, en tanto que Martín Pérez ocupaba un taburete colocado cerca de él—, quiero, amigo Martín, enterarte de un importante secreto y que tú a tu vez me digas qué tal está el espíritu público en tus barrios.

Abordando el conde con tanta franqueza la cuestión, inspiraba completa confianza a Martín Pérez, al par que le manifestaba la que ponía en él.

No dejó de comprenderlo así este, contestándole sin rebozo:

—En mis barrios, señor conde, lo mismo que en toda España, porque los españoles pensamos del mismo modo en ciertos asuntos, se teme la muerte del rey, por más que su desgraciado gobierno haya traído a España el estado de ruina, de miseria y desprestigio en que se halla.

»Yo no tengo ojeriza al rey, que es nuestro señor por legítimo derecho; pero creo que piensa poco en el bien de su pueblo, cuando viéndose enfermo y sin hijos, no ha tratado ya de indicar sucesor a la corona, y cediendo a la sugerencias de unos y otros, hoy se inclina al Austria y mañana a la Francia.

—La inesperada muerte del joven príncipe de Baviera —dijo el conde— ha dado de nuevo margen a las intrigas de los partidarios de las dos cortes rivales, cuyas pretensiones amenazan a la desmembración de España o una larga guerra.

—La desmembración nunca —dijo con calor Martín Pérez—. El pueblo español verterá hasta su última gota de sangre antes que consentir le arrebaten la más mínima parte de su territorio, que palmo a palmo ha sabido conquistar peleando.

—¿Y qué cara ponen tus amigos a la elevación al trono de un príncipe extranjero?

—¡Hartos de extranjeros estamos los españoles, y hartos de ver ingerirse en nuestros asuntos a las potencias vecinas. El rey dicen que se inclina un día al archiduque Carlos y otro a un Borbón, y el pueblo, señor conde, se libraría con mucho gusto de uno y de otro.

—La casa real de España —dijo con voz pausada el conde, y dejando caer una a una sus palabras— queda extinguida con la muerte de Carlos II y no habrá más remedio que acatar por nuestro rey a aquel que él en su testamento designe, a no ser que convocando las antiguas Cortes de Castilla, ellas decidieran en tan importante asunto.

—Siendo vucencia del Consejo ¿por qué no insiste para que se adopte esa medida?

—Ya sabes que cuando el conde de Fuensalida y yo, él apoyándose en las leyes de Aragón y yo en las de Castilla, formulamos nuestros votos, fueron desechados por la mayoría, que declaró al duque de Anjou como el candidato con mayor derecho al trono de España.

—Ese príncipe cuenta con más simpatías que el archiduque, pero el pueblo español teme, bajo su reinado, venir a ser un satélite de la Francia, como lo fue del Austria bajo Carlos I, arruinándose en guerras extrañas a sus intereses, y perdiendo sus santas libertades.

—Pues bien, Martín Pérez —dijo con resolución el conde, oyendo sus francas explicaciones—, si tú y tus amigos y partidarios estáis dispuestos a secundarme, yo os presentaré a un bastardo de nuestro amado Rey Felipe IV, y que las Cortes de Castilla, en virtud de su derecho, pueden proclamar Rey de España.

—Si el príncipe de quien vucencia habla es digno de gobernarnos y presenta pruebas irrecusables de su regio origen, y si las Cortes le apoyan, el pueblo de Madrid le proclamará unánime.

—Y proclamado en Madrid lo será en toda España —dijo el conde estrechando cordialmente la mano de su consocio en aquella conspiración, que tenía más de patriótica que de cuerda.

Las dudas que inspiraban las vacilaciones del rey, los rumores que corrían de haber revocado su último testamento, los celos que causaba la desmedida ambición de Luis XIV y las intrigas y amenazas del Austria, hacían que en España todos los que no eran partidarios de esas dos potencias temblaran por el porvenir de la patria, y quisieran buscar cualquier asidero para poder resistir al primer oleaje de ambiciones que la muerte del rey iba a desencadenar.

¡Desgraciada nación aquella que poseyendo leyes tan sabias, tan justas, tan fundamentales como lo son las de España, las ve pospuestas a la voluntad de un hombre, y queda vencida en la lucha que en pro de sus libertades emprende!

—El rey está muy grave —dijo confidencialmente el conde—, y se dice que en estos últimos días, cediendo a las sugerencias de la reina, ha revocado el testamento que hizo a favor del duque de Anjou. Si muere repentinamente, sin designar sucesor, para evitar la desmembración de España, que ya tienen decidida las potencias extranjeras, reuniremos inmediatamente las Cortes, y les presentaremos nuestro candidato, apoyado por el pueblo de Madrid.

—Preséntenos vuecencia a ese príncipe, y sabremos si es digno de nuestro apoyo.

—Ve a las diez al sitio que Sanchón te designe, con todos tus compañeros, y tendréis el honor de saludarle.

—A las diez estaré con los jefes más acreditados en los barrios de Madrid. Cada uno de ellos tiene a sus órdenes un millar de hombres.

—¿Y cuántos sois vosotros? —preguntó indiscretamente el conde.

—Ya tendrá lugar de contarnos vuecencia, cuando nos presente al príncipe —contestó con entereza Martín Pérez.

—No te encargo el secreto, porque a la menor indiscreción, mi cabeza y tu garganta correrían grave peligro —dijo el conde, levantándose para abrir la puerta y despedir a Martín Pérez.

—Viva vuecencia tranquilo —contestó este, levantándose a su vez.

Abrió la puerta el conde, y haciendo una seña a Sanchón y comunicándole sus órdenes en voz baja, dijo, despidiéndose del otro:

—Hasta las diez, buen Martín.

—Dios guarde a vuecencia —contestó este saliendo.

Y acompañado de Sanchón, tomaron la ruta de la calle, por los mismos corredores, escalera y patio que les dieron acceso hasta el gabinete reservado del conde.

Quedose este solo y meditabundo y dirigiéndose a su dormitorio, tomó capa y sombrero de noche, ciñose espada y daga, y sin dar orden ninguna ni permitir que le acompañaran sus pajes, salió también a la calle por la puerta principal de su condal palacio.

—Ahora es preciso que Javier, el pobre loco que dicen que es hijo de Felipe IV, rumor que acredita su completa y asombrosa semejanza con nuestro difunto rey, padre del monarca actual, se preste a desempeñar el papel que le está encomendado, y del que no me he atrevido a hablarle hasta el último momento.

»Su hermosa y angelical hermana, cuya virtud y belleza me inspiran un afecto inexplicable e impropio de mi edad, de mi carácter y de mis pasadas y no olvidadas desgracias, me ayudará en mi propósito. Ella, que tanta influencia tiene con el loco.

»Tal vez hago mal en comprometer a ese ángel y en ocultar, bajo la capa de un galanteo, mis proyectos políticos.

»Son tan grandes y tan inmediatas las desgracias que amenazan a España, que todos los medios son buenos para combatirlas.

»En aras de la salvación de la patria, ninguno debe vacilar en sacrificar su vida, y... hasta su honra.

»¡Dios nos deje conservar ilesas la integridad, la libertad y la independencia de España, y así perezamos todos en demanda tan noble!

Y prosiguiendo su camino y desviándose de palacio, dirigióse a la izquierda, como si fuera en busca de la entonces peligrosa y accidentada Cuesta de la Vega.

III

La hermana del loco

Existía en 1700, y existe aún hoy, cerca de la Cuesta de la Vega, y entre Palacio y los Consejos, una casa de pobre apariencia, y que tenía, y conserva, un aspecto misterioso.

Advertimos a aquellos de nuestros lectores que lo ignoren que el actual Palacio Real de España, edificado por Felipe V en el segundo tercio del pasado siglo, lo fue en el mismo sitio que ocupaba el llamado «palacio viejo», y que desde Felipe II habitaron todos los reyes de la casa de Austria.

Hecha esta advertencia, ya se comprenderá que la casa de que nos ocupamos tenía con Palacio la misma vecindad que hoy conserva.

En esta casa, formada de piedra berroqueña, con estrecha puerta y pequeñas ventanas, vivía el loco al que el pueblo de Madrid señalaba como hijo de Felipe IV, tal vez sin más causa que su pasmoso parecido con este rey y el hallarse marcados en su fisonomía los rasgos más característicos de los individuos de la casa de Austria.

¿Quién sabe si hasta su misma locura fuera para los observadores una prueba más de su sospecha, y al verle víctima de la fatal monomanía, casi endémica en esta familia, le creyeran por esto mismo fruto de alguno de los últimos caprichos del rey galanteador, cuyo único heredero era también un maniático?

De todos modos, estas hablillas eran harto vagas para haber tomado consistencia, y a pesar de la vecindad del loco, Carlos II ignoraba que tan cerca de él viviese un hombre, al que el pueblo de Madrid creía su hermano, tanto en la enfermedad como en la sangre.

Quizá aquella misma vecindad hubiera originado el antojo del rey y la facilidad de satisfacerlo, dando el ser a aquel pobre desgraciado, que vivía en el mundo sumido en sueños irrealizables, y sin más apoyo que el de una hermana de diez y seis a diez y ocho años.

En la habitación principal de la casa, que tenía ventanas con reja a la calle y dos puertas que comunicaban con los dormitorios de ambos hermanos, además de la entrada, se hallaban estos solos y silenciosos en la noche a que nos referimos.

La habitación, con las paredes revestidas de yeso, que el tiempo tornara amarillento, y el piso de estrechos ladrillos, tenía el techo cruzado de espesas vigas, ennegrecidas por los años, y se hallaba casi desamueblada, sin cortinas en ventanas ni puertas, sin cuadros en las paredes y consistiendo todo su adorno en una mesa grande de nogal, un sitial bajo de asiento y seis sillas de alto y tallado respaldo, que habían estado forradas de sarga verde, cuyos restos quedaban aún adheridos a los clavillos dorados que sujetaban la tela de estopa, puesta debajo de la sarga.

Sobre la mesa, en la que se veía algunos libros, ardía un viejo quinqué con pantalla de metal, que dejaba en la sombra las dos terceras partes de la habitación.

Sentado el loco en frente de la mesa, con un libro abierto delante, tenía apoyados en él ambos

brazos, y en estos oculto el rostro.

Sin duda dormitaba o se hallaba embargado por uno de los éxtasis o extravíos mentales tan frecuentes en él, y que tanto le hacían soñar despierto.

Su joven hermana, sentada en el sitial de que hemos hablado, y en el sitio donde la pantalla, que no era circular, dejaba a la luz toda su fuerza, hacía un primoroso bordado con sedas de colores, que matizaba con sorprendente habilidad.

Tal vez la pobre niña se viera obligada a valerse de su pericia en el bordado para alimentar a su hermano y alimentarse ella.

El loco, cuya postura impedía que pudiera verse nada de su semblante, estaba vestido con cierto esmero, por más que su ropilla se hallara floja y desceñida, dejando ver una de sus manos tan blanca, tan bien formada, tan nerviosa, de uñas tan ovaladas, tan carmíneas, tan brillantes, de dedos tan redondos y flexibles, que cualquiera los hubiese hallado dignos de empuñar un cetro.

Sus cabellos leonados, espesos y largos y divididos en flotantes rizos, adquirirían variados matices, según los hería la luz, o quedaban en la sombra.

A pesar de estar sentado y aún recostado, se comprendía que debía ser alta y gallarda su estatura, y su hermosa pierna y su pie estrecho y de elevado empeine, denotaban noble raza, según la fisiología de la época.

Vislumbrábase, a través de la red dorada que formaban sus cabellos, su cuello blanco y redondo, cuya piel tenía el brillo sin transparencia que ostenta el mármol.

Eran anchos sus hombros y bien configurado su pecho, y a pesar de su postura, se adivinaba la buena colocación de su hermosa cabeza.

Su hermana, con la vista fija en la labor y sin atreverse a sacar al loco de su ensimismamiento, pues sabía por experiencia cuán peligroso era, suspiraba de cuando en cuando, fijando en su hermano una mirada de ternura infinita.

Era, como ya hemos dicho, una joven de diez y seis a diez y ocho años.

Su humilde atavío, el velo de tristeza extendido sobre su bello semblante, la timidez y modestia de su porte y maneras, si bien impedían a su hermosura que ostentara todo su brillo, la hacían en cambio más interesante, más insinuante y más atractiva.

Alta, delgada, esbelta, su cintura era tan delicada, su cuello tan redondo y flexible, su mano tan pequeña y torneada, sus hombros tan redondos, su seno tan castamente modelado, que parecía una hermosa escultura griega.

Tenía los ojos negros, grandes, luminosos y melancólicos, y su globo de un blanco azulado y sus pestañas espesas y rubias daban a su mirada una atracción y encanto infinitos.

Los ojos de aquella hermosa niña tenían esa mirada indescriptible que revela la concentración del pensamiento en un afecto íntimo.

Nosotros no sabemos describir ojos semejantes a los de la hermana del loco, más que diciendo *miran hacia dentro*.

Sus cabellos negros, en contra de sus cejas y pestañas, que eran rubias, tornábanse dorados hacia las sienes, cual si la naturaleza hubiera querido ornar aquella cabeza tan hermosa con una diadema de oro.

Su tez blanca y ligeramente rosada tenía un encanto infinito y el carmín que faltaba a sus mejillas suplíalo con creces su purpúrea boca, más púdica, más roja, más fresca que un

entreabierto capullo.

Corría el tiempo y ni el loco mudaba de postura ni su hermana interrumpía su labor, por más que sus amargos pensamientos hubieran alguna vez hecho asomar a sus ojos una brillante lágrima, que sin llegar a desprenderse de ellos se dividía en gotas que relucían como chispas de diamante entre las sutiles hebras de oro de sus luengas pestañas.

Llamaron con fuerza a la puerta de la calle sin que el loco diera la menor señal de haberlo notado, y preguntando la joven quién era, conoció la voz del generoso caballero que tanto se interesaba por ella y por su hermano.

Abrió, valiéndose de un cordel que, atado al picaporte de la puerta, pasaba por el techo del portal, taladrado al efecto y que formaba el pavimento de la habitación en que nos hallamos, el cual estaba sostenido por una argolla de hierro que le impedía pasarse por el agujero y facilitaba el medio de tirar de él para abrir la puerta.

Tomó el quinqué la joven, y abriendo la puerta de la escalera alumbró al conde de Frigiliana, pues él era el que, después de cerrar la puerta de la calle y atravesar el portal casi a tientas, subía guiado por la luz del quinqué que sostenía la niña con ambas manos.

—Buenas noches, hija mía —dijo con cariño el conde entrando en la humilde habitación.

—Muy buenas, señor —contestó ella con voz dulce y llena de melancolía y cadenciosas inflexiones.

El noble conde de Frigiliana, enamorado de la belleza, de la virtud, de la bondad de la hermana del loco, sintiendo por ella un afecto vehemente, casto, dulce, que por instantes se acrecentaba, más de una vez la había dejado comprender sus sentimientos; pero la joven, sin rechazar ni despreciar el cariño del conde, había admitido con dignidad su protección, más que por ella, por su pobre hermano, sintiendo a su vez por el noble y bondadoso señor una irresistible simpatía.

—Sentaos —dijo la joven en voz baja, volviendo a colocar el quinqué sobre la mesa y señalando con tristeza al loco, que no había mudado de postura.

Sentose el conde, quitándose el sombrero que tiró sobre la mesa, e inclinándose a la niña la dijo:

—¿Por qué, hija mía, rechazas mi cariño y mis ofertas y persistes en vivir aquí sola con tu pobre hermano? ¿Crees que me faltan nobleza, lealtad, honor, para respetar tu inocencia y comprender y admirar tu virtud?

—Ya sé, señor conde, lo bueno que sois para nosotros y conozco vuestra caballerosidad y nobleza. Por eso he admitido vuestra protección y vuestros beneficios, y a pesar de mis pocos años hubiera escuchado vuestro amor, si yo me creyera capaz de corresponder a él. Soy niña, es verdad; pero la desgracia es una maestra áspera y despótica, que enseña más en un día que la felicidad en muchos años, y que me ha permitido reconocer doblemente vuestra generosidad y vuestros beneficios, por lo mismo que ni la menor esperanza he dado a vuestro amor.

—Ya sé que no quieres, o no sabes comprender el afecto que me inspiras, afecto que ni yo sé a veces explicarme. Por eso he renunciado a hablarte de él, dejando al tiempo y a mi constancia la defensa de mi pleito.

—Hacéis bien, señor conde. Tal vez yo soy aún muy niña para sentir amor ni por vos ni por otro.

Y al pronunciar estas palabras, un ahogado suspiro se escapó del pecho de la joven.

—Dejemos por ahora este asunto, y permíteme que te entere del objeto de mi visita.

—Ya os escucho.

—Se trata de tu hermano, a quien tanto quieres y cuya locura tanto te hace sufrir. ¿Es tan violenta y tenaz su locura que no puedas obligarle a hacer una cosa de la que le resultaría un gran bien?

—Javier no es en realidad loco —dijo con tristeza la joven—. Javier es un hombre que no vive nunca en el mundo real, que sueña siempre y que se cree muy lejos de los sitios y la posición que ocupa.

—Sin duda es lo que llamamos un maniático —dijo pensativo el conde, y mirando atentamente al loco, que no había hecho el más leve movimiento—. ¿Cuál es su manía habitual?

—Creerse hijo de un poderoso rey.

—¡Cómo! —exclamó con asombro y alegría el conde.

—Javier lee constantemente, como estaba leyendo ahora —dijo su hermana señalando el libro abierto ante el loco—, *La vida es sueño*, de Calderón, y está convencido de que es hijo de un gran rey y que algún día ocupará el puesto que le corresponde.

«¿Si será de veras este maniático hijo de Felipe IV y tendrá pruebas y conocimiento de su origen?», pensó entre sí el conde sin atreverse a comunicar sus sospechas a la joven, pues fuera reserva o ignorancia, jamás esta le había hablado de tal asunto.

—No creáis —dijo ella con profunda tristeza y la voz embargada por el llanto— que todas las farsas que a mi vista representa Javier y de las que yo procuro ser único testigo para que no se burlen de mi pobre hermano, provocan más que mi llanto. Al verle creerse tanto y ser tan poco, que su paradero, si yo le falto, será un hospital de dementes, al oírle las observaciones que hace sobre su estado actual y aquel al que se creía destinado, no sé qué vaga tristeza se apodera de mí, inclinándome a mirar con profundo tedio las pompas humanas, de las que Javier hace tan terrible caricatura.

—¿Y qué edad tendrá tu hermano, hija mía?

—De treinta y cuatro a treinta y cinco años.

«El tiempo que hace que murió el rey», pensó entre sí el conde. «Yo he acogido esta eventualidad como un acaso fortuito, y me voy convenciendo de que son verdaderos los rumores populares. ¡Lástima que este mancebo este loco y no podamos hallar en él un rey digno de ocupar el Trono español! Bastardo era Enrique de Trastámara, y Castilla toda le proclamó rey».

Y meditando así el conde y decidido a descubrirse a la hermana de Javier, se acercó a ella y le dijo en voz baja:

—Esos sueños de Javier tienen su origen y quiero confiar a tu discreción un importante secreto. Personas enteradas en los de Palacio quieren reconocer en tu hermano a un hijo bastardo de nuestro último rey.

—¡Dios mío! —dijo la joven cruzando las manos con asombro.

—Háblale tú sobre este asunto. Dile que sus sueños van a realizarse y que dentro de una hora volveré yo con algunas personas que desean saludarle.

—Si recobrara Javier la razón al ver realizados sus sueños... —dijo la joven con acento anheloso y vehemente.

—¡Quién sabe!... —repuso el conde halagando su tierna esperanza.

—¡Dios lo quiera!

—No te olvides de hablar a tu hermano. Yo volveré dentro de una hora.

—No lo olvidaré.

—Adiós, hija mía.

—Adiós, señor conde.

Y cogiendo el quinqué la joven y su sombrero Frigiliana, bajó la escalera alumbrado por esta; y bastante satisfecho del giro que tomaba el asunto, se fue a verse con los nobles que secundaban sus miras, así como a adquirir noticias del estado del rey.

Margarita, que este era el nombre de la hermana del loco, volvió a tomar su labor en silencio, sin que Javier diera muestras de salir de su profundo abatimiento.

IV

Los sueños de un loco

«¿Si de veras Javier fuera el hijo de un monarca? ¿Si recobrarla la razón al ver realizados sus sueños?... ¡Ay! No me atrevo a pensarlo.

»Hace diez años Javier no era loco, bien lo recuerdo; era un joven hermoso y bueno, que trabajaba para mantenernos a su madre y a mí.

»¡Qué hermosa, qué santa, qué buena era la madre de Javier!...

»Cuando se murió, ¡cuánto lloramos ambos, que quedábamos en el mundo sin aquel ángel de nuestra guarda!...

»Yo recuerdo que en medio de su dolor dejaba traslucir Javier una expresión de admiración... de asombro.

»Desde entonces se fue tornando pensativo y ensimismado...

»Sus miradas, llenas de vaguedad, parecían salirse del círculo de los objetos visibles.

»Tal vez su madre al morir le revelara...

»Apenas perdió su primera juventud, fue acentuándose su asombroso parecido con los príncipes de la casa de Austria... ¿quién sabe?

»Yo, que constantemente estoy a su lado, que he ido paso a paso siguiendo los trámites de su locura, que esta locura me revela la bondad y nobleza de su alma, yo no sé qué pensar del encargo que me ha hecho el conde...».

Y meditando así Margarita, tenía sus hermosos ojos fijos en Javier con una profunda expresión de tristeza e indefinible ternura.

Levantó este repentinamente la cabeza y con la mirada animada y brillante, la frente irradiosa y la voz agitada y alegre, dijo volviéndose a su hermana:

—¡Margarita, Margarita, oye, oye cómo canta mi pueblo las glorias de mis antepasados!

—No oigo nada, Javier —le contestó con dolor la joven.

—¿No oyes esas músicas que van tocando alegres himnos, y esa multitud que entusiasmada nos vitorea?

—No, no lo oigo.

—¿No ves tantas banderas y estandartes, tantos penachos y plumas, tantos caballos enjaezados, las armas chisporroteando al sol, las espadas brillando como centellas, las damas y caballeros de la corte cubiertos de encajes, oro y terciopelo?

—No —volvió a decir con más tristeza Margarita—; no veo ni oigo nada.

—¡No!... —dijo el loco pensativo.

Y después de un momento añadió:

—¡Ya lo comprendo!... ¿Qué has de ver ni oír, si no sales de la oscura casucha de la Cuesta de la Vega?

—¿No sabes, Javier —le dijo Margarita para arrancarlo de su enajenación—, que hoy ha sido el día de difuntos? ¿A que no has rezado un responso por tu pobre madre?

—Mi madre —dijo el loco con voz penetrante y quedándose pensativo—. ¿Cómo quieres que rece por ella? —añadió después de un momento—: ¿Que me arrodille sobre la humilde sepultura que la guarda, a ella que...

—¡Calla por Dios! —dijo con terror la joven, cual si temiera que fueran sorprendidas las palabras del loco.

—¿Que calle? —dijo este—. Es verdad —añadió con convencimiento—. Mi madre me lo tiene dicho: «Ni a Margarita has de descubrir este secreto». —Y después de un momento de silencio, principió a decir con la volubilidad propia de un enajenado—: Lo cierto es que mi madre se murió, que la enterraron como a una cualquiera, y que yo, su hijo, el hijo de... chitón... El hijo de... mi padre... Mira, Margarita, yo tengo averiguado que no puede haber hijo sin padre. ¿Y qué me importa a mí —gritó colérico—, que mi padre fuera un gran señor, o un gran tunante?... De todo habría —añadió con acento más tranquilo y volviéndose a su hermana, interrogó—: ¿No es verdad, Margarita, que yo soy pobre?

—Sí, Javier. ¡Muy pobre!

—Pues ahí verás. Fiaos en vuestros padres —y con voz de una tristeza infinita, que contrastaba con su anterior volubilidad y alegría, principió a decir—: ¿De qué sirve que cuando me duermo habite en un palacio, me sirvan de rodillas, me vista de púrpura, si al despertar me encuentro aquí, cubierto de harapos, rodeado de tristeza y sin otro consuelo que tú, que eres mi ángel custodio?

—¡Pobre Javier! —dijo Margarita mirando al loco con los ojos llenos de lágrimas.

—Sí, Margarita, mi ángel custodio.

Quedose pensativo, con la frente apoyada en la palma de la mano, y Margarita a su vez contemplándole en silencio.

Las nobles y hermosas facciones del loco, revestidas de una expresión melancólica, respiraban majestad y franqueza cuando no las descomponía el fatal extravío de su razón.

Su mirada de águila tenía a veces un brillo fascinador, y otras, la impassibilidad augusta, peculiar a todos los príncipes de la casa de Austria.

Su frente elevada, su nariz aguileña, su pronunciada barbilla, y el corte de su labio inferior, signo característico de la familia de los Césares, podían ser un error o una casualidad de la naturaleza; mas no por eso dejaban de hacer de aquel loco un vivo retrato del rey Felipe IV.

Ya dejamos dicho que sus cabellos eran leonados, así como su barba y bigote cortados según la moda de la época, su tez de un blanco mate, su estatura gallarda y sus ojos y sus manos denotando noble origen.

Pero lo que hacía notable al loco, a pesar de su locura, o tal vez a causa de ella, lo que daba a su semblante poderosa e irresistible atracción, era la expresión melancólicamente tierna, profundamente meditativa, indefiniblemente bondadosa, que en sus momentos de lucidez revestía sus facciones.

—¿Por qué me diría mi madre: «No ames», hijo mío; es una gran desgracia amar? —dijo Javier en voz baja, y como hablando consigo mismo—. ¿Crees tú que sea una desgracia amar? —añadió volviéndose a Margarita.

—No, Javier —contestó esta con voz trémula y bajando los ojos.

—¡Pues eres una tonta, y mi madre sabría más que tú! —grito desaforado—: Mi padre era rey... yo soy hijo del amor del rey... ¿Si el rey no hubiera amado?... —Y viendo que nadie contestaba a su interrogación, añadió impaciente—: Contesta tú: ¿si el rey no hubiera amado?

—No existirías, Javier —le dijo la joven con dulzura.

—¡Bonita consecuencia! —repuso él con más templado acento—. Si el rey no hubiera amado a mi madre; si mi madre no hubiera amado al rey, habría un loco menos en la Tierra. Porque en este mundo todos somos locos, y cada loco está con su tema. El mío es creerme un hijo de un rey... ¿Y quién sabe?... ¡Un rey!... —añadió pensativo—, ¿qué es un rey cuando no reina? —Y con voz cadenciosa y dulce se puso a cantar:

A un madero coronado
se le llama majestad,
y Alejandro sin corona,
fuera un bandido no más.

Mirábale con tristeza y ternura Margarita, pensando interiormente:

«Yo sola puedo hallar un destello de razón entre tanto delirio. No sé si me atreva a hablarle de la visita del conde y del nuevo rango a que quieren elevarle. Si de veras es hijo de un rey, le arrancarán de mi lado y yo... seré muy infeliz».

—¿Qué hablas entre dientes? —dijo Javier, volviendo de pronto sus miradas a Margarita y sorprendiendo los ojos de ella, húmedos y amantes, fijos en él—. ¿No te he dicho que yo adivino los pensamientos? Mi madre me dijo: «No ames». ¿Por qué te empeñas en que te he de amar?

—¡Yo! —dijo Margarita temblando y lleno de rubor y confusión el bellissimo rostro.

—¡Qué colorada te has puesto! —dijo el loco soltando una sonora carcajada—. ¡Y qué hermosa! —añadió con acento de sincera admiración—. La mujer más hermosa del mundo. Por eso te tengo yo elegida. Un rey debe elegir a la más hermosa.

«¡Qué desgraciada soy, Dios mío!», dijo entre sí Margarita, sin saber cómo hablar al loco de la visita que aguardaban.

Y recordando que el tiempo transcurría, y abordando resueltamente la cuestión, dijo a Javier:

—Ha venido a vernos ese señor anciano que tanto nos protege.

—¿A ver a quién?

—A verte a ti.

—¿Sabe quién soy? ¿Me conoce? —preguntó con calor el loco. Y como Margarita vacilara en contestar, añadió—: Acaba.

—Sabe que eres hijo de...

E interrumpiéndola él, dijo precipitadamente:

—Ya, ya. ¿Quiere arrancarme el secreto de mi madre?

—No, Javier. Quiere darte la herencia de tu padre.

—¡Qué has dicho! —exclamó Javier levantándose precipitadamente y sujetando por un brazo a la joven, no en son de amenaza, sino con una expresión ansiosa, inquieta y apremiante.

Llamaron al mismo tiempo a la puerta, y Margarita, fijando sus ojos en los de Javier, cual si quisiera comunicarle su pensamiento y su razón, le dijo:

—Ya está aquí el conde.

Volvióse a sentar Javier, adoptando un aspecto severo y un continente altivo; y abriendo Margarita la puerta por medio del mecanismo que ya conocemos, apareció por segunda vez en la habitación el conde.

—¿He tardado, hija mía? —dijo al entrar, dirigiéndose a Margarita.

—No, no, señor —contestó con tristeza esta.

—¿Has hablado a tu hermano? ¿Quiere recibir el homenaje que deseamos tributarle?

—Ahí le tenéis. Habladle vos.

—¡Es asombroso su parecido con el difunto rey! —dijo el conde observando atentamente a Javier, cuyo semblante, lleno en aquel momento de calma y majestad, estaba completamente iluminado por la viva llama del quinqué, cuya pantalla se había torcido.

»Si su corazón acompañara a su hermosa presencia —decía entre sí el conde—, yo no dudaría un momento del feliz éxito de esta intriga, y España vería sobre su trono el mejor y más noble de los reyes.

Y acercándose Javier le dijo con cierta respetuosa familiaridad:

—¿Queréis oírme unos momentos?

Y Javier, al que su imaginación enferma e impresionable le hacía creerse en aquel momento sentado sobre su soñado trono, sin hacer el más leve movimiento ni alterar en nada la augusta gravedad de su semblante, contestó con voz pausada al noble:

—Los grandes de España se acercan a los príncipes de la casa real con la cabeza cubierta, mas no sin doblar la rodilla.

«¡Por vida del loco!», dijo entre sí el conde retrocediendo un paso y quitándose el sombrero.

—¡Perdonadle, señor, no sabe lo que dice! —imploró Margarita.

—Si supiera sostener su papel hasta el fin —dijo en voz baja el conde— yo le tributaría gustoso los honores debidos a la majestad.

—¿Qué hablas de majestad no dirigiéndome a mí la palabra? —preguntó con altivez Javier.

Llamaron por segunda vez a la puerta, y comprendiendo el conde que serían Martín Pérez y los suyos, y queriendo sacar partido de la misma enajenación de que en aquel instante era presa Javier, dijo a Margarita:

—Abre, hija mía, son los que esperamos. —Y acercándose a Javier y tomando una de sus manos, le dijo con voz decidida—: Javier, con vos hablo, ¿queréis ser rey?

—¡Rey! —exclamó el loco con la mirada radiante de entusiasmo.

—Sí, rey. Prepárate a recibir una comisión de tu buen pueblo de Madrid, que viene a saludarte; más tarde vendrá la nobleza.

—¿Quién eres tú que hablas al rey con tanta confianza?

—Yo soy el que ha adivinado tu origen, el que desea encumbrarte al trono de tus mayores y el primero de tus súbditos que te rinde su homenaje —y al hablar así el conde, sintiendo ya subir por la escalera a los recién llegados, con el sombrero en la mano y la rodilla en tierra, dijo respetuosamente al loco—: Dignese V. A. darme a besar su mano.

Y Javier, por esas alucinaciones tan propias en los enajenados, que convierten en hechos reales los delirios y fantasías de su imaginación, creyendo al pie de la letra hallarse en la situación que las palabras del conde indicaban, tendióle su diestra con la majestad y nobleza que pudiera el mismo Luis XIV, el prototipo de los reyes en esto de saber representar con perfección su papel.

Saludaron en silencio Martín Pérez y los diez o doce hombres que le acompañaban,

quitándose todos a la vez los sombreros, y volviéndose a ellos el conde y levantándose con nobleza les dijo:

—Entrad, señores, y salud a nuestro príncipe.

Y ellos, unos en pos de otro, fueron a doblar la rodilla ante Javier, que no alteró un momento la benévola gravedad de su semblante, y que, como si fuera práctico en los usos de la corte, se guardó muy bien de dar a besar su mano a aquellos sus vasallos del pueblo, como se la había dado al noble conde de Frigiliana.

Margarita, cual si fuera presa de un pesado sueño, contemplaba desde un rincón las muestras de respeto prodigadas a Javier, conocido en el barrio con el apodo de *el Loco de la Cuesta de la Vega*, y temblaba del resultado que pudiera tener aquella que su tierna imaginación apellidaba indigna farsa, y era una conspiración política que podía costar la vida a todos los que en ella tomaron parte, incluso el mismo Javier, al que su locura no libraría de la muerte o la prisión, desde el momento en que la corte sospechara su origen, verdadero o supuesto, y se supiera que apoyados en él algunos nobles y gentes del pueblo, habían querido hacer bandera de partido, oponiéndole al que la voluntad del rey señalara en su testamento como heredero de la corona de España.

Dos

El rey ha muerto

I

La agonía de un rey y la muerte de una dinastía

El testigo ocular que hubiera sabido describir con verdad, con conciencia, con vigoroso y exacto colorido el aspecto interior de Palacio en la noche del 2 de noviembre de 1700, hubiera dejado a la posteridad un cuadro histórico tan curioso como digno de la general atención.

Las enconadas y opuestas pasiones que el estado del rey atizaba ofrecían en sus detalles matices tan terribles, tan sangrientos, tan grotescos, tan vulgares, que es imposible que los conciba la imaginación, y la pluma es impotente para describirlos.

Desde la reina María de Baviera Nembourg, segunda mujer de Carlos II, a la que el marqués de Harcourt, sagaz embajador de Luis XIV, había lisonjeado, para ganarla a su partido, con la esperanza de que sería esposa del Delfín, hasta el último portero de las últimas dependencias de Palacio, todos temían o esperaban algo de la muerte del infeliz monarca, último vástago de la rama austriaca, tan pomposamente implantada en España, tan floreciente en Carlos I y tan agostada y marchita en la persona del pobre Carlos el Hechizado.

Y tras este oleaje de pasiones, ambiciosas o mezquinas, en torno de este volcán, cuya candente lava asomaba rugiente en sus estrechos bordes, por bajo de esta ruidosa cúspide de la grandeza española, derrumbábanse los intereses, el porvenir, la vida de una noble nación, ayer poderosa, valiente, fuerte, rica; hoy pobre, hoy humillada, hoy paciente y llena de temor.

En los supremos instantes de la agonía de Carlos II, de aquella agonía que era para España el *ocaso* de un día cuyo primitivo esplendor concluyeron por ofuscar negros y espesos nubarrones, y podía ser la *aurora* de otro nuevo y esperado día, en aquellos supremos instantes, decimos, la ansiedad, el temor, la esperanza eran tan generales y unánimes, que hacían fraternizar en un mismo sentimiento a todos los españoles.

Y el pobre rey, abrumado bajo el peso de la penosa carga que desde tan niño arrojaron sobre sus débiles hombros, semejante a esas plantas que nacen raquílicas y pálidas entre los sillares de un edificio ruinoso, cuya decrepitud amenaza constantemente su frágil existencia, sentía desmoronarse sobre su cabeza el grandioso edificio fabricado por sus mayores, y que su peso moral, al desplomarse sobre él, trituraba y oprimía su inteligencia.

Porque el tierno hijo de Felipe IV, cuya niñez cohibida por el peso de la corona más grande que han logrado ceñir los hombres, no pudo alcanzar nunca su completo desarrollo y robustez, nos parece uno de esos seres desgraciados a los que sus padres, por medio de un procedimiento bárbaro y sistemático, contraen los miembros impidiendo su natural desarrollo, para sacar en las Cortes de los reyes ventajas de su deformidad.

Carlos II, que representa tan cumplidamente la cúspide, el nonada en que terminó la grandiosa pirámide representada en España por la casa de Austria, y que fue siempre en progresiva y matemática disminución, representó también por desdicha nuestra el

aniquilamiento a que llegó en su tiempo la nación española, aquella nación tan grande, tan gloriosa, tan independiente y fiera en el siglo xv, que con solo su valor, su arrojo y su constancia se puso a la cabeza de todas las naciones del mundo, y para la que pareció ser una horrible maldición el dominio austriaco.

¿Qué sería España, si viviendo el príncipe don Juan, hijo de los Reyes Católicos, hubiera perpetuado en ella una dinastía enteramente nacional?

Por un puñado de años, la gloria del César nos hizo la nación más poderosa y temida; pero ¡cuántos siglos de abatimiento y de ruina nos ha costado aquella pasajera gloria!

Dejando aparte estas consideraciones que a nuestro pesar nos ha arrancado la pintura que hacer quisiéramos de la agonía de Carlos II, volvamos al asunto de nuestra obra, por más que este no sea más consolador que las consideraciones que dejamos hechas. La vida de Carlos II fue, puede decirse, una larga agonía, y ni en su niñez, ni en su adolescencia, ni en su juventud, le sonrieron nunca ni la dicha, ni la salud, ni la alegría.

Su raquítica y pobre existencia se arrastró siempre en la esclavitud, y su carácter débil y su inteligencia enferma le imposibilitaban regirse en nada, ni nunca, por sí mismo.

¡Y este ser, tan enfermo, tan incapaz, tan débil, era el absoluto señor de dos mundos!

Cuando niño, fue víctima del despotismo maternal, y España y su monarca, juguetes de la ineptitud y vanidad del padre Nitard y de la reina regente.

Su hermano D. Juan de Austria, bastardo de Felipe IV, se encargó enseguida de ser carcelero, como si dijéramos, del joven rey, y ni España, ni él ganaron mucho en el cambio.

Las intrigas de D. Juan, y su rivalidad con la Reina Madre, hicieron que eligiera para esposa de su joven hermano una princesa de la casa real de Francia, y las gracias, la hermosura, la bondad de María Luisa de Orleans dejaron deslizar un pálido reflejo de ventura en el alma triste y enferma de Carlos.

Mas aquel matrimonio infecundo, las ambiciones que principiaron a despertarse en Europa, a la idea de que el actual sería el último rey de la casa de Austria española, las rivalidades e intrigas de las Cortes de Francia y Austria, la ambición de Luis XIV, que con fútiles pretextos y aprovechándose del aniquilamiento de la nación y de la impotencia de su gobierno, se había apoderado de vastas posesiones españolas; y por fin, la muerte de su amada María Luisa, a los diez años de matrimonio, sumieron a Carlos II en la mayor tristeza y melancolía, acentuando los fatales síntomas de su enfermedad hipocondriaca.

Habiendo muerto mucho tiempo antes el príncipe D. Juan, la Reina Madre dominaba en absoluto al pobre Carlos, y por su influencia, y en el anhelo de tener sucesión, casose por segunda vez con una princesa alemana.

Aunque joven y hermosa, la nueva reina tenía un carácter altanero, duro y caprichoso, que hacía muy desgraciado al infeliz monarca; y viendo que su segundo matrimonio era tan infecundo como el primero, principió a apoderarse de su ánimo abatido la triste idea de que con él se extinguiría la casa de Austria española.

Esta fue la existencia de Carlos II hasta el momento fatal en que sus consejeros, viendo su triste estado de salud, se creyeron obligados a indicarle que debía señalar heredero a la corona.

Y a esta sazón no contaba más que treinta y cinco años el monarca español, y a mayor abundamiento se hallaba casado con una princesa joven, llena de atractivos.

Acababa de firmarse la paz de Rijswick, y Luis XIV, que de tiempo atrás ambicionaba para su

casa la corona de España, fiado en el derecho que daba a sus hijos el serlo también de María Teresa de Austria, hermana mayor de Carlos II, por más que esta princesa hubiera, al casarse con el monarca francés, renunciado solemnemente a ellos, para conciliarse las simpatías de los españoles y atraerse a las potencias marítimas, mostrose en dicha paz más generoso que podía esperarse de un triunfador, que llevó hasta el Ebro sus armas victoriosas, y sin reservarse apenas nada de sus últimas conquistas, logró en cambio malquistar al emperador Leopoldo con Inglaterra y Holanda y hacer grato a los españoles el nombre francés.

Carlos II, austriaco de corazón, como lo fueron todos sus antepasados, pese a los historiadores que quieren hacernos creer que desde Felipe II todos los reyes de la casa de Austria fueron antes españoles que alemanes, no dudó ni un momento en que la corona de España correspondía de derecho al emperador Leopoldo, como jefe de la familia; y habiendo pactado las dos ramas de la casa de Austria evitar en lo posible el que ambas coronas se reunieran en la misma cabeza y que ninguna saliera de la familia, en defecto del emperador y de su primogénito, la corona de España correspondía a su segundo hijo, el archiduque Carlos.

El rey de España, al apropiarse el derecho de disponer de la corona sin consultar para nada la voluntad de su pueblo, no hacía más que seguir las tradiciones de su familia, que después de haber anulado los fueros de la nobleza castellana en los campos de Villalar y hecho caer los de Aragón con la cabeza de Lanuza, dejaron en desuso la convocatoria a Cortes, erigiendo su voluntad por única ley del Estado.

Mas a las potencias europeas, y sobre todo a Francia, no les convenía el engrandecimiento de la casa de Austria, y celebraron un ignominioso tratado de partición, sin respetar el derecho de gentes, ni los intereses de la noble y valiente nación española, que después de haber lanzado de Europa al africano, descubrió un Nuevo Mundo, con cuyas riquezas se engrandecían las naciones ingratas que proyectaban repartírsela.

El estado de nulidad y abatimiento a que había traído a España la perversa política de los austriacos, se hace más visible cuando al leer estos indignos tratados de partición, se ve en ellos los inmensos Estados que le pertenecían, y la total ruina, desmoralización y aniquilamiento en que debía hallarse, cuando nada hizo para revindicar sus hollados derechos.

Llegó a noticia del rey cómo las potencias vecinas trataban, aun existiendo él, de repartirse su herencia, y aquí principió el periodo más amargo y funesto de su triste vida.

La primera concesión de Carlos II a las potencias particionarias y el primer resultado obtenido por la política insidiosa de la corte de Francia, fue que el rey de España declarara por su heredero al hijo del elector de Baviera, niño entonces de corta edad, y nieto, como el Delfín de Francia, de Felipe IV.

Luis XIV, que había conseguido separar al rival más peligroso, se creía triunfante, acrecentando sus manejos e intrigas en la corte de España.

Mas el joven príncipe, quizá temiendo otro destino semejante al de Carlos II cuando desde tan niño amenazaban su tierna frente con una corona, tuvo a mejor partido morir, sin importarle nada que su muerte llenara de júbilo a Luis XIV y al emperador de Austria, de susto a España y de perplejidad a su pobre rey.

Volvió a otorgar nuevo testamento a favor del archiduque y del que Francia tuvo al punto noticia; pues en la misma cámara del rey, en el consejo de Estado, en todas partes tenía emisarios y amigos, y volvió Luis XIV a provocar otro nuevo tratado de partición, que sumió en la

consternación a España y su moribundo rey.

El partido austriaco, que con la muerte del niño príncipe de Baviera había vuelto a alcanzar su perdida preponderancia, y que contaba además de la aquiescencia del rey, con el apoyo decidido de la princesa de Oropesa, del almirante de Castilla y del inquisidor general, no sabía hacerse simpático en España, pues la altanería con que los alemanes de la corte trataban a los españoles, las malversaciones de fondos de que se hicieron reos durante la dominación austriaca, tenían a la nación española por demás irritada contra ellos y ansiosa de sacudir su odiado yugo.

El partido francés, en cambio, siguiendo las inspiraciones de la corte de Versalles, y dignamente representado por el célebre marqués de Harcourt, alcanzaba cada día nuevos partidarios, siendo el principal el cardenal Portocarrero, hombre sagaz, educado en la corte de Roma y al que daba gran prestigio su cualidad de arzobispo de Toledo.

Abrazando con tanto valor como decisión la causa de Francia; creyendo, por convicción propia, o por interés particular, que el heredero más legítimo de Carlos II era el Delfín, y en su defecto, alguno de sus hijos, viendo al rey tan recalcitrante en despojar a su familia de lo que él creía su legítima herencia, hízole comprender que la enfermedad que le aquejaba eran hechizos que sus enemigos y los de España le habían dado.

Y el crédulo monarca, tan fanatizado como impresionable, olvidando la augusta dignidad de su alta jerarquía, prestose débilmente a representar la inmunda farsa de ser exorcizado por su confesor, el padre Froilán Díaz.

Sobre si hubo o no mala fe en estos exorcismos, y sobre si fueron resultado del fanatismo e ignorancia de la época, o de las intrigas de Francia, que quería herir la débil imaginación del rey e infundirle sospechas y dudas sobre la casa de Austria y sus partidarios en España, están discordes los historiadores, dejando este punto, ya de por sí confuso, sin dilucidar.

Nosotros haremos constar únicamente que en las interrogaciones hechas a la endemoniada de Cangas y a las otras supuestas de Madrid, se lanzaron por estas insidiosas acusaciones contra la reina, Oropesa y el almirante, y de resultas de ellas fueron estos señores extrañados de la corte, gracias al motín de que en otro lugar dejamos hecha mención.

No dudamos que el padre Froilán Díaz, cuyas luces no eran muchas, obrara de buena fe en lo de los exorcismos, sin llevar otra mira que la de acrecentar el terror del pueblo español, tan profundamente fanatizado, y aumentar el prestigio del clero, de la Inquisición y de la Iglesia; mas el cardenal Portocarrero, que sobre ser una persona ilustrada era antes político y diplomático que sacerdote, y partidario acérrimo de Francia, no podemos creer que entrara de buena fe en esta farsa.

Y los españoles, al ver descender a su monarca al que desde esta época dieron el sobrenombre de *Hechizado*, a tal grado de postración, principiaron a perder parte del temeroso respeto con que la severa etiqueta de la corte de España les había obligado a mirar la sagrada e inviolable persona del monarca.

A la corte de los Reyes Católicos, enteramente patriarcal y sin residencia fija, pues estos monarcas habitaban indistintamente en Segovia, Toledo, Granada, Valladolid, Salamanca, Zaragoza, Barcelona, familiarizándose con sus pueblos y viendo de cerca sus necesidades, sucedió la fastuosa del emperador Carlos V, y a esta la fría y severamente modelada por Felipe II.

La etiqueta de la corte de España encerraba a su monarca en un círculo de hielo, sin que le

fuera permitida la más leve manifestación de sus sentimientos, que revelara al mundo que no por ser rey había dejado de ser hombre.

Cuentan que la emperatriz doña Isabel, mujer de Carlos I, mandaba retirar las luces de todas sus habitaciones cuando se hallaba próxima a ser madre, para que si los dolores imprimían alguna contracción a su semblante, que alterara su augusta y tranquila gravedad, no pudiera ser sorprendida por algún testigo indiscreto.

Felipe II fue un gran rey, según los que creen que la corona imprime algo de sobrenatural al que la ciñe, porque jamás, en las diferentes y hasta terribles vicisitudes de su largo reinado, manifestó dolor, temor, expansión, alegría, ni alteró nunca la impasible dureza que revestía su semblante.

De esta severa etiqueta fue víctima, como todos sabemos, Felipe III, al que vieron achicharrar sus cortesanos, sin atreverse en tanto no lo ordenara el rey, a retirar el brasero que estaba calcinando su rostro, y que le produjo una fuerte erisipela que en tres días le llevó al sepulcro.

María Luisa de Orleans, amada esposa de *el Hechizado*, estuvo también expuesta a ser víctima de esta misma etiqueta, que declaraba crimen de lesa majestad, el poner mano sobre las reinas de España, ni aun para salvarlas la vida.

Hallándose un día María Luisa a caballo en los patios de Palacio, desbocose el bruto, y ella, perdiendo la silla, vióse arrastrada y a peligro de perecer, sin que ninguna de las personas que la rodeaban se atreviera a socorrerla, temiendo el expresado castigo.

Dos jóvenes guardias, dolidos de la juventud y hermosura de la reina, así como de su cierto peligro, decididos a arriesgar su vida por salvarla, se acercaron a ella, y deteniendo el caballo, lograron ponerla en completa seguridad, teniendo ellos enseguida que huir, y teniendo la reina que valerse de todo su poder, prestigio e influencia para que les fuera perdonada la vida.

Si nuestros lectores se han penetrado, por los hechos que citados dejamos, de lo que era la etiqueta en la corte de España, no extrañarán que Carlos II, a pesar de su debilidad, de su apocamiento y de su carácter menos que femenino, agonizara solo en su lecho real, y rodeado de la glacial atmósfera que era dado aspirar a los príncipes de su casa.

La reina, que no le amaba, que no le había amado nunca, que sospechaba o sabía su última voluntad en favor del duque de Anjou, espiaba a su agonía con más ansiedad que verdadero dolor, esperando siempre una crisis favorable que le permitiera legar sus derechos a la casa de Austria.

El cardenal Portocarrero, para contrarrestar la influencia de la reina, y no seguro aún de su triunfo, por más que él fuera el depositario del testamento del rey e investido por este del poder general hasta que llegara a España el heredero, se hallaba también, en nombre de la religión y de su elevada jerarquía, cerca del lecho del desdichado monarca.

Seguían los embajadores de Francia y Austria, como los principalmente interesados en despejar la incógnita, llenando los salones, cámaras y antecámaras, todos los grandes de España, toda la nobleza residente en Madrid, todos los altos dignatarios y empleados de la Corona, prelados y representantes de las cortes extranjeras, a más de la servidumbre y guardias de Palacio.

Y en sus alrededores, una muchedumbre compacta, inquieta, anhelante de saber sus destinos, hacía a largos intervalos oír un sordo rumor, amenazador y poderoso, que subía, cual embravecida ola, hasta el lecho de duelo en que Carlos II espiraba.

Este aspecto ofrecían Palacio y sus contornos a las diez de la noche del 2 de noviembre de 1700.

Veamos ahora qué hacían en tanto los principales personajes de nuestro libro, que hemos dado a conocer a nuestros lectores.

II

Aún no eres rey

Impresionado fuertemente Javier por la escena de homenaje que dejamos descrita en el último capítulo de la primera parte de nuestra obra, permaneció por mucho tiempo, y aun cuando ya se habían marchado tanto el conde de Frigiliana como Martín Pérez y los suyos, en la actitud altiva y majestuosa con que tan a maravilla había representado su papel de rey aspirante.

Margarita, llena de terror por la suerte del que llamaba hermano, sin comprender la comedia que hacían representar al loco, sin saber qué pensar, atendiendo al noble carácter del conde, de la tenebrosa intriga en que estaba envuelto y en la que quería envolver a un infeliz demente, valiéndose de un secreto sorprendido o adivinado, y valiéndose de su misma locura, permanecía triste y silenciosa, contemplando a Javier con ansiosa mirada, y sin saber qué decirle para sacarle de su enajenación.

La mente alucinada del loco le representaba sin duda mil escenas ficticias y semejantes a la real en que había tomado tan importante parte, pues su rostro, su gesto, su mirada conservaban, como ya dijimos, la majestad, la dignidad, la severidad altiva que tan bien había llenado los deseos del conde y asombrado a los del pueblo, que hubieran jurado sobre la hostia que Javier era un príncipe legítimo de la casa de Austria.

Poco a poco fueron perdiendo sus facciones aquella expresión tan ajena a su estado, y una nube de tristeza pasó por su hermosa frente.

Alguna idea importuna había sin duda acometido al pobre loco...

Dobló la cabeza sobre el pecho, y con voz llena de melancolía dijo a su hermana:

—Yo soy pobre, sí, muy pobre... Mi madre era muy hermosa, demasiado hermosa... pero yo... soy su hijo, y mi padre... —e interrumpiéndose a sí mismo, añadió con precipitación—: No, no, yo no tengo padre. ¿Para qué hace falta un padre?... ¿Tampoco tú tienes padre, Margarita?

—No, ni madre tampoco, por mi desgracia —dijo esta suspirando y con los ojos llenos de lágrimas.

Notó su llanto Javier, y con acento festivo la dijo:

—No llores, tonta. ¡Pues buen día está este de llorar cuando van a coronarme rey!... ¡Rey!... —añadió pensativo y acentuando fuertemente la frase—. Pero antes —prosiguió con tranquilo acento—, tiene que morirse mi hermano Carlos, y yo... yo debía llorar su muerte. ¿Verdad, Margarita, que se debe llorar la muerte de un hermano?

—Sí, Javier; se debe llorar —contestó con dulzura la joven.

—Pero cuando el hermano es rey y vamos a heredarle —dijo Javier cambiando de tono—, no se debe llorar, sino cantar.

Y con voz sonora y regocijada entonó la siguiente copla popular:

Con Carlos fuimos guerreros,

con dos Felipes, devotos,
con otro Felipe, histriones
y con este Carlos, tontos.

Y volviéndose a Margarita la preguntó, sin tomar aliento:

—¿Qué te parece a ti que será España bajo mi reinado? —Dudó la niña no sabiendo qué contestar, y él la gritó impacientado—: ¡Contesta, mujer!

—Será muy desgraciada —dijo Margarita con voz penetrante.

—Puede que aciertes —repuso el loco quedándose pensativo—. Más vale que yo renuncie la corona —añadió. Sí, sí, estoy decidido. Cuando vengan a buscarme diré: No.

—Dices bien, Javier, querido hermano —exclamó Margarita apresurándose a asir aquella probabilidad de arrancar al loco de la misteriosa intriga que le envolvía—. Lo mejor será que huyamos, que nos ocultemos.

Y hablando así, la pobre niña se había acercado a su hermano, y tomándole dulcemente por un brazo, quería llevárselo consigo.

—¿Huir?... —dijo Javier con desvarío, y desasiéndose de Margarita—: ¿Dónde? ¿Puede el sol ocultar sus rayos? —añadió con énfasis—. ¿Puede el rey de España esconder su majestad?

Y se puso a declamar los siguientes versos:

Me llaman los españoles;
los que un mundo descubrieron.

E interrumpiéndose y variando de tono, prosiguió con acento de profunda tristeza:

¡Ay! ¿Qué sirven pueblos grandes
si tienen reyes pequeños?

De veras que era un espectáculo más que curioso, interesante y lleno de atractivo, el que ofrecían los desvaríos de aquel pobre loco, vástago quizá de la Casa Real de España, y en cuya mente, enferma e impresionable, combatían en contra las ideas de soñada grandeza, de triste y desconsoladora realidad.

Cual si el loco de la Cuesta de la Vega fuera el espíritu vivo de la casa de Austria, cual si reuniera en su mente el ideal de todos los monarcas de su familia, ya afectaba la grandiosidad de Carlos I, ya la fría impassibilidad de Felipe II, ora la bondadosa blandura de carácter de Felipe III, ora la amabilidad, viveza y gracia que distinguían al cuarto, ora, y con más frecuencia, la melancólica monomanía que hizo de Carlos II un rey casi imbécil.

Digna de un serio estudio era la particular locura de Javier, locura tal vez heredada, mas tal vez ocasionada por algún profundo secreto que inopinadamente le hubiera sido revelado.

Así como es más que probable que se quedara ciego, o por lo menos con la vista muy debilitada, aquel que habiendo pasado parte de su vida en una caverna sintiera de repente todo el esplendor de un sol canicular, así Javier, que había pasado su juventud en una posición humilde, se sintió completamente deslumbrado el día que se le reveló que él, el pobre hijo de la huérfana de un soldado, que se veía precisado a trabajar para mantenerse y mantener a su madre y a su hermanita, que él podía ser hijo del rey de España.

Y esto en un tiempo en que la majestad del trono conservaba el imponente y hasta sagrado esplendor que los reyes de la casa de Austria supieron darle.

Herida fuertemente la imaginación de Javier, en vano quiso cerrar los ojos de su inteligencia a los deslumbrantes rayos de aquella viva luz que los dejaba ciegos; ella le perseguía sin cesar con sus ardientes reflejos, y el pobre joven, sin poder sustraerse a aquella persecución, abismose de lleno en la contemplación de un grandioso origen, hasta que olvidado por completo de la realidad de su triste y oscura existencia, se convirtió en el infeliz maniático que ya conocemos.

—¿Es verdad, Margarita? —dijo Javier después de algunos momentos transcurridos desde que declamara los versos que dejamos transcritos—; ¿es verdad que la casa de Austria, la casa de mis mayores, ha traído la ruina de España?

—Eso dicen —contestó la joven.

—La casa de Austria —dijo el loco con el ademán y la altiva entonación que el mismo emperador pudiera— es la primera de Europa. Ella tuvo un Felipe II, en cuyos Estados no se ponía nunca el sol.

—¡Harto puesto está hoy el sol de España! —dijo con tristeza Margarita, que a su pesar seguía con el pensamiento los recuerdos de grandeza evocados por su hermano.

—*Cuando el sol se pone es cuando está más próximo a salir* —contestó Javier con voz penetrante y la mirada llena de fuego e inspiración.

Mirole con dulzura Margarita, y con voz cadenciosa le dijo:

—¡Dios haga proféticas tus palabras!

Sonaron fuertes golpes en la puerta de la calle, y tirando del cordel Margarita, salió con el quinqué a la escalera a ver quién subía.

Pocos momentos después entraba en la habitación, con un gran envoltorio debajo del brazo, Sanchón, el palafrenero del conde de Frigiliana.

—Buenas noches nos dé Dios —dijo al entrar, con su acostumbrado y familiar acento.

—Bien venido seáis —le contestó la joven, que ya le conocía por haberle visto ir alguna vez con recados de su amo.

Dejó Sanchón sobre una silla el envoltorio, y olvidándose por completo de los términos en que le habían mandado expresarse, principió a decir todo aturdido:

—Aquí me manda mi amo con estos arreos, para que su honor tenga la alteza de vestirse... Digo... para que su majestad tenga el honor de ponerse estos avíos, que van a venir a buscarle... Digo... a buscar a vuestra... —Y no sabiendo ya cómo concluir la frase, se interrumpió a sí mismo, y volviéndose a Margarita y Javier, añadió—: En fin, ¿me habéis entendido?

—Sí, Sanchón —le contestó ella—, y creo que también mi hermano os habrá entendido.

—Como el hombre no está acostumbrado más que a tratar con potros —dijo Sanchón con acento confidencial y dirigiéndose a Margarita—; y como aquí Javier era ayer, qué ayer, hoy mismo, uno de tantos, no es extraño que me aturulle el tener que llamarle majestad, alteza o lo que sea. Conque dejemos cumplimientos a un lado y a vestirse como mi amo manda.

«Si Dios devolviera por un momento la razón a Javier», pensó entre sí con dolor Margarita, «no se prestaría a tomar parte en tan indigna farsa ni a ser juguete de tenebrosas intrigas».

Y Sanchón, a su vez, deseoso de cumplir bien o mal las órdenes que había recibido, y acostumbrado a no ver en el loco y su hermana más que unos infelices protegidos por el conde, acercose a Javier, diciéndole con franqueza:

—Mocito, al avío, que si viene mi amo y te encuentra con esos artes lo han de pagar mis espaldas.

«¡Y no poderle reducir a huir!, ¡a esconderse!», pensaba Margarita, ofendida e indignada de las rudas maneras de aquel criado. «¡Quiera Dios que no le cueste la libertad o la vida su funesta locura!».

—Mira tú, niña, a ver si hablas a tu hermano, que parece figura de paramento —dijo Sanchón a la joven, no consiguiendo sacar al loco de su inmovilidad, ni que fijara la atención en él.

No sabiendo Margarita cómo sustraer a Javier de aquel apremio y esperando ver aparecer de un momento a otro al conde, tomó el partido de secundar los deseos de Sanchón, y acercándose a su hermano le dijo con el acento cariñoso que siempre usaba con él:

—Javier, ¿oyes lo que dice este buen hombre?

—¿Quién me habla? —preguntó el loco con acento distraído.

—Yo: Margarita, ¿no me conoces?

—Sí —dijo Javier con dulzura y cariño—. Solo para ti quiero ser siempre Javier. ¿Qué quieres? Habla: ¿han venido ya los grandes del reino ofrecirme la corona?

«Pues no ha tomado el mozo con poca formalidad lo de ser rey...», dijo entre sí Sanchón encogiendo los hombros. «Como no le veamos mañana con corbatín de cáñamo y haciendo cabriolas en el aire... Pero a bien que a mí no me va nada en eso. Allá él. Yo obedezco a mi amo y en paz».

Y mientras el palafrenero pronunciaba entre dientes este sesudo soliloquio, decía Margarita a su hermano:

—Quieren que te vistas, Javier, para que puedas recibir dignamente a los señores que van a venir a saludarte.

—¿Me han traído el manto real, el cetro, la espada y la corona? —preguntó con imperio el loco.

—¡Aprieta, manco!... —dijo Sanchón para su colete—. Cuando digo yo... ¿que será esto de mandar que hasta de burlas gusta?

Y dejando a un lado sus filosóficas y profundas reflexiones, dijo a Javier con cómica seriedad:

—He traído las ropas que mi amo me ha mandado. La corona, el manto y lo demás los tendrá el otro rey que dicen que se está muriendo. Vístete... digo... vístase vuestra ilustrísima esta ropa, y deje venir.

—A ver —dijo Javier sin mirar al palafrenero.

«Habla poco y entonado, como si fuera un gran personaje», pensó este.

Y extendiendo sobre las sillas el elegante traje de terciopelo carmesí, guarnecido de oro, que traía, dijo en voz alta:

—Aquí está.

Miró el loco con desdén el traje que le ofrecían, y sin deslumbrarse con sus ricos bordados, con sus finísimos encajes, con la preciosa empuñadura de la espada, con la presilla de rubíes del sombrero, dijo con desdén:

—Traje bueno para un noble, pero indigno de un príncipe.

«¿Qué querrá este pelgar, que ha estado toda su vida con un trapo detrás y otro delante?», pensó Sanchón, ya cansado de las pretensiones del loco.

Y con mal humor e impaciencia, le dijo:

—Señor, este traje le vendrá pintiparado, y por ahora no hay otro... conquese... a mangárselo y acabemos.

—Sí, vístete, querido Javier —le dijo Margarita, que temía le irritara el acento brusco del palafrenero—. Este traje parece hecho para ti. —Y tomando una por una sus prendas, añadió—: Mira, sombrero con plumas y presilla de rubíes, espada con empuñadura de oro, ropilla de terciopelo carmesí forrada de seda blanca.

—Todo es muy bueno —contestó el loco insistiendo en su tema—; pero no es el traje adecuado a un rey.

«¡Qué encajado tiene este el reino en los cascos!», pensó Sanchón.

—Tú no eres rey aún —le dijo con acento persuasivo Margarita—. Vive D. Carlos II y sería un crimen que quisieras usurparle sus derechos.

—Es verdad —contestó Javier con acento convencido. Y mirando a la joven con ternura añadió—: Sola tú hallas razones para convencerme. Cuando yo sea rey, Margarita, tú seguirás siendo mi ángel custodio.

—Sí, sí, querido Javier; pero ve a vestirte a tu cuarto. Sanchón te ayudará si quieres.

Levantose Javier para dirigirse a su habitación y contestando a la proposición de Margarita, dijo con altivez:

—Los príncipes de mi casa no se sirven en su recámara de palafreneros.

Y al pronunciar estas palabras se entró con gravedad en su cuarto.

—Habrase visto el... —dijo Sanchón en tono de amenaza y mirando con rabia al loco.

Recogió Margarita el rico traje enviado por el conde, y llevándolo a la habitación de su hermano y dejándolo en ella, volvió a salir, cerrando la puerta.

—Podéis ir a decir al señor conde que mi hermano estará vestido para cuando vuelva —dijo Margarita despidiendo al palafrenero.

—Pues hasta más ver —repuso este dirigiéndose a la escalera.

—Buenas noches —le contestó la joven.

Y volviendo a ocupar su sitio, tomó su labor, en la que se puso a trabajar asiduamente, pensando al mismo tiempo en los graves y extraños acontecimientos que se sucedían en su casa aquella noche, y que tan trascendentales consecuencias podían tener para Javier, y aun para ella misma.

III

Las dudas de Sanchón

Una vez el palafrenero en la calle, y herido en su amor propio por el desaire que creía haber del loco recibido, iba diciendo entre sí, mohíno y cabizbajo:

«En camino veo a este tonto de hacer que le sirvan de rodillas... y a mí nadie me saca del magín que tan príncipe es él como mi abuelo, que fue toda su vida mozo de mulas. ¿Qué idea se llevará en esto el conde, mi amo? Pues no dijo nada Martín Pérez, que tiene medio Madrid alborotado con el nuevo rey, y anda de casa en casa buscando gente, repartiendo armas y dinero y revolviendo el mundo».

Seguía su camino hacia el palacio de su amo, y recordando las variadas escenas de que había sido testigo en aquella noche memorable, proseguía diciendo:

—Cosa digna de verse es Madrid en estos momentos. En palacio nadie se ocupa del pobre rey, que se está muriendo como un bendito, y que en toda su vida ha hecho ni bien ni mal. La reina, por un lado, dicen que está que trina si no viene de rey el archiduque Carlos; Portocarrero y sus amigos no las tienen todas consigo de que triunfe el duque de Anjou, como ellos desean. En la embajada de Francia, cada dos horas envían un correo a Versalles; en la de Austria, *idem* de *idem* a Viena. Y para postre, mi amo, el conde de Frigiliana y el otro conde de Fuensalida andan embaucando a la gente para que proclamen rey a este tonto, porque dicen si su madre tuvo o no tuvo con el padre de nuestro rey. Y ahora se me ocurre... —dijo de pronto, deteniéndose en su camino y rascándose la frente—: Mi amo es mi amo; pero Martín Pérez es mi amigo... El amigo es antes que el amo en cosas de conciencia, y yo debo avisar a Martín Pérez de que el rey ese que quieren proclamar, es tonto de remate. Voy a verme con él —añadió variando de dirección—, no sea que le salga cara la broma al buen Martín. Mi deber de amigo es avisarle de lo que sé; luego él haga lo que le parezca.

Y cesando en sus soliloquios dirigióse apresurado en busca de Martín Pérez, cruzando las oscuras y tortuosas calles de la coronada villa, no sin hacer más de una vez la señal de la cruz por debajo del embozo, pareciéndole ver aparecer entre las tinieblas una medrosa calavera, cuyos vacíos ojos arrojaban siniestra y fatídica luz.

Martín Pérez y sus amigos, convencidos de que Javier era efectivamente un bastardo de Felipe IV, por más que nunca fuera reconocido como tal, recordando sus simpatías por D. Juan de Austria, al que, como todos sabemos, secundaron los madrileños en su lucha contra la Reina Madre y su confesor, y que si hubiera vivido y estado en edad competente quizá hubiera reclamado para sí la corona de España, no dudaban en apoyarle ante las Cortes, y en hacerle rey antes que consentir en la desmembración de su hermosa y querida patria.

En esta disposición los ánimos, no esperaban más que la noticia de haber muerto Carlos II y la de que estaban reunidos los nobles y grandes que habían de representar a las Cortes para ir a

buscar al nuevo príncipe, y sostenido por sus aclamaciones, presentarlo a ellas para que le declararan rey legítimo de las Españas.

Demasiado sabemos cuán impresionable es la opinión pública y cómo en todos tiempos se ha dejado arrastrar de la pasión del momento, para que hallemos absurdo ver a la mayor parte del pueblo de Madrid, y a mucha de la nobleza, dispuestas a apoyar a un príncipe del todo desconocido, y cuyo regio origen era tan cuestionable.

Pero se trataba de la integridad, de la independencia y de la dignidad de la patria, y ante estas respetables consideraciones, se hallaba aceptable cualquier solución, si garantizaba tan santos principios.

Halló Sanchón a Martín Pérez en el sitio que esperaba, y llamándole aparte, le dijo:

—Oye, Martín, sal afuera, que tengo que decirte.

—¿Es sobre el asunto que nos ocupa? —preguntó Martín Pérez.

—Sí —le contestó sin vacilar el palafrenero.

Creyendo Martín Pérez que Sanchón tendría que darle algún recado reservado del conde, salió con él a la calle, y echando a andar, para poder hablar con más seguridad, le dijo:

—¿Y tu amo?

—Creo que está en palacio.

—¿No ha muerto el rey todavía?

—Cerca le anda.

—Al extenderse por Madrid la feliz nueva —dijo Martín Pérez con acento lleno de satisfacción y confianza en su obra— de que podemos tener rey sin esperarlo del extranjero, sin desmembrar la patria y sin temor a una guerra civil, todo el pueblo entusiasmado y lleno de alegría nos ha ofrecido su apoyo.

—Pues bien, Martín, aquí *inter nos*, ¿tú crees en los abuelos que mi amo ha encajado a ese tonto?

—¿Que si creo? Basta mirarle a la cara para conocer que es hijo de Felipe IV.

—Allá vosotros —dijo Sanchón con acento de duda—. A mí nadie me saca del magín que esto no es más que una invención. En fin, si salís con la vuestra, del mal el menos; pero si te...

Y se llevó la mano al cuello con enérgico e inequívoco ademán:

—Por la patria —dijo con calor Martín Pérez comprendiendo la acción de su amigo— perdería yo cien vidas si las tuviese. Este príncipe, a más de ser hijo de nuestro amado rey Felipe IV, es español, habla nuestro idioma, tiene nuestras costumbres, nuestras creencias, hasta nuestros defectos; y nosotros, los del pueblo, le preferiremos siempre a un extranjero. España es nuestra, con nuestra sangre la hemos conquistado, y solo nosotros tenemos el derecho de darnos el rey que mejor nos cuadre.

—En todo eso, aunque lego, estoy contigo —le contestó Sanchón—; pero mira, Martín, esto del nuevo príncipe yo lo veo algo turbio, y... Dios quiera que no nos salga la torta un pan. Dicen que de los escarmentados salen los avisados, y yo sentiría que en esta danza fueras tú el que bailaras en la cuerda. Yo no quiero mal a mi amo, como su pan y le tengo por muy caballero, y sobre todo, por muy español. Pero créeme, si te enredas tú con él en un negocio de esta naturaleza, donde dejé él la capa dejarás tú el pellejo, y me quedo corto todavía.

—Estoy en todo, amigo Sanchón —dijo Martín Pérez con cordialidad al palafrenero—; y te agradezco tus buenos consejos. Es ley del mundo que los pequeños arriesguemos mucho para

ganar poco, y que los grandes arriesgando poco ganen mucho. Día llegará, si las promesas del Crucificado no mienten, en que no haya pequeños ni grandes, pobres ni ricos, señores ni vasallos, sino que todos los hombres seamos como hermanos.

—Échale un galgo al tal día, y qué lejano debe de estar... —dijo Sanchón, con el acento incrédulo del que no viviendo más que la vida material, y tocándole en suerte una situación miserable, se ríe de las bienaventuranzas que le pronostican, y que él está convencido no han de alcanzarle nunca.

—¿Qué es el tiempo ante lo infinito?... —repuso con fe Martín Pérez, quien pensando de opuesta manera que Sanchón, veía, aunque lejano, el día de la regeneración social, y caminaba con decisión en su busca, convencido de que la marcha que él y su generación hicieran, acortaría la distancia que de él nos separa aún—. Porque la humanidad no retrocede ni ha retrocedido jamás en su camino. A veces suele detenerse rendida, destrozada, anhelante; mas al volver a emprender su marcha, lo hace siempre tomando por punto de partida el término a que llegó en su anterior carrera.

—Mucho sabes, Martín, y yo no puedo disputar contigo porque me atraganto, y más esta noche que tengo el garguero seco y no puedo salivar; pero por mucho que me prediques, no me has de convencer de una cosa que quiero decirte. Cuando yo me haya muerto y esté convertido en calavera tan horrenda y tenebrosa como las que hemos visto hoy en las iglesias, y yo traigo todavía delante de los ojos, ¿qué me importará a mí que los grandes sean pequeños, ni los ricos pobres? ¿Ya ves tú si es tonto trabajar por lo que no hemos de comer?

—Si no hubiera más que esta vida, dices bien; y aun así estaríamos obligados a trabajar por mejorar la suerte de nuestros hijos; pero hay otra vida, Sanchón.

—Ya lo sé, Martín —contestó prosiguiendo en su tema el palafrenero, y sin darse por vencido, y menos por convencido—. Y como la otra vida no es esta, digo para mi capote: «Si voy a la gloria, ¿qué más quiero? Si al infierno, ¿ya, qué espero? Y si al purgatorio, a la corta o a la larga saldré de él».

Riose Martín Pérez de la ingeniosa definición que del porvenir y destino de la humanidad había Sanchón dado, y le dijo:

—No es mal purgatorio el que nosotros estamos pasando. —Y variando de conversación añadió—: Pero ¿qué era lo que tenías que decirme?

—Mira, Martín Pérez —dijo Sanchón amistosamente—; tú eres mi amigo, y para mí un amigo es lo primero; porque yo tengo un corazón muy noble y muy leal. —Y para dar más fuerza a sus palabras, apoyaba fuertemente sobre su robusto pecho su mano ancha y velluda. —Nunca he dudado ni de tu amistad ni de tus buenos sentimientos —contestó Martín Pérez con acento lleno de cordialidad.

—Pues contéstame la verdad a una cosa que quiero preguntar.

—¿Qué cosa?

—¿Conocías tú de antes al príncipe que has ido a visitar con mi amo?

—No; nunca le había visto.

—¿Y sabías que existía tal príncipe?

—Sí que había oído decir que existía en Madrid un bastardo de Felipe IV; pero lo había creído un cuento.

—¿De modo que no sabes que el príncipe ese es tonto?

—¿Que es tonto?

—Tonto de capirote.

—No puede ser eso —dijo recapacitando Martín Pérez.

—Pues créeme a mí, que lo sé mejor que tú. Ahora vengo de llevarle un traje muy bueno de parte de mi amo, y quisiera que hubieras estado presente para que quedaras convencido.

—¿Y tu amo sabe que es tonto?

—Tan bien como yo, y como todos los que le conocen.

—No puede ser eso —dijo Martín Pérez pensativo, y resistiéndose a creer lo que con tantas veras afirmaba Sanchón. Y después de un corto silencio preguntó a este—: Y tú ¿de qué le conoces?

—Pues verás; antes de preguntarme mi amo si te conocía a ti, me había mandado dos o tres veces a casa de esos infelices, a quienes él al parecer socorre.

—¿Qué infelices? —interrumpió Martín Pérez.

—El tonto y su hermana —contestó con naturalidad Sanchón.

—¡Dale con el tonto! —dijo Martín Pérez impacientado.

—Hombre, déjame acabar y no te enfades, que al darte este aviso mi intención es buena.

—Ya lo comprendo, Sanchón, y te lo agradezco, pero acaba.

—Yo no reparé —dijo Sanchón, prosiguiendo su anterior relato—, si el tonto aquel que veía siempre tan callado y grave se parecía o no a los reyes de España, y como su hermana es una doncella tan hermosa como honrada, creí ¡Dios me perdone si pensé mal!, que mi amo el señor conde, que al fin, aunque viejo, está todavía fuertecillo, y que es viudo y sin hijos, tendría alguna intención sobre ella.

»Y quiero decirte, Martín Pérez, para no cargar mi conciencia con ninguna calumnia, que este pensamiento mío no nació de que yo viera ninguna desenvoltura entre mi amo y la hermana del tonto, todo lo contrario; ella está siempre más modesta y grave que las monjas en coro, y mi amo la trata con tanto respeto como si fuera su parienta.

»Pero como la caridad está tan retirada, al oír decir a la doncella que el señor conde la favorecía, así como a su hermano, y al saber que algunas veces iba a visitarlos, me sospeché en él esa mala intención.

—¿De modo que el príncipe ese, tonto o no, está socorrido por tu amo?

—Anda, anda, ¿pues qué te habías creído tú?

—Yo no me había creído nada sino que el príncipe estaba aquí de incógnito, y para no infundir sospechas se ocultaba en aquella casucha.

—Pues te has equivocado, porque allí vive y ha vivido siempre.

—No acabo de creerte, ni me explico qué idea se lleve el conde en engañarnos.

—Mira, eso yo tampoco lo calo. Y como me admiró que de repente quisierais nombrar nada menos que rey a un tonto, me dije a mí mismo: «Sanchón, por sí o por no, bueno será que enteres de todo a Martín Pérez; él tiene más caletre que tú y sabrá conocer lo que hay aquí».

—Pues mira, lo que yo sé decirte es que necesito ver al príncipe, hablarle, para convencerme de su locura. Y esto sin que lo sepa tu amo, porque si obra de mala fe no lo consentiré.

—Nada más fácil. Yo vengo, como te he dicho, de su casa, y puedo volver cuando quiera.

—Pues llévame contigo, que quiero examinar con mis propios ojos a ese príncipe.

—No tardarás mucho en convencerte de lo que te digo y en darme la razón.

—¡Dios quiera que te hayas engañado en tus sospechas y que el hijo de Felipe IV sea tan digno de mandarnos como lo era D. Juan!

—En que sea hijo o no del rey D. Felipe, yo no me meto —dijo Sanchón sentenciosamente—, porque un rey puede tener un tropiezo como el primero, y las mujeres hacen pecar a un santo; pero en lo de que es tonto, y tonto de remate, con esta te lo afirmo.

Y al hablar así, ponía la mano de corte sobre su grueso cervigullo, en ademán de cortarse la cabeza.

—Llévame a su casa, y allí saldremos de dudas.

—Camino de ella estamos —dijo Sanchón.

—Lo malo será si hallamos en ella al conde.

—No lo creo. Mi amo está en Palacio, y no saldrá de allí hasta que muera el rey. Luego irá a los Consejos, donde dicen que estarán reunidos los que han de proclamar al nuevo príncipe.

—¡Dios quiera que todo salga a medida de nuestros deseos y para bien de nuestra querida España! —dijo Martín Pérez con acento ferviente y conmovido.

—Amén —concluyó Sanchón.

Echaron a andar apresuradamente al pronunciar estas palabras hacia la Cuesta de la Vega, al tiempo que, uno en pos de otro, daban las once los diversos relojes de la villa.

Sanchón, satisfecho del paso que había dado al avisar a su amigo, sin temor a las iras de su amo, de quién era el príncipe que le habían comprometido a apoyar, marchaba decidido y contoneando orgullosamente su maciza persona.

El palafrenero, que en toda su vida había entendido en otros asuntos que en el aseo y cuidado de los caballos y mulas de las caballerizas del conde, y en separar de su salario todas las cantidades posibles para embellecer las largas veladas de invierno y refrenar las calurosas noches de verano con sendas copas de Valdepeñas, al verse mezclado tan de improviso en una intriga o conspiración en la que se trataba nada menos que de aclamar a un rey, se creía ya una persona de importancia y, ¿quién sabe si su vanidad y su ambición despertándose también, no le estuvieran diciendo que era digno y más que digno de pasar desde las caballerizas del conde a las de la Real casa? Y aun cuando todo sería tratar con caballos y mulas y vestir de librea, hay gran distancia entre la librea casi inviolable que visten los criados de un rey y la de un conde. Entre limpiar y ensillar los caballos que ha de montar un simple particular, aunque este sea noble y grande de España por añadidura, y aquellos en que ha de hacer asiento la majestad sacra del señor de dos mundos.

Por su parte, Martín Pérez, acosado por las sospechas y dudas que las afirmaciones de Sanchón habían despertado en su ánimo, caminaba precipitadamente por las oscuras y tortuosas calles, y su carácter resuelto e irascible, iba revolviendo en su mente sangrientos proyectos de venganza si por acaso descubría que habían tratado de sorprender su buena fe.

A veces pensaba que Sanchón, hombre de cortas luces y limitado entendimiento, aunque dotado de rectas intenciones, podía haberse equivocado al calificar de tonto al bastardo de Felipe IV.

Martín Pérez conocía la caballeridad y nobleza del conde de Frigiliana, y no hallaba posible que fuera capaz de una felonía.

Y preocupados en sus distintos pensamientos, y sin haber vuelto a pronunciar una palabra, desde las últimas que dejamos trascritas, llegaron en pocos minutos, tan rápida había sido su

marcha, a la humilde casa del loco, en cuya vieja puerta llamó Sanchón con los fuertes porrazos que siempre acostumbraba.

IV

Un programa de gobierno

Dejamos a Margarita sola, pensativa y bordando codiciosamente en su humilde habitación, en tanto que Javier se vestía el rico traje que le había enviado el conde.

Así volveremos a encontrarla, a pesar de ser ya para ella horas descompasadas de la noche.

A aquella en que nos hallamos, el pueblo todo de Madrid, ansioso de conocer sus destinos, estaba en vela; máxime los moradores de la humilde casa de la Cuesta de la Vega, que tan importante papel desempeñaban en el drama que se estaba representando.

Salió Javier de su habitación cubierto con el espléndido traje que le habían regalado, y cuyas variadas prendas se había vestido con la soltura y gracia del que está acostumbrado a ello, y su aire era tan natural, desembarazado y noble, con tanta gracia se balanceaba su espada al costado izquierdo, con tan suprema elegancia había dejado sin abrochar algunos botones de su ropilla, con tanta coquetería llevaba tirada sobre el brazo su lujosa capa y en la mano su airoso sombrero, que la misma Margarita quedó deslumbrada al verle aparecer, no habiendo nunca podido sospechar su hermano aquel porte desembarazado y noble, en aquellas maneras tan sueltas y elegantes, aquel andar tan lleno a la par de majestad y de gracia.

«¡Dios mío! —dijo entre sí la pobre niña, fijando en Javier su tierna y húmeda mirada—; ¡qué hermoso está! ¿Por qué falta la razón a tan noble presencia?».

Sentose Javier en la silla que anteriormente ocupara, e inclinándose a Margarita, la miró atenta y largamente.

Sintió pesar ella sobre su corazón aquella mirada intensa de Javier, y temblorosa y ruborizada, no se atrevía a levantar la cabeza.

En aquel momento la profunda y luminosa pupila del loco no dejaba percibir el menor extravío, y sí la tierna admiración que tal vez le inspiraban la hermosura y modestia de Margarita.

—¿Qué estás bordando? —la preguntó con voz tan tranquila, tan natural, tan cariñosa, que halagada la niña por la risueña idea de que la luz de la razón principiaba a iluminar la mente del loco, alzó a él instintivamente sus miradas.

Por un momento los azules y fúlgidos ojos de Javier, y los negros, amantes y tímidos de Margarita, confundieron en una mirada tierna, profunda, reveladora, que hizo latir a la vez y a impulso del mismo sentimiento, el corazón de ambos jóvenes.

Mas cuando Javier abrió la boca, quizá para decir alguna palabra que confirmara las dulces esperanzas de Margarita, sonaron recios golpes en la puerta de la calle.

Tembló la niña al oírlos, pintándose en su hermoso rostro una expresión de dolor y desaliento, e irguiéndose el loco en la silla y dando a su semblante la expresión impasible y altiva que ya conocemos, dijo con voz imperiosa:

—Vendrán a buscarme.

Abrió la puerta la pobre niña, que veía a su hermano presa de aquella fatal aberración y envuelto en una peligrosa intriga, de la que ella era impotente para arrancarle, y momentos después entraron en la sala Sanchón y Martín Pérez.

Al ver a Javier, al que daba de lleno a la luz del quinqué, y cuyo traje, gesto y apostura eran, a no dudar, los de un príncipe, ambos retrocedieron un paso, quitándose los sombreros y saludando respetuosamente.

Sanchón, que era el más sobrecogido, por lo mismo que conocía al loco, y a no verle no hubiera creído que pudiera verificarse en él tan completa transformación, mirábale sin quitar ojo y diciendo entre sí:

«De veras que parece un príncipe el mozo... Bien dicen que la ropa... Si le hubiera venido la razón con el vestido, yo me alegraría, aunque Martín Pérez me llamara embustero. Pero cá... Tan tonto se estará como se estaba, aunque el traje le haga parecer otra cosa».

Y en tanto que Sanchón se recitaba a sí mismo tan sabio soliloquio, observaba Martín Pérez atentamente al príncipe, no pudiendo convencerse de que careciera de razón aquel a quien tan sin tacha hallaba en su traje, en su apostura, en su gesto y mirada.

«Podrá estar loco y podrá no ser hijo de Felipe IV —pensaba entre sí—; pero ni parece lo primero, ni se puede dudar de lo segundo, al ver su exacto parecido con el rey difunto; y esto lo puedo afirmar yo, que aun cuando muchacho, vi más de una vez al rey su padre, y no he olvidado sus facciones».

Sanchón, que pasada la primera sorpresa volvió a recobrar su aplomo y familiaridad habituales, acercose a Javier; y le dijo, con acento entre respetuoso y cordial:

—Este es mi amigo Martín Pérez, a quien ya conoce vuestra... —e interrumpiendo, porque no recordaba el tratamiento que debía dar al improvisado príncipe, dijo entre dientes—: Siempre se me ha de olvidar lo que tengo de llamarle —y prosiguió en voz alta—: Que desea ver y hablar con vuestra...

—Alteza, se apresuró a decir Martín Pérez, yendo en auxilio del palafrenero.

—Acabáramos —dijo este, con el acento de aquel a quien sacan de un grande aprieto.

Retirose discretamente Margarita a su habitación, y el loco y los dos amigos quedaron solos.

Guardaron silencio unos instantes, y Javier, que esperaba sin duda el discurso que medio le habían indicado las palabras de Sanchón, dijo con pausado acento:

—Ya escucho.

«Lo dicho. Nadie le saca de los cascos que ya está sentado sobre el trono. ¡Ah, pobrete!», dijo para sí Sanchón, que no perdía su afición decidida a los apartes y soliloquios.

Acercose Martín Pérez hasta ponerse enfrente de Javier, separados ambos por todo el ancho de la mesa a que estaba sentado el otro, y sin perder nada de su ademán respetuoso y grave, preparose a hablar para sondear las ideas del príncipe, y sobre todo para convencerse de si poseía o no su razón cabal.

Sanchón, temiendo que alguna inesperada salida del que él persistía en creer loco le arrancara algún gesto o risa irrespetuosa, colocose a espaldas de la silla de Javier, dispuesto en lo que posible fuera, a ver, oír y callar.

—Señor —princió a decir Martín Pérez—, los condes de Frigiliana y Fuensalida y parte de la nobleza tratan de pedir la convocatoria de las Cortes de Castilla y presentaros a ellas como único

descendiente, aunque ilegítimo, de la casa de Austria española y aspirante al trono que ha de dejar vacante nuestro rey Carlos II. El pueblo de Madrid, y pudiera decir todo el de España, teme demasiado la desmembración o la guerra civil con que nos amenazan las dos potencias rivales, que se creen con derecho a la corona, para no apoyar decididamente a vuestra alteza. Yo, en representación del pueblo de Madrid, vengo por segunda vez a saludaros, rogandoos tengáis a bien decirme si al aceptar la corona pensáis atender algo a las necesidades de vuestro reino.

Calló Martín Pérez, observando el efecto que hacían en el príncipe sus palabras; y este, que había escuchado atentamente el pequeño discurso, enteramente poseído de su papel de rey, poniéndose majestuosamente en pie, y con acento cuya convicción y seguridad contrastaban notablemente con todas las aberraciones que encerraban sus palabras, principió a decir solemnemente:

—Cuando yo sea rey, y por lo tanto señor de todo lo existente y al que se debe ciega e inmediata obediencia, como representante en la tierra de la divinidad, estableceré sabias leyes para que la prosperidad, la paz y la riqueza se establezcan en mis reinos, y para que todos los elementos contribuyan al bien de mis súbditos.

»Desterraré para siempre de mis Estados las tempestades, los granizos, los huracanes, y lloverá y hará sol, según mis campos lo necesiten.

»Haré a la tierra que dé frutos tempranos y tardíos, y que las cosechas se sucedan sin interrupción.

»Mandaré a los mares, de los que soy soberano, que guarden sus tempestades para las flotas inglesas, y que mis galeones, cargados con las riquezas de mis Indias, lleguen siempre con seguridad a mis puertos.

Atónito, Martín Pérez, al oír aquellos disparates, tan cuerda y reposadamente expuestos por Javier, no pudiendo sufrir por más tiempo el malestar que le causaba oírlos, separose bruscamente de la mesa y volviendo las espaldas al loco y aplastando con rabia su sombrero entre las manos, dijo, sin importarle ser oído:

—¿Conque es verdad lo que me decía Sanchón, y de un tonto vamos a dar en otro?... ¿Cómo evitar, ahora que ya está todo andado, que le proclamen rey?...

Y Sanchón, riéndose a carcajadas y frotándose las manos con satisfacción, le decía en tono de fisga:

—¿Qué tal, Martín Pérez, acertaba yo o no?

Miraba Javier a uno y otro, pasmado y sobrecogido, y acudiendo en su auxilio el instinto o la razón, les preguntó con tanta ingenuidad como mansedumbre:

—Tú te encolerizas y este se burla... Pues qué, ¿un rey no tiene todo el poder que yo creo?

—Ya, ya —dijo Sanchón con acento equívoco.

—¿Qué es un rey? —preguntó el pobre loco que no podía separar de su mente la idea que entrañaba la frase *un rey* del poder que él en sus delirios de grandeza le atribuía.

—Un rey —dijo Sancho ahuecando la voz y dándose importancia al verse interrogado sobre tan alto asunto y por un aspirante al trono—; un rey es un hombre como todos, amiguito.

—¡Un rey! ¡Al que todos acatan y obedecen, es igual a los demás hombres!... —dijo Javier pensativo, perturbado, ante tan indescifrabre enigma.

—Igual —le contestó el palafrenero—. Lo mismo nace, lo mismo muere y lo mismo desempeña todas sus funciones.

—¡Un rey!... —insistía el loco, cada vez más aturdido de lo que oía.

Y después de unos momentos de meditación, al parecer infructuosa, dijo con ansiedad:

—Pero ¿qué es un rey?

—Toma —le contesto Sanchón con acento convencido, y creyendo dar la explicación más luminosa a la pregunta de Javier—, un rey es un rey porque le llaman rey.

Dejose caer el loco en la silla que antes ocupaba, lleno de abatimiento, tristeza y confusión, y sin poder desenvolver las confusas y nuevas ideas que acudían a su enferma mente, en tanto que Martín Pérez, sin atender al extraño diálogo sostenido entre el príncipe y el palafrenero, se paseaba a largos pasos por la habitación, diciendo entre sí, colérico indignado:

«¿Por qué no hablaría yo antes con este mozo?... ¡Qué importa que sea hijo de Felipe IV, si es más imbécil que Carlos II!... Si hubiera sabido que el conde de Frigiliana había querido burlarse de mí...».

Y arrebatado de furor, dejó caer sobre la mesa su robusto puño.

Alzó la cabeza el loco, sorprendido por la sacudida de la mesa, pues una vez destemplados sus nervios se tornaba tan impresionable y medroso como una mujer, y viendo la potente ira que retrataban las descompuestas facciones de Martín Pérez, se acercó a él, diciéndole con dulzura:

—¿Qué tienes? ¿Por qué te irritas? Si no me creéis capaz de ser vuestro rey, desde este mismo instante renuncio a mis derechos.

Y Sanchón, parodiando sin saberlo aquel otro pensamiento de Don Quijote, cuando Sancho quería renunciar al gobierno de la ínsula Barataria, sin esperar las palabras de su amigo, se apresuró a decir, con tanta decisión como aplomo:

—Solo por este rasgo merece una corona. Así como así, parece que tiene buen fondo, aunque tonto. ¿Qué dices tú? —prosiguió dirigiéndose a Martín Pérez—. También D. Carlos II es tonto, y eso no le ha impedido reinar más de treinta y cinco años.

—¡Tonto!... —dijo Javier, triste y humillado—. ¡Solo Margarita me comprende!...

Y después de unos momentos de silencio, cual si algún destello de razón principiara a alumbrar su mente, desarrollando en ella las confusas ideas que en montón sentía aglomerarse, principiara a decir con reflexivo y elocuente acento:

—¿Por qué habéis venido a hablarme de cetros y coronas? Si encerráis a un león cachorro en una jaula y le alimentáis con sopas de leche, se conformará; pero el día que le enseñáis una presa de carne, despertarán sus instintos, y se arrojará a devorarla. ¿No sabéis que en mis venas corre sangre real, y que esta sangre tiene el instinto de la dominación?

Y al expresarse el loco con esta verdad, elocuencia y energía, su mirada de águila lanzaba rayos, su frente se alzaba soberana y radiante, y su acento persuasivo y dominador subyugaba poderosamente el ánimo.

Más que un loco, parecía un inspirado.

El espíritu vivo del derecho divino, que los reyes absolutos quieren apropiarse.

—Dice bien —saltó Sanchón, convencido sin duda por los argumentos de Javier—, si su padre fue rey, él tiene sangre de reyes en las venas, y como todos los reyes, quiere mandar.

—Basta veros —dijo Martín Pérez volviéndose a Javier, y habiendo, por fin, conseguido dominar su indignación y su cólera—, basta veros para confesar que sois hijo de Felipe IV; pero las extrañas atribuciones que concedéis a los reyes revelan que estáis en un grave error.

»Un rey, como ha dicho muy bien Sanchón, no es más que un nombre, y si por su saber, por

su virtud, por su prudencia, por su justicia, no se hace el padre de sus pueblos, deja de ser señor, para convertirse en tirano.

Escuchó atentamente Javier las palabras de Martín Pérez, y penetrado de su verdad, le dijo con ingenuidad, efusión y convencimiento:

—Pues bien, yo deseo, como vosotros, la grandeza y prosperidad de España; dirigidme, enseñadme, aconsejadme, yo seguiré fielmente.

—Después de todo, es un buen muchacho —se apresuró a decir Sanchón, que ya no quería abdicar su puesto de consejero de aquel príncipe aspirante a rey—. No nos deshagamos de él, Martín, que más vale malo conocido que bueno por conocer. Ya que una vez nos toca a los pobres escoger rey a nuestro gusto, escojamos a este, que es como nosotros.

Quedose pensativo Martín Pérez, en cuyo ánimo pesaban tan contrarias consideraciones, y cuyo patriotismo le hacía ver inminentes y graves los males de España, si quedaba vacante el trono, y sin contestar una palabra, abismose en profunda meditación.

Por un lado, veía ya imposible evitar la elección o por lo menos la proclamación de Javier por el pueblo de Madrid, apenas se declarase la muerte del rey.

Él había trabajado de prisa y de firme, y como halló los ánimos bien dispuestos a secundarle, pues el miedo a la desmembración, o a una intervención extranjera predisponía a los españoles a agarrarse a un clavo ardiendo, más de treinta mil vecinos de Madrid estaban dispuestos a apoyar a Martín Pérez y al conde de Frigiliana, y acudir a su vez apenas fueran llamados.

Por otro, veía la locura inocultable de Javier cuyos delirios no era posible que pasaran desapercibidos por mucho tiempo, haciendo responsables de su locura a aquellos que habían desenterrado, por decirlo así, al olvidado bastardo de Felipe IV, cuyos derechos querían reivindicar.

Y sumido en estas meditaciones Martín Pérez, y juzgándose tan impotente como incapaz de deshacer su obra, pues las revoluciones cuanto más hacederas y espontáneas son, más imposible suele ser dirigir las y menos contenerlas, no sabiendo qué partido tomar, y decidido a dejarse llevar de la corriente de los acontecimientos, dijo contestando a las últimas palabras del palafrenero:

—Sobre que ya no podemos hacer otra cosa, ayudemos a su proclamación, cuidando en lo posible que su locura no se haga pública.

—Dices bien. No le dejemos hablar con nadie, y solo nosotros sabremos que está loco.

Ofendido, Javier, cuyos momentos lúcidos eran tan rápidos, de las a su juicio irrespetuosas frases que sobre él se permitían aquellos hombres, atemorizado a la par, al oírles decir de prohibiciones que iban a imponerle, corrió asustado hacia la habitación de su hermana, gritando con angustia:

—¡Margarita! ¡Margarita! —Salió apresurada la joven al oír los gritos de Javier, y arrojándose este en sus brazos la dijo con voz llena de agitación y sobresalto—: ¡Margarita... hermana mía... llévame de aquí!... Estos dicen que estoy loco y no puedo reinar.

—¡Javier!, ¡mi querido hermano! —decía la pobre niña procurando sosegar al loco y llevándole dulcemente a su asiento—, ¿qué tienes?, ¿qué te sucede? ¿No sabes que estoy yo aquí, a tu lado, y que mi cariño no te faltará nunca?

Conmovidos Sanchón y Martín Pérez, a pesar de su rudeza, ante la tierna escena que presenciaban, admirados de la bondad, de la abnegación de aquella hermosa niña, pasando su

vida al lado de un loco, y poseyendo sola el secreto de comprenderle y calmar sus arrebatos, permanecían inmóviles y silenciosos, no sabiendo qué hacer ni decir en pro del pobre demente.

Calmosse gradualmente el sobresalto y angustia de Javier, que asido a la estrecha cintura de Margarita y con la cabeza apoyada en el virginal seno de la niña, con los ojos cerrados, la respiración anhelosa y la frente contraída, a impulso de una fuerte preocupación, más que un demente atacado de un acceso de locura parecía un enfermo sufriendo una crisis nerviosa.

Incorporose en su asiento, y pasándose las manos por la frente y fijando en su hermana su pupila absorta por el extraño pensamiento que embargaba su cerebro, la dijo con vehemencia:

—Margarita, yo me confundo... yo no comprendo... yo quiero que me digas... —Y levantando su hermosa cabeza y dando a su acento la más enérgica entonación, añadió como interrumpiéndose a sí mismo—: *Si un rey no es más que un hombre, ¿por qué todos los hombres no son reyes?*

V

El rey ha muerto

Cuantos nobles y grandes, aunque en corto número, estaban iniciados en la conspiración, pues no podemos darla otro nombre, del conde de Frigiliana, habían acudido a Palacio ya cerca de las doce de la noche, porque según se afirmaba, Carlos II estaba en sus últimos momentos.

Su plan era que apenas expirase el rey, marcharían al palacio de los Consejos y allí recibirían y patrocinarían al bastardo de Felipe IV, en tanto que las Cortes, convocadas por ellos con la mayor premura, se reunían y fallaban en la pretensión del candidato que ellos y el pueblo de Madrid las presentaban.

El plan en sí no era malo, y ni entonces ni nunca podrá negarse al pueblo y la nobleza de España el derecho de cubrir la vacante del trono con un rey cuya lección sancionaban las Cortes.

Es decir, el tribunal sacrosanto de la opinión, a cuya formación concurrían todas las ciudades y villas con voto en Cortes, y el único que, como el Justicia de Aragón, a más de mantener las libertades y fueros de Castilla, limitaba con su poder el concedido al monarca.

Todos sabemos cuánto trabajó la casa de Austria por desprestigiar este poder, que coartaba el suyo, y cómo, para hacerle caer en desuso, apenas sus distintos reyes convocaron Cortes.

Mas donde estaba el desacierto de los conspiradores de que nos ocupamos, allí donde hubieran de todos modos fracasado sus planes, era en la infeliz elección que habían hecho de candidato al disputado trono de España.

Es verdad que los más de ellos no conocían a Javier, y que de buena fe habían dado por sentado el que fuera bastardo de Felipe IV, y es verdad que solo el conde, Sanchón y Martín Pérez conocían la desgraciada enfermedad del que querían elevar al trono.

Quizá entre los conspiradores hubiera no pocos partidarios de la casa de Austria, que para hacer guerra al príncipe francés, que decían era declarado heredero, hallaran buenos medios tan reprobados.

Quizá los más no buscaran en el improvisado príncipe otra cosa que una pantalla, para preparar a su sombra los acontecimientos y poner un dique al desbordamiento general, si llegaba a quedar vacante el trono.

De todos modos, unos y otros partieron muy de ligero al admitir, aunque solo fuera en hipótesis, la candidatura de un príncipe que no conocían, cuyo origen podía ser supuesto y cuyos derechos eran tan cuestionables.

Su imprevisión pudo acarrear a la patria horribles conflictos, precipitándola en el abismo a cuyo borde se hallaba.

Mas en periodos tan funestos y decisivos, como era aquel por el que atravesaba España en la noche del 2 de noviembre de 1700, viendo morir a su rey y no sabiendo quién había de sucederle, el temor, la ansiedad y la duda reemplazan a la reflexión, la prudencia y el valor, y

apoderado una vez el vértigo de las más firmes imaginaciones, arrebatada en su torbellino a todo un pueblo, si la Providencia, las leyes, o un genio privilegiado no vienen a salvarle.

Carlos II, cuya existencia dejamos ligeramente bosquejada en el capítulo primero de esta segunda parte de nuestra obra, espiraba en su lecho imperial, sin ver a su lado más que semblantes o fríamente impasibles o hipócritamente doloridos, y sin que su estado inspirara a nadie verdadero interés y sentimiento.

Su mirada, apagada y vidriosa, no encontraba otra mirada amante y tierna que diera a su pobre alma el supremo adiós de la última despedida.

Su mano, yerta y helada, no se sentía oprimida por otra trémula y ardiente que quisiera comunicarle su calor y su vida.

El frío sudor de la muerte que su lívida frente bañaba no era entibiado por las ardientes lágrimas que arrancara el dolor a un corazón cariñoso.

Así moría aquel pobre rey como había vivido, rodeado de una atmósfera de hielo, que oprimía su tierno, débil e impresionable corazón.

Solo fue feliz, solo sintió entibiado su pecho al dulce calor del más puro y acendrado cariño en el corto periodo de su primer matrimonio con María Luisa de Orleans.

El semblante dulce y bello de esta amable princesa quedó indeleblemente grabado en el alma de Carlos, y él era la única estrella de consuelo y protección, que velaba en la oscura noche de su lenta agonía.

Hacía seis meses que habiendo Carlos II, para mejorar su salud, ido de temporada al Escorial, se empeñó en bajar al panteón, y visitar con las tumbas abiertas los restos de sus mayores.

No parecieron conmoverle gran cosa ni los restos de su padre, al que apenas había conocido, ni los de su madre, muerta tres o cuatro años antes.

Mas cuando descubrió el cadáver de su primera mujer, de su amada y no olvidada María Luisa, cuyas bellas facciones no habían sufrido la menor alteración, retrocedió lleno de terror y angustia el pobre rey, y con voz balbuciente y fatídica, exclamó:

—Pronto iré a reunirme contigo.

Desde aquel instante no se volvió a separar de su enferma mente la idea de que su amada María Luisa le estaba esperando en la otra vida, y minada por ella su débil naturaleza, concluyó por hacer proféticas las palabras pronunciadas ante su abierta tumba.

A las doce y tres cuartos expiró Carlos II, último monarca de la casa de Austria española, y apenas, según la fórmula establecida, fue pronunciada la frase tradicional *El rey ha muerto...* frase que las actuales circunstancias dejaban truncada e interrumpida; pues hasta no saber quién sería el heredero, no podía completarse con la segunda parte: ¡*Viva el rey!* Salieron de Palacio, según tenían convenido, todas aquellas personas comprometidas en la conspiración a favor de Javier.

Mientras el conde de Fuensalida con algunos grandes y nobles adictos a su trama se dirigían al palacio de los Consejos, el de Frigiliana, seguido de algunos otros, que se reforzaron al llegar a la calle con mucha parte del pueblo de Madrid que rodeaba a Palacio y que eran, como comprenderán nuestros lectores, los compañeros de Martín Pérez, iniciados por este en la conspiración, y dispuestos a secundarla, se dirigieron a la Cuesta de la Vega en busca de Javier.

Habían ya marchado Sanchón y Martín Pérez a reunirse con los suyos, decidido el segundo a no descubrir por lo pronto lo que había sabido de la enfermedad del príncipe, y quedando solos

este y Margarita, principió a instarle dulcemente la joven para que se escondiera o huyese, librándose así del peligro a que querían arrastrarle.

Si Margarita en vez de una tierna niña hubiera sido un hombre, fácilmente consiguiera del loco lo que deseaba, ora conduciéndole por la fuerza a otro sitio, ora sabiendo imponerle su voluntad, dominando la de él.

Pero Margarita, solo con sus ruegos, con sus tiernas palabras y dulces reflexiones, quería persuadir al pobre loco, y su voz, que tenía el poder de calmar sus arrebatos, daba lugar a que prevaleciera en su enferma imaginación su habitual y arraigada monomanía.

No era posible, y la hermosa Margarita se cansaba en vano, que el loco que por tantos años había soñado con un trono, fuera a renunciar a esta cara ilusión de su vida en el crítico momento en que parecía iba a realizarse.

Nada contestaba, pues, Javier, a los ruegos, a las reflexiones, a las persuasiones de su hermana, y cabizbajo y meditabundo parecía ni aun oír y menos comprender las palabras de la pobre niña, que sin haber sondeado por completo lo que querían hacer de Javier, conocía que se trataba de algo muy grave, sin que la enfermedad de este, su acreditada locura, pudiera librarle del castigo de lo que en todo tiempo se ha llamado crimen de alta traición.

Habían dejado la puerta sin cerrar, cuando salieron de la casa Martín y el palafrenero, y destacados hasta ella algunos de los conspiradores que se hallaban mezclados entre los grupos que circundaban Palacio, recibieron la orden de vigilarla.

Ignoraba esta circunstancia Margarita, que si hubiera conseguido de Javier que consintiera en huir, se hubiera visto detenido al cruzar el dintel de su propia casa.

Reunidos el conde y Martín Pérez con los nobles que acompañaban al primero y los jefes compañeros del segundo que ya habían saludado al príncipe, se dirigieron a la casa de Javier, en tanto que Sanchón, por orden de su amo, iba a buscar a las caballerizas de este un magnífico caballo de silla, lujosamente enjaezado, para ofrecerlo al presunto rey.

Subió primero el conde a la habitación de los dos hermanos, y acercándose decididamente al loco, cuyo aspecto sombrío le preocupó un tanto, le dijo con enérgico acento:

—Javier, el pueblo y la nobleza te esperan para ofrecerte la corona de España.

Púsose en pie con viveza el loco, y mirando a dos lados, exclamó:

—¿Dónde están?

Retrocedió Margarita, cubriéndose el rostro con las manos, llena de dolor, y su pecho contristado dejó escapar este grito de suprema angustia:

—¡Ah!, ¡ya le perdí!

—Abajo están aguardándote —dijo el conde, contestando a la pregunta de Javier—. Un brioso caballo te espera a la puerta.

—¡Un caballo para mí!... —gritó con entusiasmo el loco.

—Sí. Un caballo y las aclamaciones de tu pueblo. Ven.

Y al hablar así el conde, presentaba su mano a Javier.

Tomó este su capa y su sombrero, que se puso, no obstante de tener el conde quitado el suyo, y bajó con este al portal de su humilde casa, donde le aguardaban los que habían de acompañarle a los Consejos.

Estaba el portal iluminado por multitud de hachones que sostenían los pajes del conde, y cuya luz oscilante y rojiza, ora reflejaba sobre los ricos bordados que adornaban los trajes de los

caballeros de la nobleza, ora sobre la masa imponente y sombría que formaban las gentes del pueblo capitaneadas por Martín Pérez.

Al presentarse el conde a ellos, conduciendo de la mano a un príncipe tan gallardo, tan altivo, tan majestuoso y que era el vivo retrato de Felipe IV, un murmullo de aprobación y respeto circuló por todos los grupos.

—Señores —dijo con nobleza el conde de Frigiliana, presentándoles a Javier—; el rey D. Carlos II ha muerto. La nobleza y el pueblo de Madrid apelan a las Cortes de Castilla para que decidan en la vacante del trono y presentan por su candidato a su alteza el príncipe D. Francisco Javier de Austria, hijo bastardo de nuestro amado rey D. Felipe IV. ¡Viva el príncipe D. Francisco!

—¡Viva! —gritaron unánimes la nobleza y el pueblo.

«¡Yo alteza! ¡Yo rey! ¡Mi sueño! ¡Mi ambición!», pensaba Javier enajenado de gozo y correspondiendo con graciosa y soberana amabilidad a las aclamaciones de que era objeto.

—En marcha, señores, volvió a decir el conde. Tengamos la honra de acompañar a su alteza al palacio de los Consejos, donde le esperan los grandes y los nobles para aclamarlo rey.

«¡Rey!... ¡Palacio!... ¡Grandes!...», pensaba entre sí Javier.

Y sacudiendo la cabeza con un movimiento lleno de altivez y majestad, dio algunos pasos con aire noble y decidido, diciendo para sí al mismo tiempo:

«Sepamos por fin qué es un rey».

Salió a la calle, donde Sanchón sujetaba el brioso corcel que le estaba destinado, y en el que subió ayudado por el conde, con tanta soltura y dignidad como pudiera un rey coronado, tomando sobre la silla una postura tan graciosa como noble.

Seguíale victoreando el pueblo, y los nobles que le observaban atentamente, se congratulaban unos con otros de haber hallado un príncipe tan digno y capaz de representar y sostener la majestad del trono español.

Por su parte, el conde, que no perdía de vista a Javier, no volvía de su asombro al verle a él, pobre loco sin cultura, desempeñar tan a satisfacción, tan sin la más pequeña falta su improvisado papel de príncipe heredero.

Emprendieron la marcha hacia el palacio de los Consejos, llevando el conde de Frigiliana del diestro al palafrén del príncipe, y rodeados de los nobles y de los pajes que alumbraban con sus hachones aquella singular procesión, y acercándose el palafrenero que iba delante de los grupos para velar por el potro, a su amigo Martín Pérez, que marchaba también en primera fila a la cabeza de sus gentes, le dijo por lo bajo:

—Martín Pérez, ¿cómo te parece a ti que debe llamarse un rey proclamado en la Noche de ánimas?

—Qué sé yo —contestó con impaciencia el otro.

—Pues yo —repuso Sanchón—, le llamaré el Rey de los Difuntos, y puede que sea profeta.

—¡Profeta! ¿Cómo?

—Como que si esto nos sale mal puede que mañana estemos todos ahorcados, y el loco sea únicamente un rey de difuntos.

Tres

Ni rey ni loco

I

¡Viva el rey!

Apenas habían circulado por las galerías de Palacio las fatídicas y tradicionales palabras, *El rey ha muerto*, cuyo eco, discurriendo de cámara en cámara, de salón en salón, llegó hasta los patios y la ancha plaza que en torno se extendía, abriéronse todas las puertas, y no solo los grandes y los nobles, sino toda la multitud de pueblo que pudo, penetró en el regio edificio.

En el salón del Trono apareció D. Antonio Ubilla, notario del reino, llevando en la mano el testamento otorgado por Carlos II, el 2 de octubre, y que no había sido revocado, como se temía.

A su lado se hallaban el cardenal Portocarrero y D. Manuel Arias, presidente de la Cámara de Castilla, únicos testigos cuando el testamento fue otorgado.

Figuraban después en primer término los embajadores de Francia y Austria, ambos interesados en conocer el contenido del testamento, siguiendo los magnates del reino, nobles y prelados, así como los representantes de las cortes extranjeras, y últimamente el pueblo, que había sido admitido a presenciar aquella imponente ceremonia, en que la voluntad de un hombre disponía de los destinos de una gran nación.

El testamento de Carlos II declaraba heredero de la corona de España al duque de Anjou, hijo segundo del Delfín, y por lo tanto nieto de Luis XIV y María Teresa, y biznieto de Felipe IV.

El testamento contenía cincuenta y nueve artículos.

Los once primeros trataban de la religión y del gobierno del reino.

En los siguientes, después de tratar de los distintos príncipes que se creyeran con opción a la herencia, se declaraba por mejor el derecho del duque de Anjou, siempre y cuando en ningún tiempo pudieran reunirse en su frente las dos coronas de España y de Francia.

Nombrábase un Consejo de Regencia, hasta la venida del nuevo rey, cuya presidencia desempeñaría la reina viuda, y en el que figuraban los nombres de todos los principales partidarios de la casa de Borbón.

El testamento trataba de prever tres casos importantes que eran los que en España tenían sobresaltados todos los ánimos y cuyas fatales consecuencias se procuraron evitar en este documento importante:

La desmembración de la monarquía española; la reunión de las dos coronas de España y Francia; la sucesión legítima al trono, según el orden natural.

La última disposición de Carlos II, según lo que de ella dejamos transcrito, calmaba por el pronto los celos de los españoles y les aseguraba la integridad de la patria y la independencia nacional.

Bajo este punto de vista, el testamento favorecía antes que todo a la nación, comprendiéndose que en el ánimo del difunto rey, tan afecto a su familia, debieron pesar, más que el engrandecimiento de esta, los intereses de sus pueblos.

Por eso cuando el cardenal Portocarrero, primado de Toledo y presidente, después de la reina viuda, del Consejo de Regencia, gran partidario como ya dejamos dicho, de la Francia y el que mayor parte había tenido en la confección del testamento, cuando completando la oración que dejamos trunca en el último capítulo de la segunda parte, gritó con calor y entusiasmo:

¡Viva el rey!...

Millares de voces contestaron a aquel viva, formando un eco sonoro y retumbante que fue pronto repetido por todo Madrid.

En realidad, lo que el pueblo vitoreaba no era al duque de Anjou, ya Felipe V, al que no conocía, sino la integridad, la independencia, la paz de España, que creía garantizadas con el testamento de Carlos II.

Apenas dio término esta solemne ceremonia, enviaron correos a Versalles con la copia del testamento y la aquiescencia de la nación, rogando a Luis XIV tuviera a bien admitir la corona de España para su nieto.

El rey de Francia, que en esta larga intriga había jugado siempre a dos palos por no descubrir del todo su juego a las potencias marítimas, de cuya ambición se había valido para amenazar a España con la desmembración, aparentó vacilar en admitir la herencia, no queriendo recibir al embajador español hasta consultar con su Consejo de Estado.

Esta farsa no engañó más que a los mismos que la representaron, ni evitó el que las potencias marítimas, declarándose partidarias del archiduque Carlos, vengaran en la pobre España, con la larga Guerra de Sucesión, el desairado papel que la ambición de Luis XIV las había hecho representar.

El Consejo de Estado, del que era miembro el mismo Delfín, decidió, como era de esperar, que se debía aceptar el testamento de Carlos II y admitir la corona de España para el hijo segundo del Delfín, que declaró terminantemente que él quedaría muy satisfecho de ser *hijo de un rey y padre de otro*.

Fingió Luis XIV que cedía al parecer de su Consejo, y recibiendo ya sin obstáculo al embajador español, se despachó un correo a España con la respuesta del rey a la Junta de regencia.

Esta carta notable de Luis XIV, la copia Ubilla en su diario.

Después de la aceptación ya no se trató en Versalles más que de dar la mayor ostentación a la presentación a la corte de Francia del nuevo rey de España.

El duque de Anjou, que era ya Felipe V de España, príncipe de diez y seis años, afable, instruido y un tanto grave para su corta edad, fue proclamado en Francia, como lo había sido en España.

Su abuelo lo presentó al embajador español, y después de declarar al príncipe oficialmente el alto puesto a que había sido elevado, dirigióse al representante de España diciéndole:

—Marqués, saluda a vuestro rey.

El 4 de enero salió para España Felipe V, al que su abuelo había dado prudentes consejos, en los que no dejan de traslucirse ciertos conatos de dominación sobre la vasta monarquía española, que estaba destinado a regir, y de tutela sobre él, y al despedirse Sceaux, pronunció Luis XIV las terribles palabras que tantas complicaciones han traído a nuestra patria, en tanto que la casa de Borbón se mantuvo en el trono de Francia: «Ya no hay Pirineos».

Felipe V, que por lo pronto representaba en España, deseosa de sacudir el yugo austriaco, el

partido nacional, fue acogido con más afecto que pompa en su empobrecido reino, y los españoles, y sobre todo los castellanos, le declararon y aclamaron rey, más por convencimiento propio, que en virtud del testamento de Carlos II.

En la larga Guerra de Sucesión, sostenida por el archiduque Carlos en contra del declarado rey de España, guerra que tantos años de luto costó a nuestra patria, y de la que aún sufrimos las tristes consecuencias, con la ocupación por los ingleses de la importante plaza de Gibraltar, que se apoderaron entonces de ella y jamás han querido devolvérsola; en la Guerra de Sucesión, decimos, los castellanos fueron los que con más decisión, constancia, lealtad y energía sostuvieron y defendieron al rey cuya causa habían abrazado, y a su adhesión y apoyo, antes que al testamento de Carlos II, debe la rama de Borbón española su elevación al trono de España.

II

Margarita

Quien hubiera podido leer en el fondo del alma de Margarita cuando desde la ventana de su humilde casa vio marchar a Javier gallardamente en su brioso caballo, rodeado de nobles y aclamado por el pueblo, sin duda que hubiera tocado la fría y triste realidad de las grandezas humanas.

Porque Margarita ni un momento se había deslumbrado con aquel improvisado encumbramiento de Javier, y supliendo en ella su buen juicio, su instinto y sensibilidad por la absoluta carencia de experiencia y conocimiento del mundo y de los hombres, veía los peligros que aquella mal urdida trama acarrearía a su hermano, sin suponer ni por un instante, tan fuera de sentido a España que eligiera por rey al pobre loco de la Cuesta de la Vega, así fuera este cien veces hijo de Felipe IV.

Retirose de la ventana con el alma oprimida de dolor y abrasadas sus mejillas por amarguísimo llanto, que en vano procuraba secar en sus hermosos ojos, y dejándose caer en su sitio, ocultó la cabeza entre sus rodillas.

Margarita, que como ya habrán adivinado nuestros lectores, no era hermana del loco, y sí protegida por este y por su madre, había siempre profesado a su bondadoso protector un afecto vivo, reconocido y ardiente.

Cuando la pequeña niña, allá en los tiempos en que la tranquilidad y la paz habitaban constantemente en la pobre casa de la Cuesta de la Vega, cuando la niña, decimos, sentía volver a Javier de su cotidiana ocupación, corría gozosa a su encuentro, y arrojándose a su cuello, cubría de besos sus hermosas facciones, llamándole querido hermanito.

Javier, que había salvado a la pobre niña de una muerte infalible, la quería a su vez más que si fuera su propia hija, y estaba dispuesto a amar y proteger siempre a aquel hermoso ser que había salvado.

En aquellos tiempos, de tan dulce recuerdo para Margarita, Javier no estaba loco, y ni a él ni a nadie se le había ocurrido que pudiera tener a un rey por padre.

Su madre vivía aún, hermosa, noble, buena, aunque siempre oprimida por una pena secreta, y el amor entrañable, absoluto, que a su hijo profesaba, engrandecía el alma del pobre joven que tan contrariado se sentía al verse condenado a ser un triste trabajador, él, cuya rica y hermosa fantasía abría a su ambición y su deseo tan vastos y dorados horizontes.

Mas antes que él era su madre, y por no contrariarla, olvidando que Italia, Flandes, América, habían abierto las puertas de la gloria a tantos españoles, aventureros como él, entusiastas como él, jóvenes, generosos y valientes como él, se resignaba a pasar su hermosa juventud sacrificado a un trabajo manual.

Cuando murió la madre de Javier contaba este ya treinta años, y doce la preciosa Margarita.

En los primeros días, participando la niña del dolor de Javier, ni siquiera pensó en consolarle; mas cuando a aquel agudo dolor tan natural y comprensible, sucedió aquella muda y sombría desesperación, aquel asombro, aquel aspecto de admiración, de duda, de profundo desconuelo, la niña, afligida y asustada, se sintió impotente para temprar un dolor cuya causa no comprendía.

Desde entonces Margarita, cuya alma privilegiada estaba dotada de tanta sensibilidad, reflexión y ternura como la de una mujer, sintió que su afecto hacia el que llamaba hermano adquiriría en su pecho una actividad y poder que embargaba todos sus sentidos y potencias.

Así nació, inspirado por el interés, la piedad y el reconocimiento, el amor ardiente, absoluto, ideal que la hermosa niña profesaba al loco, y que guardaba cuidadosamente en el fondo de su alma, cual un rico y codiciado tesoro.

Creyendo todos hermanos a ambos jóvenes, ni adivinar habían podido aquel amor que llenaba hasta rebozar el cándido pecho de Margarita; solo el loco, a pesar de su locura, o tal vez a causa de ella, había leído en el alma tierna e ingenua de la joven, y si se pudiera creer que un loco es capaz de amar, afirmaríamos que Javier correspondía al afecto de su bellísima protegida.

En realidad el protegido era él, en aquel entonces, y si no hubiera sido por la solicitud y cariño de la joven, su paradero fuera un hospital de dementes.

Con la muerte de la madre de Javier, perdieron una pensión vitalicia que ella gozaba como huérfana de un soldado, y sucediéndose a su muerte la locura de su hijo, dejó este de poder asistir a su oficio, y por lo tanto de ganar su modesto jornal.

La miseria asomó su faz horrible en la antes tranquila casa de la Cuesta de la Vega, y su vista heló de espanto a la niña Margarita.

Había ya llegado a su periodo álgido la locura o monomanía de Javier, y en tanto que la pobre niña temblaba el día en que agotados sus escasos recursos, tuvieran que implorar la caridad pública o dejarse morir de hambre, el loco, habitando espacios imaginarios, hacía las más pomposas descripciones de las grandezas y placeres que él creía poseer y disfrutar.

¡Cuánto sufría Margarita, al ser mudo testigo de estos delirios del loco!

No podríamos nosotros suficientemente ponderarlo, ni ella misma se creía capaz de tan ilimitado tormento.

La buena niña, a la que la madre de Javier había enseñado mil primorosas labores, quiso ayudarse con ellas para hacer menos precaria su situación y para poner a su hermano a cubierto de la miseria.

De este modo pasaron cinco años estos dos hermosos y desgraciados seres: él sumido en sus delirios de grandeza que le hacían no comprender ni sentir las tristes realidades de su mísera posición; ella, mecida en sus dulces ensueños de amor que la ayudaban a sobrellevar las penalidades que combatían su bella adolescencia; esa bella edad que todos vislumbramos vestida de nácar, grana y oro.

Al llegar Margarita a los diez y seis años, alcanzó tal brillo, atracción y encanto su juvenil hermosura, que la bella y modesta niña no podía salir a la calle sin verse asediada de importunos que solicitaban su amor.

Tan celosa ella de su virtud como del ardiente afecto que a Javier profesaba, temiendo que aquellas asechanzas, de las que no sabía cómo librarse, pues era demasiado niña y cándida para imponer respeto a sus admiradores, la pudiera acarrear algún peligro, determinó encerrarse en su casa, y no salir a la calle más que de noche, muy pobremente vestida y cubierta con el manto.

Así y todo, una mañana, antes de salir el sol, que volvía de oír misa en la parroquia de Santiago, la vio el conde de Frigiliana, y prendado tanto de su célica hermosura como de la bondad y pureza que reflejaba su lindo semblante, más por un sentimiento de interés y simpatía que de lascivia, la siguió, empeñándose hasta conseguirlo, en saber quién era y dónde vivía.

Margarita, a la que la edad y la noble presencia del conde habían inspirado desde luego más respeto que recelo, no tuvo reparo, sin franquearse del todo a él, en enterarle de su posición tan precaria como honesta, y el noble, tan admirado de su virtud, como dolido de su pobreza, le ofreció su protección, que Margarita aceptó sin dificultad; más que por ella, por el pobre loco, cuyas necesidades no alcanzaban a cubrir sus labores.

Desde aquel día el conde de Frigiliana visitaba con frecuencia la casa de la Cuesta de la Vega, sintiendo crecer su cariño, admiración y respeto por la hermosura de Margarita, cuya belleza y virtud le inspiraban un afecto extraño que él no sabía definir, mas que llenaba por completo su alma y su corazón, sin hacer intervenir a sus sentidos.

Margarita, por su parte, amaba y respetaba al conde, cuyo noble carácter sabía comprender y apreciar, y la estimación que le profesaba fue causa de que no tuviera reparo en ponerle en relaciones con Javier, cuya locura o monomanía le reveló, como sabemos, no pudiendo esperar de la lealtad del conde que abusara de aquel secreto para hacer representar a Javier un papel tan peligroso y comprometido.

Cuando tan de improviso vio al loco envuelto en aquella tenebrosa trama y se sintió sin fuerzas para arrancarle de ella, pues halagada su funesta locura por los respetos, aclamaciones y lisonjas de que se veía objeto, hubiera marchado derecho a la muerte, con tal de tocar el ideal, el sueño realizado de su monomanía, nada comparable al dolor que se apoderó del alma de la niña, que hubiera querido sufrir mil muertes antes que su amado Javier experimentara la menor humillación o dolor.

Sumida en amargas reflexiones, con la cabeza enterrada entre las rodillas, el pecho ahogado de sollozos y el rostro bañado en ardientes lágrimas, sintiendo dentro de sí una voz fatídica que le auguraba no volvería a ver a Javier, permaneció Margarita más de diez minutos presa de la mayor angustia y desconsuelo.

—Yo no debí dejarle marchar —dijo levantando la cabeza la afligida amante, y mostrando a la luz del quinqué su hermoso rostro empapado en lágrimas.

»No, no debí separarme de él, aun cuando el mundo entero se hubiera opuesto a que le acompañara.

»¿Qué será de él? Apenas hace diez minutos que partió de aquí, y mi pecho angustiado me ha atemorizado ya con más de cien muertes distintas, en castigo de su culpa.

»¡Su culpa!... ¿Tiene él culpa de estar loco? ¿La tiene tampoco de parecerse a un rey? ¿De ser quizá hijo suyo?...

»¡Ay! Nada de esto tendrán en consideración para castigarle por su delito de esta noche...

»¡Querer hacerse rey!... ¡Querer imponerse al pueblo y la grandeza!... ¡Querer reclamar los derechos que le da su nacimiento, cuando hasta ahora nadie sabía que era príncipe!...

»No, no es posible que quede sin castigo tan horrible conato, y mientras los verdaderos culpables quedarán impunes, el único inocente, el infeliz Javier será castigado.

Y pensando así la pobre niña, volvió a acrecentar su dolor y su llanto.

III

Perder la corona y recobrar la razón

Apenas Margarita, agitada de terribles presentimientos, había formado el propósito de salir a la calle en busca de Javier, sintió llamar suavemente a la puerta, y la voz de su hermano que decía muy bajito:

—¡Margarita! ¡Margarita!

—¡Su voz! —exclamó ella.

Y tirando apresurada del cordel de la puerta, tomó el quinqué, yendo a la escalera a alumbrarle.

Cerró Javier con tiento la puerta de la calle, y cruzando el portal con ligeros y precipitados pasos, subió corriendo la escalera.

Puso Margarita sobre la mesa el pesado quinqué, y vio entrar a Javier en la sala pálido, agitado, con el traje en desorden, sin capa ni sombrero y en la mano la espada desnuda.

—¡Javier!, ¡hermano mío! —exclamó la niña, arrojándose en sus brazos.

—¡Mi amada Margarita! —contestó él estrechándola con delirio en ellos.

Mirole con amor la joven, que no acababa de creer que estuviera allí sano y salvo, y reparó en una pequeña y sangrienta herida que tenía en la frente.

—¡Dios santo! ¡Sangre en tu frente! ¿Estás herido? —dijo llena de terror y susto.

—Sí —contestó Javier con voz dulce y sonriendo tiernamente a Margarita—. No temas... creo que no será nada. Una pedrada que me derribó del caballo... Me vi rodeado por todas partes y he perdido mi capa y mi sombrero... Solo conservé la espada, y con ella me abrí paso entre el populacho, que me quería asesinar.

Y hablando así Javier, con voz entera, con gesto tranquilo, con límpida y serena mirada, estrechaba con ternura entre las suyas las pequeñas y suaves manos de Margarita.

Oíale con delicia ella, y al verle tan reposado, tan cariñoso, tan cuerdo, decía interiormente:

«Hay más fijeza en sus miradas; más orden en sus discursos; más conciencia en sus acciones. Si este rudo choque, hiriendo fuertemente su débil razón, hubiera curado su locura...».

Y Javier, leyendo en sus ojos parte de su pensamiento, le preguntó:

—¿Qué piensas, Margarita?

—Pienso, Javier, que debo de estar dormida cuando te veo herido y no trato de curarte. —Y separándole el cabello de la frente y mirándole con interés, añadió—: Yo creo que esta herida no es peligrosa.

—No debe serlo —contestó sonriendo Javier—, y si tú la curas sanará prontamente.

—¡Dios lo quiera! —dijo con fervor Margarita. Y llevando a Javier hasta su asiento habitual, añadió—: Siéntate aquí, que voy a buscar con qué curarte.

Y se entró corriendo en su habitación.

Quedose solo Javier, y apoyando su herida cabeza en la palma de su hermosa y blanca mano, púsose a reflexionar profundamente en todos los acontecimientos de aquella noche, y en sí mismo, diciendo a media voz:

—Parece que despierto de un sueño... De un sueño largo y pesado, del que conservo todas las imágenes... ¿No soy yo Javier, el honrado joven que con su trabajo ayudaba a sostener a su buena madre y a la pequeña Margarita, recogida y prohijada por mí?... ¿No era mi madre mi único amor, mi única gloria, y mi mayor ambición aumentar con mi trabajo su bienestar y sus comodidades?... Murió mi madre, y me reveló un horrible, un triste secreto, que trastornó mi razón... Yo... yo era hijo... No... no más esta idea fatal que me ha quitado el juicio, arrastrándome a un abismo... Si jamás he de poder justificar mi origen, renunciemos a todos los sueños de ambición y de grandeza; quede en el más profundo misterio el secreto de mi madre, y renazcan para mí la paz, la tranquilidad y la esperanza... Sí, la esperanza; porque mi corazón no me engaña al revelarme la ternura de la hermosa Margarita, y porque hoy que siento renacer mi razón y mi juicio, comprendo que la amo tanto como ella a mí.

Y hablando así Javier, dejando correr su mente por un campo ilimitado de tranquilos y santos goces, de castas flores y perfumadas brisas, veía huir a lo lejos sus agitados sueños de ambición y de grandeza, como huye la parda bruma, cuando el sol se presenta en el horizonte.

A la fiebre de mando y de locura que momentos antes abrasaba su cabeza, sucedía una calma plácida y deleitable, que ensanchaba su oprimido pecho, daba elasticidad a sus nervios, tan tirantes y excitados, y templaba en sus venas el curso precipitado de su sangre.

Aquella locura, completamente anormal, producida por el rudo choque que debió sufrir su inteligencia al serle tan de improviso revelado que era hijo de uno de los reyes más grandes y poderosos de la Tierra, no podía ser curada más que por otra impresión no menos violenta, y el efecto prodigioso que le produjo al verse aclamado rey, el que de repente le abandonara su improvisada corte, y arrojado del caballo por una pedrada, lanzada sin duda por villana mano, se sintiera insultado y escarnecido por aquel mismo pueblo que momentos antes le aclamaba rey y que ahora quería matarle en medio del arroyo, volvieron la razón, la cordura y el juicio a su cabeza enferma.

Margarita, que tan amargamente había llorado el peligro cierto de Javier, al verle volver salvo, aunque herido, y con la razón al parecer recobrada, niña y amante abrió su corazón a las más risueñas y dulces esperanzas, creyendo haber visto arder en los hermosos ojos de su hermano adoptivo algo del oculto fuego que abrasaba su pecho.

Trémula y anhelante, bullendo en su mente los más hermosos pensamientos de amor y de ventura, tomó un pequeño canastillo con vendas, paños e hilas, que nunca faltan en una casa por pobre que sea, y preparando agua en una taza y en otra un bálsamo curativo, volvió al lado de Javier.

Detúvose a la puerta, observándole con tanto interés como cuidado, y diciendo entre sí:

«Ha recobrado la razón... sí, la ha recobrado. ¡Qué pensativo está! ¡Qué serenidad en su mirada! ¡Qué dulzura y majestad en su aspecto!... No en vano se cree descendiente de reyes... Él lo es, y lo será siempre de mi corazón».

Y acercándose a Javier con paso ligero y el rostro colorado por la emoción que embargaba su alma, le dijo con dulzura:

—Vamos, Javier, vamos a curar tu herida.

Alzó la cabeza él, y mirando con amor a Margarita, pensó:

«¡Qué hermosa es!...». Y viniendo una idea importuna a nublar su amoroso y radiante pensamiento, añadió: «Si apareciera su familia y quisiera arrancarla de mi lado...».

—¿En qué piensas? —le preguntó Margarita, al ver oscurecerse el brillo de sus ojos y empañarse su frente.

—Pienso en ti —le contestó Javier con amor.

—¿Y te entristece mi pensamiento? —repuso la niña con ingenuidad.

—Me entristece la idea de que no tengo ningún derecho a tu cariño —la contestó Javier, queriendo tomarle las manos.

Retrocedió un paso ella, trémula y ruborizada, y con hechicera modestia dijo:

—Déjame vendar tu herida.

Presentó Javier su hermosa frente a los cuidados de Margarita y esta principió a lavar con suavidad la parte dañada, separando la sangre que se había coagulado, con tanto tiento que el paciente no experimentó el más pequeño dolor a pesar de que la emoción hacía temblar las pequeñas manos de la joven.

—Tiemblan tus manos, Margarita —le dijo con ternura Javier.

—Es que temo lastimarte —contestó ella bajando los ojos.

—¡Lastimarme tú! —exclamó él—; no es posible. Aun cuando desgarraras mi pecho, sentiría placer en vez de dolor.

—¿Por qué me dices esas palabras? —interrogó llena de confusión la niña.

—¿Te ofendo con ellas?

—No... pero...

—Prosigue —insistió Javier, al notar que ella se interrumpía.

—Ahora no; déjame acabar de curarte.

«¡No me he engañado! —decía entre sí Javier, observando la profunda turbación de Margarita—. Ella me ama también».

La niña, silenciosa y ruborizada, después de lavar la herida, que sangraba aún, empapó una pequeña mecha de hilas en el bálsamo de que hemos hablado, y las aplicó a ella, poniendo encima un ligero cabezal que sujetó con una estrecha venda blanca, cubriendo esta a su vez con otra de seda negra.

Durante todas estas operaciones habían guardado ambos jóvenes profundo y amoroso silencio, revelando sus corazones, que tan cerca uno de otro latían, sus más recónditos sentimientos.

Las pequeñas y nacaradas manos de Margarita abrasaban con su ligero roce la frente de Javier, y cuando para rodear la venda a su cabeza se vio obligada la niña a acercar aquella cabeza tan hermosa y amada a su tierno y casto seno, el antes loco, y cuerdo ya, experimentó un éxtasis, una embriaguez tan deliciosa, que estuvo a punto de hacerle perder el sentido.

No poniéndole loco de nuevo, sino haciéndole desmayar de ventura.

Margarita, aunque con los ojos bajos y evitando fijarlos en Javier, leía todo lo que pasaba en el alma de este, sintiéndose tan feliz, que hubiera deseado durara un siglo el curar y vendar aquella herida, por la que tal vez volvió a entrar la razón en la cabeza de Javier, y que parecía haber sido agente del amor de ambos jóvenes.

Retirose un paso Margarita, apenas hizo el último nudo a la venda de seda, y dijo:

—Ahora retírate a reposar y quedarás del todo curado.

Y hablando así recogía en el canastillo todas las vendas y paños extendidos sobre la mesa en ademán de querer entrar a su habitación.

—Antes de eso quiero que hablemos unos instantes —la dijo Javier con tanta seriedad como ternura.

Guardó silencio ella, no sabiendo qué contestar, y tomándole él las manos y acercándola a sí, la dijo:

—¿Me quieres mucho, Margarita? —Y viendo que ella, temblorosa y ruborizada, bajaba los ojos sin contestar, añadió—: No, no tiembles, contéstame. ¿Me quieres mucho? ¿Me quieres tanto como yo a ti?

—Sí —murmuró casi imperceptiblemente Margarita.

—¡Gracias! —exclamó Javier, tan conmovido como su amada, y besando sus manos con respeto y ternura—. ¿Quieres sentarte y que hablemos un momento?

—Sí, Javier; yo quiero todo lo que quieras tú.

Y fue a sentarse trémula y ruborosa en su pequeño sitio.

Guardaron silencio unos instantes, ella esperando las palabras de Javier, él meditando sin duda en lo que iba a decir, y queriendo desde luego descubrirla todo su pensamiento, principió:

—Margarita, ¿quieres olvidar todos mis sueños de ambición y de locura, no ver en mí más que el bueno y honrado Javier de tus primeros años, y consentir en ser mi adorada esposa?

Calló el joven, esperando anheloso la respuesta de Margarita, y contestando esta como convenía a una proposición tan digna, tan franca, tan tierna, le dijo:

—Sí, Javier, quiero ser tu esposa, porque comprendo que me amas tanto como yo a ti, y porque a tu lado será mi vida como un cielo sin nubes.

—Pues bien, Margarita; una vez que consientes en unir tu existencia a la mía, es necesario que entre ambos busquemos los medios de proporcionárnosla tranquila y feliz.

—Para eso, Javier, es preciso que atiendas mis consejos —dijo Margarita, procurando con la dulzura de su acento deshacer el mal efecto que pudieran causar a su amado aquellas palabras, con las que parecía dar a entender que quería imponerle su voluntad.

—Tus consejos, querida Margarita, serán siempre mi guía, porque a pesar de tu corta edad, los veo dictados por el cariño y la prudencia —dijo Javier con sentido acento.

Y animada Margarita con sus palabras, prosiguió:

—Es preciso que olvides por completo quién fue tu padre, que salgamos para siempre de Madrid, donde por desgracia eres ya tan conocido, y que no vuelvan a saber de ti los que quisieron hacer bandera de partido con tu nombre.

Quedose pensativo Javier, y suspirando tristemente, dijo:

—Si alguna vez y por alguna causa siento no poseer el trono con que tanto he soñado, será por no poder sentarte en él, Margarita.

—Yo no deseo más trono que el que me ofrece tu corazón —le contestó con amor la joven—; y sufriría mucho si por causa mía echabas de menos esa soñada grandeza.

—No, no la echo de menos. Lamento solo no poder ofrecerte nada más que este corazón en que absoluta reinas.

—¿Tengo yo tampoco nada que ofrecerte más que el mío?

—¿Quién sabe? —dijo con tristeza Javier. Y como Margarita le mirara con curiosidad y asombro, cual si anhelara la explicación de aquellas palabras, añadió—: Desde que he vuelto en

mí, y las realidades de la vida han desvanecido mis delirios, no ceso de pensar que puede parecer tu familia y arrancarte de mi lado.

—¿Con qué derecho? —dijo con entereza la joven—. Si ella me abandonó y tú me recogiste, salvándome de una muerte cierta, más te debo a ti que a ella, y siendo tu esposa no habrá poder humano que sea bastante a separarme de ti.

—¡Margarita mía! —dijo Javier lleno de entusiasmo—; oyendo y viendo las palabras de tu amor, el mundo parece que se renueva a mis ojos y me siento, a pesar de mi pobreza, a pesar de mi ignorancia, capaz de desafiar el porvenir. Pero óyeme, amada mía —añadió—; si tu familia aparece, si es tan opulenta como manifestaban las ricas pieles que vestías cuando yo te hallé, ¿no te lamentarás tú al verte unida a un pobre trabajador como yo?

—Aun cuando la ambición me cegara, aun cuando tu amor no fuera el sentimiento más íntimo de mi corazón, aquel que hace palidecer a todos los otros, las tristes consecuencias que para ti ha tenido el descubrimiento o revelación de tu origen me haría a mí siempre rehusar saber el mío.

—¿Y te crees capaz de sacrificar a mi amor todas las ventajas que pudiera darte tu nacimiento?

—¿Has descubierto algo, cuando tanto insistes sobre este asunto?

—Nada —contestó con voz grave Javier—. Te hablo así porque no puedo ofrecerte una posición brillante, y quiero tener la certeza de que mi amor te hará tan feliz en la pobreza que no echés de menos ninguna clase de ventura.

—Tan feliz o tan felices, que nos tendrían envidia los poderosos de la Tierra, si pudieran adivinar nuestra dicha.

—Pues bien, amada mía, olvidemos, yo, que he tenido a un rey por padre; tú, que quizás es algún grande el tuyo, y vivamos solo para nosotros mismos, embriagados en nuestro amor y nuestra ternura, y embelleciendo nuestra existencia con los goces íntimos que proporciona una unión feliz.

—Dices bien, Javier. Mañana partiremos de aquí, y en cualquier hermoso rincón de España pasaremos felices y contentos nuestra vida, llevando, como llevamos con nosotros, todos los elementos para satisfacer y contentar nuestra ambición y nuestros deseos. Ahora es preciso —añadió reflexionando la amante y solicita joven— que nadie sospeche que te hallas aquí, y que sea yo la que todo lo prevenga para nuestra partida. ¿Quieres?

—Quiero lo que tú quieras, porque no he olvidado que has sido y sigues siendo mi ángel custodio.

—Pues no te ocupes de nada más que de tu herida, y hasta que estemos en seguridad, déjame ejercer el cargo de jefe de la casa —dijo Margarita sonriendo hechiceramente.

—Y siempre, si lo deseas —le contestó Javier.

—No, siempre no —contestó con gracia ella—; a mí me gusta más obedecer que mandar, y tú eres y has sido siempre mi señor.

—Y tu esclavo —dijo con pasión Javier, seducido por tanta ternura, tanto amor y tanta gracia.

Y dejando su asiento, postrose ante Margarita, besando con pasión sus manos.

Así ambos jóvenes, embriagados en sus delirios de amor, y perdidas sus almas en los ilimitados espacios de felicidad infinita que su unión les brindaba, olvidábanse por completo de su presente, tan triste como peligroso, de que Javier podía ser de un momento a otro encarcelado, y su porvenir tan funesto como placentero y radiante se lo mentían su juventud y su amor.

Mas cuando dos amantes tortolillas se están besando dulcemente en la verde y cimbradora rama de un árbol, entre cuya frondosa copa proyectan fabricar su amante nido, ¿piensan acaso en el bárbaro cazador cuyo certero tiro derriba a la una muerta y hace gemir a la otra en eterna viudez?

Si la ilusión y la esperanza no nos hicieran olvidar las tristes realidades del presente, brindándonos un porvenir de gloria y de ventura, ¿quién soportaría ni un solo instante las terribles angustias, las dudas y sobresaltos, las penalidades y dolores que amargan nuestra pobre existencia?

La felicidad suprema del corazón humano ofrecéenos siempre en lontananza, y cuando ya no hallamos posible su realización en esta vida, la trasladamos más allá de la tumba.

De esa tumba misteriosa y sombría, cuya entrada tanto nos aterra, y cuya salida aún no hemos podido hallar.

Llamaron a la puerta con recios golpes, y el corazón de Margarita, y aun el de Javier, llenáronse de susto y sobresalto.

—¿Quién será, Dios mío? —dijo toda angustiada la pobre niña—. Vendrán a buscarte, y si registran la casa te hallarán.

Y hablando así, Margarita había sujetado por el brazo a Javier, llevándole a su misma habitación, cual si en ella le creyera más oculto que en la de él.

—No te asustes hasta saber lo que es —le decía con amor Javier, procurando serenarla—. Y haz según veas.

—Yo ocultaré que has vuelto si preguntan por ti, y haré por averiguar lo que hay y el peligro que puedes correr.

—Si tardas en abrir sospecharán —dijo Javier precipitadamente, entrándose en la habitación de la joven—. Modera tu agitación y recibe con afabilidad al que se presente.

—No salgas tú, a no ser que yo te llame por tu nombre.

—Está bien.

Entrose Javier en el cuarto de Margarita, cuya puerta cerró esta tras él, y tirando del cordel que abría la de la calle, y volviéndose a sentar en su sitial, tomó la labor, consiguiendo por el gran exceso de terror que la embargaba hacer cesar el temblor de sus manos, la agitación de su pecho, los suspiros de sus labios, el brillo febril de su mirada, la palidez y angustia de su semblante, poniéndose a trabajar con aquel aspecto de recogimiento, bondad y melancolía que hallamos en ella cuando en el principio de esta noche memorable la dimos a conocer a nuestros lectores.

IV

O muerto o vivo

El que llamaba con sus acostumbrados e irrespetuosos porrazos era nuestro amigo Sanchón, el palafrenero del conde de Frigiliana, que entrando en la sala con su habitual franqueza y girando en torno de ella una mirada investigadora dijo:

—Alabado sea Dios.

—Bien venido —contestó Margarita con acento tranquilo y sin separar sus ojos del bordado.

—Pues no está aquí —dijo Sanchón comenzando sus apartes y soliloquios—. ¿Si lo habrán matado aquellos desalmados?... —añadió pensativo—. ¡Menuda chusma se juntó a la proclamación del tal rey! ¡Válgame Dios, en sola una noche qué trajín y qué altos y bajos!...

Observábale disimuladamente Margarita, no atreviéndose a interrogarle, porque creía más prudente que fuera él quien se explicara, y sintiendo en su pecho como un asomo de esperanza al leer en las rudas y francas facciones del palafrenero, incapaces de ocultar su pensamiento, que al no ver a Javier, dudaba que hubiera vuelto.

—¿Conque no cuajó lo del hermano? —se decidió por fin a decir Sanchón, al ver la calma de la joven, y no permitiéndole su rudeza adivinar la desecha tormenta que ocultaba.

—No os entiendo —dijo con voz cortada Margarita.

—Digo que el mozo que salió de aquí para ser rey perdió la corona en el camino —repuso Sanchón con la ruda franqueza propia de su clase.

—¿Cómo? —interrogó la joven afectando curiosidad y asombro.

—Qué, ¿no sabes lo que ha pasado? Yo creía que te lo hubiera contado tu hermano.

—¿Javier? —dijo ella con disimulo y quedándose siempre en expectativa.

—Sí, Javier; el príncipe de mojiganga —dijo con burla Sanchón, que por lo visto había por completo perdido el escaso respeto que siempre le inspiró el improvisado candidato al trono de España.

—Si no le he visto —dijo Margarita con la voz ligeramente agitada al proferir esta mentira.

—¿Que no le has visto? —interrogó con interés el palafrenero.

—Desde que salió de aquí con vuestro amo no le he vuelto a ver.

Y mintiendo así la joven, pensaba que Dios la perdonaría, pues sus mentiras podían salvar a Javier.

«¡Ahora sí que será el diablo si el mozo no parece!», dijo entre sí Sanchón con aspecto sombrío. «Mi amo dice», añadió, «que pagará él con la cabeza si no se halla... ¡En buen berenjenal estamos metidos!».

Y pensando así Sanchón, se rascaba la mollera con sus uñas anchas y aplastadas.

Dejábale meditar Margarita, aun cuando estaba anhelosa de verle partir, y él, con la torpe diplomacia de las personas que calzan sus puntos de inteligencia, volvió a interrogar a la niña.

—¿Conque no ha vuelto tu hermano?

—No, no ha vuelto —contestó con firmeza Margarita.

—Lo siento, porque le traía una buena nueva —dijo con cándida malicia el palafrenero.

Sonriose a su pesar la joven de las finas argucias del sagaz mensajero que le enviaban, y dijo levantando la cabeza:

—Pero ¿qué ha pasado?

—Toma, ¿qué había de pasar? —dijo con prosopopeya Sanchón, que se pagaba mucho de su agudeza—, lo que yo me tenía calado. —Y adelantándose en la habitación y tomando una actitud adecuada al largo discurso que iba a pronunciar, principió a decir con voz pausada a Margarita, que le escuchaba atentamente—: Apenas salimos a la calle y Javier montó el caballo que le teníamos dispuesto... —e interrumpiéndose, dijo como haciendo un paréntesis—: ¡Buen caballo! A fe mía; el mejor de las caballerizas de mi amo. ¡Y buen jinete! eso sí, porque el mozo parecía de veras un príncipe. —Y cerrando el aparte o paréntesis prosiguió—: Nos seguía una inmensa multitud aclamando y vitoreando al nuevo rey, cuando un pillete, sin duda de estos barrios, se puso a gritar—: «¡Calla! ¡Si es Javier, el tonto de la Cuesta de la Vega, el que nos quieren poner por rey!».

»Pues, señor, aquí fue Troya.

»Las aclamaciones se convirtieron entonces en pullas y carcajadas; los vítores en pedradas y en silbidos.

»Los señores de la grandeza que acompañaban a Javier escaparon cada uno por donde pudo, llamándose andana.

»Martín Pérez, que estaba algo escamado porque había descubierto la locura del mozo, se fue con los suyos.

»Y yo, que temía perder el caballo, que es la mejor alhaja de las cuadras del conde, no me atrevía a separarme de él.

»Javier seguía impávido, cuando una pedrada en la cabeza le arrojó al suelo, y yo, agarrando al potro de la brida, me fui con él, dejando a nuestro rey en el lodo.

Respiraba tan grosera bestialidad, tan ingenua y busca franqueza el discurso de Sanchón, y con tan fuerte colorido pintaba el esperado desenlace de aquella intentona, y el egoísmo y vileza de los que habían comprometido en ella al pobre Javier, valiéndose de su locura y abandonándole cobardemente en el peligro, que Margarita, sin poder contenerse, con el rostro lleno de indignación y cubierto de lágrimas, exclamó con voz entrecortada:

—¡Infames! ¡Cobardes! ¡Ah! ¡Pobre Javier!

Oyó Sanchón en silencio los duros apóstrofes de la joven, que tanto le comprendían a él como a los otros, y dejándolos pasar desapercibidos, dijo con voz sentenciosa:

—Conque si el mozo no ha venido a tu presencia, según dices, es señal que lo ha matado aquella chusma.

Y al pronunciar estas consoladoras frases, las rudas facciones del palafrenero reflejaban la más perfecta tranquilidad.

—No, no ha venido —dijo Margarita habiendo conseguido vencer su indignación.

—Pues voy a decírselo a mi amo —repuso Sanchón. Y dirigiéndose a la escalera, añadió—: Buenas noches, doncella, y consolarse.

Apenas cerró Sanchón la puerta de la calle y el eco de sus pisadas se perdió en el espacio,

corrió Margarita a la habitación donde se hallaba Javier, y entrando precipitadamente, le dijo con voz angustiada y trémula:

—Javier, Javier, ¿has oído?

—¿Qué sucede? —preguntó él saliéndola al encuentro.

—Que te buscan... que es necesario huir ahora mismo.

—Bien, Margarita, huiremos; pero cálmate, por Dios. Tu dolor, tu angustia, me roban el valor y la calma.

—Sí... yo... yo me serenaré, pero vámonos de aquí al momento.

—¿Qué ha pasado? Yo no he podido oír más que la voz bronca de un hombre que hablaba al parecer de mí.

—Era Sanchón, el palafrenero del conde de Frigiliana, que venía a saber si te hallabas aquí.

—¿Qué le has dicho?

—Que no te había vuelto a ver desde que te fuiste con ellos.

—¿Y lo ha creído?

—Sí, me parece que sí, porque ellos se figuran que te han asesinado.

—Nada tiene de extraño que se lo figuren —dijo Javier frunciendo terriblemente las cejas al recordar cuán vilmente fue abandonado por los que le acompañaban.

Comprendió su pensamiento Margarita, y con voz llena de indignación, dijo:

—¡Cobardes! —Mas recordando lo apremiante de las circunstancias y el peligro cierto de Javier, se interrumpió, añadiendo—: Quizá quieran hacerte desaparecer, y es preciso que nos marchemos esta misma noche.

—No temas, Margarita —dijo Javier con acento tranquilo y procurando infundir valor a la joven—. Ya no soy el pobre loco a quien sedujeron con pomposas ofertas. Al perder mis delirios de príncipe, he recobrado mi dignidad de hombre, y con ella sabré defenderme de sus asechanzas.

—¿Y si creyendo un peligro para ellos tu existencia quisieran hacerte desaparecer, quitándote la vida o sumiéndote en una prisión?

—Es verdad —contestó Javier pensativo—. No sería el primero que pagara con la cabeza una hora de falso reinado.

—Pues bien, Javier —repuso con precipitación y angustia Margarita—, recojamos apresuradamente lo poco que poseemos y lo poco que podemos llevarnos, y vámonos de aquí sin perder un momento.

—Lo que tú dispongas, esposa mía —dijo con ternura Javier—. Tú me amas, y mi vida te pertenece.

—Si tú murieras —repuso la joven fijando en Javier una mirada de infinita ternura—, también moriría yo. Al salvar tu vida, salvas la de tu Margarita.

—Pues salvémoslas ambas —contestó con amor el joven.

Y los dos a la par principiaron a recoger aquellas ropas y efectos más preciosos y que pudieran ser fácilmente transportados.

Entre ellos pusieron aparte un precioso cofrecillo de madera de las Indias, cuya vista hizo palidecer ligeramente a Javier, y arrancó un suspiro a Margarita.

—¡El cofrecillo de mi madre! —dijo con voz conmovida el joven.

—Llévemosle también —añadió Margarita, envolviéndolo cuidadosamente en una pieza de

ropa—. Si se quedará aquí y fuera hallado, jamás dejarían de perseguirte.

—Él encierra las pruebas de mi origen —dijo con tristeza Javier—. Pruebas sin valor ante un tribunal, pero que no dejan la menor duda, después de leídas, sobre quién fue el hombre que me dio el ser.

—¡No te entristezcas, por Dios! —exclamó con ternura Margarita al ver las nubes que oscurecían la frente de Javier. ¿No decías hace un momento que por mí darías un mundo si lo tuvieras?

—Y lo repito ahora, hermosa mía, y te pido perdón si te ha ofendido mi dolor al contemplar ese cofrecillo... No era por mí, créeme, por quien sufría, era por mi buena madre.

Volieron a llamar a la puerta, y ambos jóvenes se miraron turbados e indecisos.

—¡Han llamado! —dijo con terror Margarita.

—Y es necesario abrir —añadió Javier—. Si no abrimos forzarán la puerta, y nos es imposible huir u ocultarnos.

—¿Qué hacemos?

—Abrir al momento para que no sospechen, y si es algún otro emisario del conde seguir afirmando que no he vuelto. Yo me quedo aquí en observación.

Y al hablar así Javier, con esa serenidad que presta un gran peligro, en el que solo queda una probabilidad de salvarse entre mil de perderse, empujó ligeramente a Margarita hacia la sala, y tirando de la puerta de la habitación, se quedó oculto detrás de ella.

Afortunadamente nada había en la sala que revelara la fuga que estaban proyectando, y revistiéndose a su vez de serenidad y de valor la tierna niña, abrió la puerta, saliendo a la escalera a alumbrar al que subía.

El conde de Frigiliana, que era el más comprometido en los acontecimientos de aquella noche, al mandar a Sanchón a adquirir noticias de Javier, se había quedado cerca de allí aguardándole, y al recibir el recado de que el loco no aparecía, decidió presentarse él mismo en su casa, tanto por si volvía a ella cuanto por ver si podía apoderarse de las pruebas de su origen para hacerlas desaparecer.

Él era, pues, el que alumbrado por Margarita, subía pausadamente la estrecha escalera de la casa, teatro aquella noche de tan variados hechos.

Entró, y saludando a la joven con su cortesanía y respeto acostumbrados, la preguntó con dulzura:

—¿No ha venido tu hermano, hija mía?

—No, señor, no ha venido aún —contestó con sencillez Margarita.

—Es extraño —murmuró el conde—, porque no se le encuentra por parte alguna.

«Ni su cadáver», añadió entre sí, «con lo cual saldría yo de sustos».

Margarita, silenciosa y llena de recelo, apenas podía conservar su serenidad aparente.

—Sabes lo que ha pasado, ¿verdad? —la preguntó el conde queriendo ir a su asunto.

—Sí, señor —contestó ella—. Sanchón, vuestro criado, me lo ha contado todo.

Guardó silencio un momento el conde, y después principió a decir a Margarita en voz baja y con acento confidencial:

—D. Carlos II ha dejado por heredero de la corona de España al duque de Anjou, que es ya Felipe V, y la vida de Javier correría grave riesgo si dieran con él los del Consejo de Regencia. Por eso yo, que tanto me intereso por vosotros, quisiera saber su paradero para ponerlo en salvo.

«No lo creo», dijo entre sí Margarita, que a su pesar principiaba a desconfiar de la buena fe que siempre creyó hallar en el conde.

—Tú, hija mía, que conoces la locura de tu hermano, puedes decirnos dónde se habrá ocultado.

—Yo no puedo decirnos nada, señor conde, porque nada sé —contestó la joven con tristeza—. Si Javier no aparece, será... —Y no atreviéndose a formular la terrible frase, por más que estuviera segura de la existencia del joven, se interrumpió, exhalando un hondo suspiro.

—No te aflijas, hija mía —dijo el conde aproximándose a ella con aspecto cariñoso y paternal—. Esa desgracia, si hubiera sucedido, sería un bien para todos.

Y como viera que Margarita sin pronunciar una palabra lloraba en silencio, con su hermosa frente inclinada a la tierra, llanto verdadero que arrancaba al corazón de la amante niña el peligro cierto de Javier, siguió diciendo el conde:

—Ya es público en Madrid que Javier era hijo de Felipe IV y su existencia inspiraría recelos a la nueva dinastía que viene a reinar España, y que no dejaría de perseguirle nunca.

»Ahora, para ponernos a cubierto todos nosotros, es preciso que me entregues cuantos documentos conserve Javier relativos a su nacimiento, para que haciendo que desaparezcan, quedemos fuera de peligro.

«Si me niego», pensó juiciosamente Margarita, «va a sospechar. Consultaré con Javier, y él me dirá lo que he de hacer».

Y dirigiendo la palabra al conde, dijo:

—Yo no sé si existen esos documentos; pero os entregaré todos los que encuentre.

—Sí, hazlo, hija mía. También yo prometo asegurar tu porvenir y no abandonarte nunca.

—Gracias, señor —dijo ella.

Y entrándose en el cuarto donde se hallaba Javier, cerró tras sí la puerta.

Principió a pasearse el conde, cabizbajo y pensativo, por la humilde y casi desmantelada sala, haciéndose a sí mismo las siguientes reflexiones, cual si quisiera hallar disculpa en el tribunal de su conciencia para sus desaciertos de aquella noche:

«Temiendo que la muerte de D. Carlos II traería a España graves complicaciones, y sobre todo la desmembración, apelamos al peligroso recurso de presentar como candidato al trono a este loco, que se dice ser hijo de Felipe IV.

»D. Carlos II nombra su heredero, atendiendo a su mayor derecho, al duque de Anjou, hijo segundo del Delfín, previniendo en su testamento, tanto la desmembración del reino, como el que las dos coronas de Francia y España lleguen jamás a reunirse.

»Estas sabias bases han sido, según dicen, aprobadas de antemano por Luis XIV, y ellas evitan parte de los peligros que para España temíamos.

»Ante esta solución sería locura presentar otra alguna, y es necesario hacer desaparecer hasta el más pequeño rastro de la intentona de esta noche.

»Si Javier es efectivamente hijo de Felipe IV, hay que destruir cuantos documentos lo acrediten, y a él, si vive, o desterrarlo para siempre de España, o encerrarlo en una casa de locos».

En tanto que el conde se entregaba a estos pensamientos, un sí es no es crueles y egoístas, pese a su bondad e hidalguía, había entrado, como dijimos, Margarita en la habitación de Javier, diciéndole con voz apenas perceptible:

—¿Has oído?

—Todo.

—¿Qué hacemos?

—Entregar al conde el cofrecillo de mi madre.

—¿Y te vas a privar de esos papeles tan importantes para ti?

—¿No has dicho que me amas y que mi amor es tu vida?

—Sí.

—¿No me has dicho que si yo muero, morirías tú también?

—¡Ah! Eso sí.

—¿Y quieres que dude en asegurar mi amor y tu existencia? —la dijo Javier con ternura infinita.

—¡Esposo mío! —exclamó con delirio ella, enlazando sus hermosos brazos al cuello de Javier, que tuvo que plegar su elevada estatura para recibir aquella amante caricia.

Y besando tiernamente la frente de Margarita, murmuró en su oído:

—Ve, ve, esposa mía, lleva el cofrecillo al conde, que al momento que él se marche, nos marcharemos también nosotros para no volver más aquí.

Fue a buscar Margarita el cofrecillo al lugar donde momentos antes lo había ocultado, y dirigiendo a Javier una mirada de amor y de gratitud, con la que le revelaba que comprendía el inmenso sacrificio que hacía por ella, volvió a la sala, donde esperaba el conde entregado a sus pensamientos, quedándose Javier como anteriormente oculto, y observando detrás de la puerta de la habitación.

—Aquí tenéis este cofrecillo —dijo Margarita al conde—, que es lo único, entre todo nuestro pobre ajuar, que me ha parecido podrá encerrar algún documento importante.

Y hablando así, ponía sobre la mesa, enfrente del quinqué, el cofrecillo depositario de los secretos de la madre de Javier.

El cofre, como hemos dicho, era de madera de las Indias, y se abría apretando simplemente un botón que hacía saltar la tapa.

—Eres un ángel, hija mía —dijo el conde a Margarita—, y Dios te premiará poniendo a cubierto la vida de tu hermano.

—Así lo espero —dijo con modestia la joven, en tanto que su corazón latía de amor y de esperanza.

Sentose el conde en el asiento de Javier, examinando atentamente el cofrecillo, que era asaz modesto para acusar augustas procedencias, y haciendo saltar la tapa, principió a sacar los innumerables y variados papeles y documentos que contenía.

Eran los primeros cartas y apuntaciones, sin orden ninguno de fecha ni numeración.

Los segundos, distintas fes de bautismo, casamiento y defunción, en debida forma legalizados, y una antigua ejecutoria de nobleza.

No pudiendo discernir el conde qué relación podrían tener aquellos papeles con las pruebas que buscaba, y no queriendo destruirlos a ciegas, los ordenó lo mejor que pudo, y se dispuso a leerlos.

Adivinando su intención Margarita, e impaciente por ver marchar al conde y poder ella poner en salvo a Javier, le dijo:

—No dudéis en destruir todos esos papeles, si creéis que puede sernos su existencia peligrosa.

—No me atrevo sin haberlos leído —contestó con gravedad el conde—, porque hasta ahora nada he hallado entre ellos que se parezca a lo que busco.

Hizo un gesto de dolor e impaciencia Margarita, y lanzando una furtiva mirada a la puerta que ocultaba a Javier, sentose en su sitial resignada a aquella inesperada dilación.

El conde, por su parte, reunió todos los papeles, separando de ellos los documentos de que hemos hablado y que inspeccionó previamente, poniéndose a leerlos con profunda atención, y la relación concreta de los hechos que revelaban es lo que nuestros lectores podrán ver en el capítulo siguiente.

V

El último amor de Felipe IV

Leonor, la madre de Javier, era a principios del año 1665 una hermosa, activa y gallarda mujer, que contaba ya más de cinco lustros, y que no había amado ni sido amada nunca.

Su padre, que era un hidalgo pobre de Castilla la Vieja, había sido soldado en Flandes y en Italia, sin que su acreditado valor, su pundonor castellano, le sirviesen para adelantar ni un paso en su carrera, obteniendo por única recompensa, después de treinta años de servicio, el ser agregado a la guardia flamenca de la real persona de S. M. el rey D. Felipe IV.

La altivez de carácter del noble castellano, que le impedía adular a los grandes como en todos tiempos, en todas jerarquías y en todas posiciones quieren estos ser adulados, era el mayor obstáculo opuesto a su acrecentamiento y en el que venían a estrellarse su valor, su pericia en las armas y su sin igual arrojo.

Habíase casado muy joven con una hermosa paisana suya, y su continuada ausencia la mantuvo casi siempre en triste estado de viudez forzosa, lamentando su destino, que la obligaba a vivir separada de su amado esposo.

Su larga unión tuvo por único fruto a la hermosa y desventurada Leonor.

Una prueba innegable de la virtud de las españolas, de su castidad y pureza es, y ha sido, la despoblación de España, cuando los varones de esta nación valiente, repartidos en su totalidad casi, en Italia, Flandes, el Nuevo Mundo, las dejaron en triste soledad, viudez y abandono, y ellas, que necesitan amar para dar su amor a un hombre, prefirieron una forzosa esterilidad, a dotar a su patria de hijos espurios.

Cuando más se probó esta honestidad o altivez de las españolas fue cuando en la gloriosa Guerra de la Independencia sufrió seis años España la invasión de dos ejércitos extranjeros.

La estancia en nuestra tierra de más de trescientos mil extranjeros no ha dejado en ella huella visible.

Por eso la poderosa nación española, que en tiempo de los Reyes Católicos alcanzaba una población muy superior a la que hoy cuenta, viola mermada casi en la mitad al extinguirse la casa de Austria, y aun cuando a ello contribuyera la expulsión de los moriscos y judíos, la principal causa fue, como dejamos observado, la virtud de sus mujeres.

Cuando el padre de Leonor, que contaba más de cincuenta años, fue agregado a la guardia flamenca, hacía más de diez que había muerto su esposa y contaba más de veinte su única hija.

Trájosela a Madrid el hidalgo, y comprando con sus escasos ahorrillos la humilde casa de la Cuesta de la Vega, instaláronse en ella padre e hija.

La joven, que estaba dotada de una belleza enteramente dominadora y soberana, poseía al par que la entereza y altivez de carácter un tanto quisquillosa que distinguían al soldado hidalgo, la fuerza de pasión, la virtud y pureza que hacían de su madre un ser casi ideal.

Porque las mujeres españolas son casi las únicas de la Tierra que saben hacer compatibles con un corazón apasionado y ardiente, con una ternura infinita, con una fuerza de sentimiento ilimitada, la más acrisolada virtud, la pureza más inmaculada.

En nuestra Península, al contrario de lo que suele suceder en otros pueblos, la pasión es la mejor garantía de la virtud, y las mujeres dotadas de alma ardiente son, o las más puras, si no aman, o las más fieles si aman y son correspondidas.

Entre nosotros, primero se pervierte una mujer de temperamento frío, y cede a las seducciones del placer o del dinero, que otra dotada de pasiones vehementes; porque en tanto que la primera traspasa fácilmente la valla que separa el deleite del vicio, la segunda no se rinde nunca más que al amor, el único capaz de avasallar su alma.

Si unimos a esto esa escrupulosa idea del honor, tan inculcada en nuestras mujeres españolas, comprenderemos que existan en nuestra patria modelos de virtud, pundonor y ternura enteramente exóticos, y más que exóticos, inconcebibles en otros países.

Creemos que nuestros lectores nos dispensarán esta pequeña digresión en loor de nuestras hermosas y altivas compatriotas; y si algún incrédulo acostumbrado a habitar únicamente en los grandes centros, donde la corrupción y la venalidad son tan comunes, se ríe de nuestra candidez, le diremos que si hubiera estudiado con tanta imparcialidad y atención como nosotros a la mujer española en su estado normal, y permítasenos la frase, abundaría en nuestro juicio.

Todo esto que dejamos dicho nos ha sido inspirado por el carácter, la hermosura, la ternura y la virtud de Leonor, la hija del hidalgo castellano, que queremos dar a conocer a nuestros lectores, y que, como dejamos apuntado, contaba veintiséis años en el de 1665.

Leonor, que había ya alcanzado su completo desarrollo físico y la amplitud de formas perfectamente modeladas, que pudiéramos admirar en una hermosa estatua de Juno, tenía la tez pálida y ligeramente trigueña, con ese singular colorido que solo sabe dar el sol de España, y que tanta pasión presta al semblante.

Su gallarda estatura, la esbeltez de su talle y la majestad y nobleza de su andar, denunciaban tanto su hidalguía, como su origen castellano.

Sus facciones, altivas y finas, estaban revestidas de una suave expresión melancólica, que aumentaba su interesante encanto.

Sus ojos negros, de brillantes y dilatadas pupilas, estaban adornados de gruesas y negras pestañas, que hacían irresistible el amante fuego que destellaban, formando grato contraste con la tierna palidez de sus mejillas.

Su frente, despejada, altiva y radiante como la de una reina, y en cuya superficie tersa y trasparente cual la de un tranquilo y cristalino lago, ni el amor, ni el dolor, ni el goce hubiera dejado la más imperceptible huella que pudiera alterar su pureza, estaba adornada de cejas finas, negras y brillantes, que se arqueaban graciosamente sobre sus fúlgidos ojos.

Denunciaban también su ascendencia castellana sus hermosos cabellos, que oscuros, profusos y largos, no alcanzaban el negro intenso y azabachado que tanto admiramos en las andaluzas.

Las gruesas trenzas que adornaban la hermosa cabeza de Leonor, cuyos cabellos ligeramente ondulados adquirían a veces reflejos metálicos, realzaban la belleza de su semblante.

Su boca encendida, de corte severo y púdico, y cuyos labios se plegaban con tanta altivez como modestia, neutralizaba con su cándida y dulce sonrisa todo el fuego que ardía en sus negros ojos.

Porque si los ojos no saben ocultar siempre la pasión que arde en el alma y que ellos

indiscretamente revelan, la boca, sobre todo en las mujeres, es la llave del corazón, y los labios que no han sido abrasados por el hálito ardiente de un suspiro amoroso, conservan el corte gracioso y púdico, la inmaculada tersura y brillo, el tierno colorido del entreabierto cogollo de una rosa de mayo.

Su nariz fina y un tanto aguileña, su pequeña barba y los delicados contornos de sus tersas mejillas, daban a su semblante una expresión altiva y digna, que inspiraba simpatía y respeto.

Un indiscreto y pequeño lunar, tan gracioso como atractivo, colocado coquetamente al extremo izquierdo de su pequeña boca, quitaba a esta parte de su severa expresión y hacía resaltar más el encanto de su pálida tez.

Su garganta, solo comparable por su morbidez, por sus delicados contornos, por el brillo sin transparencia de la piel trigüeña que la revestía, a una hermosa columna de mármol, sostenía majestuosa y siempre erguida su hermosa cabeza, arrancando de sus redondos hombros y pulida espalda, y dejando adivinar los contornos de su virgíneo seno.

Sus hermosos y redondos brazos, sus manos finas y adornadas de graciosos hoyuelos, su pie pequeño, y el conjunto de su acabado busto, hacían de aquella mujer un tipo admirable de gallardía, de belleza, de gracia y morbidez de formas.

Y si unimos a esta soberana belleza un alma altiva y noble, un corazón lleno de bondad y ternura, un carácter digno y elevado y una inteligencia recta y despejada, a pesar de sus escasas luces, tendremos, aunque mal bosquejado, el retrato fiel de la madre del loco.

El rey Felipe IV, que veía ya cerca de su ocaso el grandioso sol que alumbró a España en los diferentes reinados de sus tres antecesores; que se halló impotente para contrarrestar los males que habían acarreado a la patria la desmedida ambición de Carlos I, el fanático despotismo de Felipe II y la debilidad de carácter de su padre Felipe III; Felipe IV, decimos, que fue quizá el único rey verdaderamente español de la casa de Austria, vio desmoronarse bajo su gobierno, amenazando inminente ruina, el vasto edificio levantado por sus abuelos sobre tan falsas bases como son la opresión, la injusticia y la tiranía; y la historia, no siempre acertada e imparcial, suele acusarle de los males que otros habían preparado, porque bajo su gobierno principiaron a dar sus amargos frutos.

España, bajo el reinado de Felipe IV, era aún el gran coloso que en sus robustos brazos sostuviera dos mundos, y cuyo poder, extendiéndose de Oriente a Occidente, dominaba las dos terceras partes de la Tierra.

Mas este coloso, herido en mil encuentros, sentíase debilitar gradualmente, y en el reinado de este monarca, refluyendo a la cabeza y al corazón la sangre que ya faltaba a sus extremidades, levantose radiante y poderoso, deslumbrando al mundo con la gloria de sus artes y sus letras, como le había deslumbrado el siglo anterior con la de sus armas.

Porque el reinado de Felipe IV, tan calumniado por los historiadores, sobre todo por los extranjeros, fue para España la época de más esplendor literario; de un esplendor que jamás volverá a lucir en nuestro suelo, que ninguna otra nación de Europa consiguió igualar.

La gran nación, que sentía acercarse su decadencia, quiso dejar al mundo un recuerdo indeleble de su poder, y reuniendo en un puñado de años, y cual si brotaran de las piedras, los genios más privilegiados en las artes, en las letras, en las ciencias, dejó para siempre a los siglos venideros admiración, ejemplo y enseñanza.

También el sol, cuando en las futuras edades sienta amortiguarse su fecunda y vivificadora

luz, deseoso de demostrar a los orbes su poder y esplendor, reconcentrando en sí mismo sus vívidos y fulgentes rayos, se alzaría avasallador, mágico, deslumbrante, y el último reflejo de su potente luz quedaría para siempre vibrando en los espacios.

Salía una tarde Felipe IV del Palacio viejo en dirección al Buen Retiro, que era, como todos sabemos, su habitación favorita, el bello y amado teatro de su gloria, rodeado su coche, aunque en escaso número, de guardia de a pie y de a caballo.

Era a mediados de marzo del año cuya fecha dejamos apuntada.

Contaba el rey cincuenta y nueve años, y aún conservaba su hermosa presencia aquella amable majestad que le hizo tan amado de sus pueblos.

El rey galanteador, cuya existencia embellecieron tan numerosas aventuras, no había perdido aún sus aficiones, y el carácter seco, frío y duro de su última mujer no satisfacía cumplidamente las exigencias de su corazón.

Apenas acababa de franquear su espléndido y pesado carruaje, ocupado por él únicamente, pues la reina y el tierno príncipe se habían quedado en Palacio, las puertas de este, una gallarda y airosa mujer, vestida de negro y cubierta con el tradicional y misterioso manto, se acercó diciendo con vehemencia:

—¡Favor!, ¡favor!

Hicieronla paso los guardias a una seña del monarca, y tirando ella hacia atrás con nobleza y desembarazo el manto, hizo visible el hermoso y conmovido rostro de Leonor, cuyos negros ojos, húmedos aún por recientes lágrimas, brillaban como estrellas.

—Señor —dijo con acento tan dulce y penetrante como digno y respetuoso—, mi padre es un hidalgo castellano muy pobre, que ha servido a vuestra majestad en Italia y Flandes. Hoy pertenece a vuestra guardia flamenca, y habiendo con su altivez desagradado a uno de sus jefes, quizá menos noble que él, ha sido condenado a una pena infamatoria. Conozco demasiado a mi padre, y sé que antes de echar sobre la memoria de sus abuelos la vergüenza de esa pena, se quitará la vida.

Calló Leonor, y el monarca tan fascinado por su regia hermosura como conmovido por su acento sentido y penetrante, sin tratar de averiguar ni el nombre ni el delito del guardia, pues en aquellos tiempos la voluntad del soberano estaba sobre la ley y sobre el derecho, dijo con voz llena de majestad y dulzura:

—Que se levante el castigo y se dé por no cometida la falta.

Inclinose profundamente la hermosa doncella en señal de gratitud, y el rey le tendió su hermosa mano por la portezuela del coche, quizá más bien para recibir la amante caricia que para él fuera el beso que en ella depositara Leonor, que por merecer aquella muestra de respeto.

Y la joven posó sus ardientes y húmedos labios sobre la regia y blanca mano que se le tendía.

Puesto inmediatamente en libertad el guardia, según la soberana voluntad del monarca había ordenado, voló lleno de júbilo a su casa a congratularse con su hija de la real clemencia.

Mas aquella gracia del rey costó más tarde la vida y el honor al pundonoroso hidalgo.

No pudiendo olvidar Felipe IV la atractiva belleza, el porte noble y lleno de dignidad, la gallardía y mesura de la hija de su guardia, a la que hallaba más digna de compartir con él el trono que a la reina doña María Ana, la mandó un emisario con un presente digno de su real munificencia.

Rechazó la doncella el regalo, y altiva y casta contestó al mensaje del rey, que su honor valía

más que todos sus reinos.

Y esto lo contestaba una humilde joven, hija de un pobre guardia, al rey más grande de toda la cristiandad.

Felipe IV, que conocía la altivez y virtud de sus hermosas súbditas, aun de aquellas de la clase más humilde, no se ofendió ni admiró del reproche, como hubieran podido hacer Luis XIV o Luis XV en sus corrompidas cortes, en las que el capricho del rey no hallaba nunca virtud, honestidad, decoro, que supiera o quisiera resistirle.

La dificultad fue, como lo es siempre, el aguijón de su amor, y el profundo conocimiento que del corazón y los sentimientos femeninos tenía adquirido, le dio los medios de triunfar de la virtud de la hija del hidalgo castellano.

Hacia este, cuando le correspondía, su guardia en Palacio, y sabiendo ya el monarca cuán cerca de él vivía la bella que maltrataba tan cruelmente su corazón, disfrazándose de guardia una noche que el servicio retenía al otro en Palacio, fue denodadamente a llamar a la puerta de su casa.

Creyendo Leonor que el que llamaba sería algún compañero de su padre que la llevase cualquier recado de este, no vaciló en abrirle la puerta, y el rey, completamente solo, penetró en la casa de la hermosa doncella.

Si fue farsa o no la que presentó Felipe IV al hallarse ante Leonor y declararla su pasión con tanta vehemencia y elocuencia como persuasión y ternura, no sabremos decirlo, porque en ciertos casos, y casi siempre, el deseo cuando es ardiente, sincero e irresistible, hace las veces de la más honda pasión, cuyo ardor iguala, si no lo supera.

Leonor, que a pesar de sus veintiséis años no había amado nunca, no había sido requerida de amores, al ver a sus pies al soberano, que por su amor comprometía su majestad y su sagrada persona, al oír aquel lenguaje apasionado y ardiente, al sentir las miradas del rey, que buscaban ávidas las de ella, se conmovió profundamente, dejando sorprender su tierno y amante corazón.

A los tres meses cayó enfermo el rey, y su grave enfermedad, que le llevó a la tumba en septiembre del mismo año, cortó por completo y bruscamente toda relación con la hija del guardia, cuyos amores no fueron ni aun sospechados en la corte ni en la villa.

Felipe IV, que ignoraba que Leonor se hallase encinta, respetando el inviolable secreto que le había impuesto, no se atrevió más que a señalarla una corta pensión vitalicia, y esto, como recompensa a los servicios de su padre.

Poco después de haber muerto el monarca español, supo el padre de la hermosa y desconsolada Leonor el estado de esta, y como ella ni por ruegos ni por amenazas quiso jamás revelar el nombre de su amante, el altivo hidalgo, que veía manchado su honor y no podía buscar ni reparación ni venganza, entregose a la melancolía, y murió por fin perdonando a su hija, y antes que esta diera a luz aquel desconocido vástago de la casa Real de España.

Gracias a la pensión señalada por Felipe IV a su última y digna amante, pudo esta criar a su hermoso hijo con algún desahogo, viendo retratadas en sus infantiles facciones las de su augusto y para él desconocido padre.

La pobreza no permitió a Leonor dar a su hijo una carrera científica, y el entrañable amor que le tenía le impidió siempre dedicarle a la de las armas, viéndose el pobre joven obligado a aprender un oficio mecánico para atender a su subsistencia, y ayudar a la de su buena madre.

Aumentada la familia con la pequeña Margarita, a la que Leonor adoptó por hija y Javier por

hermana, vivían tranquilos y felices hasta cierto punto estos tres seres, cuando la muerte vino a desequilibrar su tranquilidad y su dicha.

Hallándose próxima a morir Leonor, creyó un deber revelar a su hijo el nombre de su padre, sin prever las funestas consecuencias que podía tener esta inesperada revelación para un joven criado casi en la pobreza, y que a pesar de sus instintos aristocráticos y la nobleza de su carácter, no podía considerarse más que como un obrero.

Ya sabemos el efecto que causó esta revelación en el desventurado Javier, y los peligros a que le expuso.

VI

O vos no sois mi padre o él será mi esposo

Habiendo terminado el conde la lectura de los papeles que encerraba el cofrecillo, lectura que le conmovió fuertemente, haciéndole arrepentir de haber comprometido al pobre joven, hijo de la hermosa Leonor y de Felipe IV, y que no obstante vivía en la miseria, siendo su sola herencia el dolor y la locura, púsolos a un lado y volvió a registrar en el fondo del cofre, sacando un medalloncito de oro con las tapas completamente lisas.

Creyendo el conde que aquel medallón era muy pequeño para encerrar un retrato, se figuró que guardaría algún rizo de cabellos, ya de Leonor, ya del Rey o del mismo Javier quizá.

Abriolo no obstante, y cuál sería su asombro hallando dentro de él una preciosa miniatura de su amada esposa.

Embargado por la multitud de recuerdos llenos de tristeza, de dolor y de amargura, que la vista de aquel retrato excitaban en su alma, quedose contemplándolo el conde, sin poder separar de él sus ojos y su pensamiento, y sin adivinar qué conexión podía tener con la historia de Leonor y de su hijo el retrato de su adorada esposa.

Margarita, que apenas podía ya disimular su angustia y su impaciencia al ver la minuciosidad con que el conde iba inspeccionando uno por uno todos aquellos papeles, había concluido por apoyar la frente en las palmas de las manos, resignándose, inmóvil y silenciosa a aquel insoportable martirio.

Javier, por su parte, comprendía y adivinaba los tormentos de la joven, y olvidando su propio riesgo, más de una vez pensó en presentarse inopinadamente y hacer salir de su casa al conde.

—Hija mía —dijo este volviéndose a Margarita—: ¿sabes tú lo que contiene este cofrecillo?

—No, señor —contestó ella—; jamás lo he registrado.

—Entonces ¿no podrás decirme cómo se halla aquí este retrato? —la preguntó el conde, mostrándole el que el medalloncito guardaba.

—Ese retrato es mío —dijo Margarita levantándose con viveza—, y nada tiene que ver con los papeles de Javier.

—¡Tuyo! —exclamó admirado el conde, asaltándole una risueña idea, que se vio obligado a desechar por creerla absurda.

—Sí, mío —insistió la joven—. La única prenda que conservo para encontrar a mis padres.

—¡A tus padres! —exclamó con arrebató el conde. —Y reflexionando, añadió—: Pero ¿no eres hermana de Javier?

—No, señor. Soy solo su hermana adoptiva.

—¿Y desde cuándo te hayas con él? —la preguntó el conde lleno de ansiedad y angustia y fijando en ella ansiosas miradas.

—Apenas lo recuerdo —contestó Margarita, que con el pensamiento puesto en otra parte,

hallaba importunas las interrogaciones del conde—. Yo era muy pequeña —añadió no obstante—; y Javier me encontró una noche fría de diciembre, en uno de los barrancos que hay por fuera de la puerta de Segovia.

—¿Puedes precisar la fecha?

—Creo que fue en los primeros días de diciembre de 1687.

«¿Será esta la hija que tanto he llorado y cuya desaparición costó la vida a mi esposa?», se preguntaba a sí mismo el conde, temiendo abrir su pecho a la esperanza, y que después le fuera más sensible el desengaño.

Y dirigiendo la palabra a la joven, a la que principiaba a llamar la atención la agitación del conde, la dijo:

—¿Cómo te llamas?

—Margarita, señor; ¿no lo sabíais?

—No —contestó con voz turbada el conde al oír este nombre, que era el de su esposa y también el de su hija.

Y ocultando la frente entre las manos, decía para sí:

«¡Es mi hija! ¡Es mi hija! La hija que hicieron desaparecer aquellos infames para apoderarse de su herencia».

Recelosa, Margarita, al ver el estado del conde, y principiando a ser ella misma presa de una extraña ansiedad, acercose a él diciéndole con dulzura:

—¿Qué tenéis? ¿Qué os sucede?

Alzó él la cabeza fijando sus miradas en el hermoso rostro de la niña, cual si quisiera recordar sus infantiles rasgos, diciéndose a sí mismo:

«Sin duda he estado loco y ciego... Ahora me explico la extraña simpatía que me inspiró este ángel la primera vez que la vi, y que yo quizá confundí con otro sentimiento indigno de mi edad y de su pureza».

Y no atreviéndose a revelar de pronto a Margarita que él era su padre, la preguntó tomándola cariñosamente por la mano.

—¿Y no conservas ningún recuerdo de tus padres, hija mía, ni has vuelto a tener noticia de ellos?

—Recuerdo que eran muy buenos y muy hermosos —dijo con efusión y ternura la joven—. Javier me ha contado que al preguntarme el nombre de mis padres para devolverme a ellos, no supe contestarle más que mi padre se llamaba Manrique y mi madre Margarita.

—¿Y tú? —me preguntó él.

—Yo, también Margarita.

—¿Y quién te ha sacado de tu casa?

—«Juan», dice que le contesté yo, sin saber darle más explicaciones.

—Juan —dijo a media voz el conde—. El infame criado, vendido a los tíos de mi esposa—. Pero ¿estabas sola cuando te encontró Javier?

—Sí, señor. Dice que él iba por aquel sitio con su linterna a un negocio que le habían encargado en la casa donde trabajaba, que oyó gemir y llorar muy bajito, y acercándose, me encontró sentada contra el barranco, y vestida con un traje de terciopelo guarnecido de pieles; pero que no me hubiera preservado de morir de frío, si Dios no hubiera conducido allí a Javier para salvarme.

—¿Y no trató de averiguar de quién eras hija?

—Sí, pero inútilmente. Además, a él le parecía que me habían abandonado de intento para hacerme perecer, y como desde luego me tomó tanto cariño, no quiso llamar demasiado la atención sobre mí, para que no volviera a dar en manos de los que me perseguían.

Callose Margarita, y el conde íntimamente convencido de que era su hija, no podía ya resistir al deseo de abrirla sus brazos, ni se atrevía a hacerla de pronto aquella importante e inesperada revelación.

Y la joven, confusa y agitada al ver el tumulto de pasiones que reflejaba la elevada frente del conde, estaba, sin querer ni saber, como en la expectativa de un acontecimiento extraordinario, que su corazón principiaba a presentir vagamente.

—Margarita, hija mía —pricipió a decir el conde con voz trémula y cortada—, ¿no deseas... no ansías... conocer a tus padres?...

—¡A mis padres!... —dijo Margarita con la voz embargada por la emoción y la mirada brillante y húmeda—. ¡Ay! En tantos años ya he perdido la esperanza de encontrarlos.

—Quién sabe... —dijo el conde, mirándola con inequívoca expresión.

—¿Sabéis vos de ellos? —le preguntó la niña cruzando las manos.

—Sí... —dijo él atropelladamente—. Sí... conozco a tu padre... le he visto. —Y no pudiendo contenerse por más tiempo, añadió, abriendo los brazos a Margarita—: Ven, ven, hija mía. Yo soy tu padre.

—¡Vos! —exclamó la joven, arrojándose enajenada al cuello del conde.

—Sí, sí, yo, yo mismo —decía este, cubriendo de besos y lágrimas el hermoso semblante de su hija—. Yo, que hallo al fin mi tesoro perdido.

—¡Padre! ¡Padre mío! —decía con profunda y tierna emoción la niña, derramando dulces lágrimas de felicidad.

—Y no creas, cielo mío —la dijo con ternura el conde—, que me es preciso ocultar tu nacimiento, no. Tú eres la hija legítima y única del conde de Frigiliana y de Margarita, su amada esposa.

—¿Y mi madre? —preguntó con anhelo la joven.

—Tu madre murió del dolor que le causó tu pérdida, y hoy no te resta de ella más que su recuerdo y su retrato.

Y hablando así, entregaba a Margarita el pequeño medallón de oro.

Contemplolo la joven, con el rostro pálido de dolor y los ojos cuajados de lágrimas, y besándolo, dijo con voz conmovida:

—No volverá a separarse de mi pecho.

—Sí, consévalo siempre. Él te ha hecho encontrar a un padre que te adora y que te rodeará de todas las felicidades.

—Salgamos de aquí —añadió—. Ya nada me importa todo eso, pues he recobrado a mi hija, tan hermosa, tan santa, tan buena como su pobre madre.

Y tomando por la mano a Margarita, la dijo:

—Ven, ven; vámonos de aquí.

«¡Irme!», pensó entre sí la joven. «¡Y Javier! A él le debo todo... todo, y no le abandonaré jamás, porque él es mi esposo».

Y soltándose dulcemente del conde, retrocedió un paso.

—¿Qué dudas, hija mía? —preguntó con cariño su padre.

Mas revistiendo ella su hermoso rostro de una expresión digna y llena de entereza, dijo con voz suave al conde:

—Señor, yo no puedo irme con vos, no puedo reconocer por mi padre, si vos a vuestra vez no reconocéis y admitís por hijo a mi esposo.

—¡Tu esposo! —dijo con disgusto y extrañeza el conde—. ¿Estás casada, Margarita?

—He dado mi palabra, padre mío. Amo y soy amada, y nadie en el mundo me arrancará del lado del hombre a quien he elegido.

—¿Y quién es ese hombre? —interrogó el conde con orgullo.

—Soy yo, señor —dijo Javier con altivez y dignidad, saliendo de la puerta desde donde lo había oído todo.

—¡Javier! —exclamó confuso y contrariado el padre de Margarita.

—Sí, Javier —dijo este con tristeza y leyendo en el pensamiento del conde—, Javier, al que quisisteis proclamar rey. El pobre loco, de cuyo secreto abusasteis, y que ha recobrado la razón para dar a Dios gracias porque no se han realizado sus ambiciosos sueños.

Había tanta dignidad, tanta verdad, tanta certeza en las palabras de Javier, que el conde, a pesar de su orgullo, no se dio por ofendido de la amarga reconvencción que contra él encerraban.

Volvióse a su hija, sin darse por entendido de ella, y la preguntó en voz baja:

—¿Ha recobrado efectivamente la razón?

—Ya lo veis —le contestó la joven.

Quedose mudo y pensativo el conde, meditando cómo salir sin peligro del compromiso en que su amor paternal de un lado, y su patriotismo de otro, le habían puesto, y su hija viéndole, o creyéndole dudoso y vacilante, paso de su lado al de Javier, diciendo con una entereza superior a sus años:

—O vos no sois mi padre o él será mi esposo.

Mirola con ilimitado amor Javier, y dirigiendo la palabra al padre de Margarita, dijo:

—Si no me creéis digno de ser esposo de vuestra hija, si me rehusáis su mano, iré a presentarme yo mismo al Consejo de Regencia, no para vengarme de vos, cuya responsabilidad pondré a cubierto, porque sin Margarita, no quiero ni puedo vivir.

Conmovióse el conde al oír las nobles frases de Javier, de cuya cordura no le era ya dado dudar, y tendiéndole la mano, le dijo:

—Tu madre era hija de un hidalgo, tu padre fue un rey, y yo no puedo creerte más que muy digno de ser esposo de mi hija. Pero tu vida corre grave riesgo, y al enlazarte a Margarita, yo temo perderla a ella y perderme yo mismo sin poder salvarte.

—Pues bien, señor —dijo Javier—: disponed lo que mejor os parezca para vuestra seguridad y la de vuestra hija, y seréis en todo obedecido.

—Disponed, señor —dijo con viveza y pasión la joven—, que yo no me separe de Javier, porque quiero correr los peligros que el corra.

—¡Cuán poco amas a tu padre, hija mía! —dijo con profundo dolor el conde.

—Sí os amo, señor; y os amaba y respetaba antes de adivinar siquiera que pudieseis ser mi padre. Pero amo mucho más a Javier, que me salvó la vida, que amparó mi niñez y abandono, que posee el alma más grande y noble que yo he conocido.

Y hablando así la joven, tomó entre las suyas una mano de Javier, llevándola a sus labios con

tal expresión de gratitud, de cariño, de pasión y de ternura, que el alma del joven se conmovió deliciosamente y las lágrimas asomaron a los párpados del conde.

«¡Oh! ¡Si yo pudiera hacerlos felices!...», dijo entre sí el pobre caballero, enternecido ante el supremo amor de ambos jóvenes.

Y acercándose a ellos y abriéndoles los brazos con un poderoso arranque de amor paternal, exclamó:

—Pues bien, hijos míos; salvémonos todos o perdámonos todos.

—¡Gracias, padre mío!

—¡Gracias, señor!

Dijeron a la par los dos amantes, correspondiendo con la espontánea ternura al abrazo del conde.

—Busquemos entre los tres, hijos míos, los medios de salvarnos del peligro en que estamos.

—Hablad, vos, señor —le dijo Javier—; vuestra experiencia y vuestro saber serán nuestra guía.

—Ya he visto por esos papeles —dijo el conde indicando los que guardaba el cofrecillo— que eres hijo de Felipe IV; pero los documentos que lo acreditan, si bien llevan el convencimiento al ánimo, no pueden servirte ante un tribunal para hacer reconocer tus derechos. ¿Quieres que los destruyamos y que quede para siempre en el misterio tu regio origen?

—Sí quiero —dijo sin vacilar Javier—. Vuestra tranquilidad, la de mi amada Margarita y la mía propia valen más que esos pobres papeles.

—Pues bien, hijo mío, separa de ellos la ejecutoria de nobleza de tu buena madre, todas las fes que acreditan tu ascendencia, y quema los restantes.

Ejecutolo sin replicar Javier, que ya de antemano estaba resuelto a este sacrificio, y separando los documentos que le había indicado el conde, y que volvió a colocar en el cofrecito, quemó los restantes, uno a uno, a la llama del quinqué, y a los pocos minutos quedaron reducidos a pavesas aquellos importantes papeles, depositarios de tan gran secreto.

—Ahora —dijo el conde abrazándole con cordialidad y cariño—, ya no eres más que el noble hidalgo castellano, al que yo concedo la mano de mi única y legítima hija Margarita.

Y hablando así, ponía en la de Javier la pequeña y temblorosa mano de su hija, que trémula y ruborizada no se atrevía a levantar los ojos.

Llevó Javier a sus labios la mano de su prometida, y besándola con respeto y con amor, dijo:

—El hidalgo, aunque pobre, procurará hacer tan feliz a su esposa, que esta olvide que al casarse con ella solo puede ofrecerla su corazón.

—Margarita es riquísima por su madre —dijo el conde—: los parientes de esta la hicieron desaparecer para que recayera en ellos la herencia que codiciaban; tú la has salvado la vida sirviéndola de protector y de hermano, y todo cuanto la pertenece a ella te pertenece a ti igualmente.

—¡Todo! ¡Hasta mi alma! —dijo con pasión la niña mirando a su bello y gallardo Javier.

—Pues bien, hijos míos; aun cuando yo sufra al tener que separarme de vosotros, no quiero que vosotros sufráis las angustias de una separación. Mi capellán de honor os dará mañana en secreto la bendición nupcial, y marcharéis al pueblo natal de la madre de Javier, donde este se hará reconocer de toda la familia y la presentará su bella esposa.

»Yo entre tanto me quedaré aquí para borrar del todo las huellas de los acontecimientos de esta noche, y plantear contra los tíos de mi amada esposa el pleito sobre devolución de la

herencia de su padre.

»Cuando todo esté arreglado; cuando sólidamente afianzado Felipe V en el trono de España no tenga nada que temer de los enemigos de su dinastía, de la que procuraré ser yo el más firme apoyo; cuando el tiempo haya borrado el recuerdo del hijo de Felipe IV, de su ya pasada locura y de su proclamación, entonces, hijos míos, podréis venir a mi lado a endulzar con vuestro cariño los últimos años de mi existencia. ¿Os parece bien mi plan?

—¡Oh, padre mío! —exclamó Margarita arrojándose en sus brazos—, ¡qué alma tan noble y bondadosa tenéis!

—Os sacrificáis por nuestra ventura, y poniéndonos a cubierto, os quedáis vos expuesto al peligro —dijo con acento de profunda gratitud Javier.

—No creo que haya peligro para mí, estando tú en seguridad —contestó el conde—. Mas si lo hubiera lo sufriría como castigo de la intentona de esta noche, en la que yo he sido el mayor culpable.

—No pensemos más en ello —dijo con bondad Javier—. Estad seguro de que yo no veré nunca en vos más que al noble conde de Frigiliana, que se ha dignado concederme a mí, pobre hidalgo, la mano de su hermosa hija.

—Y yo —dijo el conde abrazando con ternura a Javier— procuraré olvidar, para atreverme a tratarte como hijo, que has descendido por mi ruego de tu categoría de príncipe.

—Yo ya lo he olvidado —contestó Javier—. Y todos debemos olvidar los acontecimientos de esta noche.

Y sin añadir una palabra más salieron los tres para siempre y con el mayor sigilo de la humilde casa de la Cuesta de la Vega.

Conclusión

Seis años habían transcurrido desde la noche memorable del Día de Difuntos del año 1700.

España, entregada a todos los horrores de la Guerra de Sucesión, veíase invadida por un poderoso ejército francés, protector de Felipe V, y atacada por otro ejército no menos poderoso, compuesto de alemanes, ingleses y holandeses.

En el transcurso del año 1706, las armas habían sido adversas a la dinastía borbónica, hasta el punto de verse obligado Felipe V y su corte a refugiarse en Burgos, entrando en Madrid el archiduque proclamado rey en Aragón, Valencia y Cataluña, con el nombre de Carlos III.

El cardenal Portocarrero, tan adicto como hemos visto en el discurso de esta obra, a la casa de Borbón, y el que más había trabajado por traer al trono de España a un príncipe francés, resentido quizá por desaires imaginarios, o por no ver satisfecha, como esperaba, su ambición de mando, se declaró partidario del archiduque, al que tanto y en todos terrenos había combatido, y cuando hizo su entrada en Madrid, celebró en la catedral de su arzobispado un solemne *Te Deum*, iluminándose toda la ciudad y dando el cardenal arzobispo un suntuoso banquete.

En cambio el conde de Frigiliana, que sin pertenecer al partido austriaco, había combatido al francés, apenas fue por Luis XIV y su nieto admitido en todas sus partes el testamento de Carlos II, que garantizaba a los españoles su independencia y la integridad de la patria, púsose resueltamente de parte del nuevo rey, siendo uno de los grandes que más fieles se conservaron a su causa y que más contribuyeron a que se arraigara en España la nueva dinastía.

Si hemos de hablar con imparcialidad, en los primeros años de la Guerra de Sucesión la nación entera permaneció mera espectadora de la contienda trabada entre franceses y austriacos, que en Flandes, en Italia y en la pobre Península, combatían rudamente en disputa de la codiciada corona.

Mas cuando en el transcurso de todo el año de 1706, las tropas del archiduque, cuya mayor parte la componían ingleses y holandeses, odiados en España por pertenecer a la religión protestante, derrotaron casi al ejército francés, obligando a Felipe V, como dejamos dicho, a abandonar la capital, despertáronse las simpatías de los castellanos en favor del joven rey, que arengaba él mismo a sus escasas fuerzas, y no había querido, al verse derrotado, refugiarse en Francia, como le aconsejaban, sino seguir defendiendo hasta morir el trono que había heredado, y el apoyo de Castilla dejó sin esperanza de triunfo la causa del archiduque.

Uno de los más valientes y entendidos generales de su ejército, el célebre Peterborough, refiriéndose al apoyo franco, absoluto y leal que los castellanos daban a Felipe V, y que fue el que asentó en el trono de España a la dinastía borbónica, declaró que «todos los ejércitos de

Europa no bastarían para tomar a Castilla».

Esta actitud de los castellanos hizo que al espirar el año que tan fatal había sido para la causa borbónica, se viera de nuevo Felipe V en Madrid, donde a su entrada fue aclamado con un entusiasmo muy superior al que mereció cuando por vez primera entró en la capital de la monarquía española, quedando asegurada desde entonces en su frente la corona de España.

En todo este tiempo, y gracias a su poderosa influencia, había el conde de Frigiliana obligado a los tíos de su esposa a que devolvieran a Margarita la cuantiosa herencia del indiano; y siendo Castilla la comarca de España que ofrecía más seguridad, aconsejó a los jóvenes esposos que permanecieran residiendo en el pueblo natal de la madre de Javier, donde gozaban de una felicidad del todo exenta de sinsabores, y que vino a aumentar un hermoso niño que dio a luz Margarita a los tres años de su matrimonio.

Javier, siguiendo el impulso de su heredada sangre, simpatizaba, casi irresistiblemente, con la causa del archiduque, que él creía la legítima; mas comprendiendo lo crítico de su posición, guardaba una profunda reserva, y ni aun a su amada esposa revelaba su modo de pensar sobre la contienda que tan rudamente se estaba ventilando en España.

Margarita, mecida en el colmo de todas las humanas felicidades, amada de su esposo, idolatrada de su padre, que les hacía frecuentes aunque rápidas visitas; con un hijo hermoso como un querubín, y en cuyos puros ojos veía ella reflejado un cielo; joven, hermosa, noble y rica, creía un sueño sus pasadas congojas y fatigas y una aberración el que su amante Javier, tan noble, tan bueno, tan bello, hubiera jamás estado loco.

Y Javier, que de su pasada locura había conservado como reminiscencia una melancolía tranquila, plácida, si nos es permitido expresarnos así, vivía feliz en aquel pequeño pueblo, querido y considerado de sus honrados vecinos, para los que él y su bella esposa eran la Providencia y el consuelo de todas sus aflicciones y calamidades.

Sanchón y Martín Pérez no alteraron su amistad, a pesar de los sucesos de la Noche de Ánimas, y como eran los únicos que verdaderamente estaban a fondo enterados de ellos, el conde Frigiliana tomó a mejor partido el confiarse a su lealtad, que recelando de ellos perseguirlos para ponerse a cubierto de su indiscreción o mala fe, y los dos plebeyos, apreciando en lo que valía la franqueza del noble, le juraron el más inviolable secreto, juramento a que no faltaron nunca.

Por consejo del conde, declaráronse partidarios sobre todo Martín Pérez, que tanto prestigio tenía sobre el pueblo de Madrid, del rey Felipe V, y a él se debió, en su mayor parte, tanto la fría acogida que hizo la capital al archiduque, como la entusiasta y calurosa con que recibió a Felipe V.

Sin embargo, en los altos y bajos que en la política y las armas imprimían al nuevo gobierno, cuando Martín Pérez departiendo con sus amigos en la taberna de Puerta Cerrada, se quejaba ya de Orri, que tanto odio se acarreó en Madrid; ya de la célebre princesa de los Ursinos, camarera mayor de la reina, su aya mejor dicho, y a la que había acusado el duque de Medinaceli, delante del mismo rey, de traficante de gobiernos y destinos; ya de la injerencia de Francia en la marcha de la cosa pública en España, guiñaba los ojos Sanchón, en señal de inteligencia, y solía decir por lo bajo a su amigo:

—Tan bien como ellos hubiera gobernado nuestro rey el loco de la Cuesta de la Vega.



Diseño de colección y portada: Genoveva Saavedra / acidita
Ilustración de portada: Shutterstock / dimpank (corona), Dimec (abstracto)

© 1878, Matilde Cherner

Derechos reservados

© 2019, Editorial Planeta Mexicana, S.A. de C.V.
Bajo el sello editorial DESTINO M.R.
Avenida Presidente Masarik núm. 111, Piso 2
Colonia Polanco V Sección, Miguel Hidalgo
C.P. 11560, Ciudad de México
www.planetadelibros.com.mx

Primera edición impresa en México: septiembre de 2019
ISBN: 978-607-07-6071-6

Primera edición en formato epub: septiembre de 2019
ISBN: 978-607-07-6085-3

No se permite la reproducción total o parcial de este libro ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea este electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.

La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Arts. 229 y siguientes de la Ley Federal de Derechos de Autor y Arts. 424 y siguientes del Código Penal).

Si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra diríjase al CeMPRO (Centro Mexicano de Protección y Fomento de los Derechos de Autor, <http://www.cempro.org.mx>).

Libro convertido a epub por Grafía Editores, SA de CV

TE DAMOS LAS GRACIAS POR ADQUIRIR ESTE EBOOK

Visita Planetadelibros.com y descubre una nueva forma
de disfrutar de la lectura

Regístrate y sé parte de la comunidad de Planetadelibros
México, donde podrás:

- ∞ Acceder a contenido exclusivo para usuarios registrados.
- ∞ Enterarte de próximos lanzamientos, eventos, presentaciones y encuentros frente a frente con autores.
- ∞ Concursos y promociones exclusivas de Planetadelibros México.
- ∞ Votar, calificar y comentar todos los libros.
- ∞ Compartir los libros que te gustan en tus redes sociales con un sólo click

Planetadelibros.com

 Planeta



EXPLORA

DESCUBRE

COMPARTE